

PIER GIORDANO CABRA

DEL “DIARIO” DE PADRE PIAMARTA

Un santo para nuestros días





Ilustraciones de Giovanni Tabarelli e Gian Maria Ciferri

© 2012 by Editrice Queriniana, Brescia
E. Ferri, 75 - 25123 Brescia (Italia/UE)
Tel. 030 2306925 - fax 030 2306932
Internet: www.queriniana.it
E-mail: info@queriniana.it

© 2023 SEDIP (Servicios Editoriales y Digitales Piamartino), Santiago de Chile
Carmen 1506, Maipú - Santiago (Chile)
Tel. 223237687
Internet: www.piamartinos.cl
E-mail: congregaciónchile@piamartinos.cl
Traducido al español por: Sr. Ivan Sergio
Corregido y Revisado por: Sra. Carolina Vargas Luna y P. Humberto Loyola González

Todos los derechos están reservados.

Por lo tanto, está prohibida la reproducción, el almacenamiento o la transmisión, en cualquier forma y por cualquier medio, incluida la fotocopia y la digitalización, sin la autorización escrita de la Editora Queriniana.

PIER GIORDANO CABRA

DEL “DIARIO”
DE PADRE
PIAMARTA

Un santo para nuestros días

Introducción de Rosino Gibellini



Agradecimiento

La Región Chilena de la Congregación Sagrada Familia de
Nazareth, en homenaje y agradecimiento a
Padre Pier Giordano Cabra.

Padre Pier Giordano mientras era Superior General
(1973-1991), en el Pontificado de San Juan Pablo II, gestionó
que llegaran los piarmartinos a Chile hace cuarenta años
(1983-2023), por lo que hemos traducido, en gratitud, al
español este libro del cual es autor.

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| <i>Introducción</i> | 9 |
| <i>Prólogo</i> | 13 |
| 1. UNA DELICADA SALUD | 15 |
| 2. DESDE PEJO | 18 |
| 3. LA PALABRA Y LAS PALABRAS | 21 |
| 4. UNA NUEVA FAMILIA | 24 |
| 5. ¿A DÓNDE VAMOS A PARAR? | 27 |
| 6. ALGUNOS PUNTOS FUNDAMENTALES | 30 |
| 7. ATAQUES INDIGNOS Y ACTUALIZACIÓN | 33 |
| 8. MI ONOMÁSTICO | 36 |
| 9. AÑO 1912: XXV ANIVERSARIO DEL INSTITUTO ARTIGIANELLI | 39 |
| 10. LA CELEBRACIÓN DEL XXV ANIVERSARIO DEL INSTITUTO | 42 |
| 11. TAMBIÉN LA MÚSICA EDUCA | 45 |
| 12. ENCÁRGATE Y NO FALTARÁ LA PROVIDENCIA | 48 |
| 13. EL VIAJE MÁS IMPORTANTE | 51 |
| 14. MI OREMOS FAVORITO | 54 |
| 15. LA GRATITUD | 57 |
| 16. MI DIÓCESIS | 60 |
| 17. LOS MÁS QUERIDOS BENEFACTORES | 63 |

| | |
|---|-----|
| 18. MI POLÍTICA | 66 |
| 19. SUBIR Y BAJAR LA ESCALA | 69 |
| 20. <i>PIETAS ET LABOR</i> | 73 |
| 21. TRABAJO, ESTUDIO Y ALEGRÍA | 76 |
| 22. TRABAJO Y NOBLEZA | 79 |
| 23. CONQUISTAR LOS CORAZONES | 82 |
| 24. UN CORAZÓN PARA NUESTROS CORAZONES | 85 |
| 25. DESILUSIONES Y CONSUELOS | 88 |
| 26. MI GRUTA | 91 |
| 27. LOS NUEVOS EDIFICIOS DE LA COLONIA AGRÍCOLA | 94 |
| 28. MÁS CORAJE | 97 |
| 29. MUCHA MISERICORDIA | 100 |
| 30. ¿EMPRENDEDOR? | 103 |
| 31. EL FUEGO QUE CONSTRUYE | 106 |
| 32. UNA FAMILIA PARA LAS FAMILIAS | 109 |
| 33. ¿POR QUÉ LLAMARLA “QUERINIANA”? | 113 |
| 34. YO TAMBIÉN AMO LA PATRIA | 117 |
| 35. UNA CUMBRE ARDUA Y HERMOSA | 120 |
| 36. UN GUÍA PARA CONDUCIR BIEN | 123 |
| 37. UN SIERVO PEREZOSO E INÚTIL | 126 |
| 38. UN RÍO DE BENDICIONES | 129 |
| 39. MIS FAMILIARES | 132 |
| 40. EL DÍA EN QUE ME CONVERTÍ EN “PADRE” | 136 |
| 41. MIS AMIGOS | 140 |
| 42. UN GRAN AMIGO | 143 |
| 43. MI SILENCIO | 147 |
| 44. MI HERENCIA | 152 |
| 45. RETRATO CON TRICORNO | 155 |

| | |
|--|-----|
| 46. MIS ENEMIGOS | 158 |
| 47. HOSPITALIDAD Y CONVIVENCIA | 161 |
| 48. ELOGIO A LO BREVE | 164 |
| 49. HUELGAS Y FRATERNIDAD | 167 |
| 50. UNA SOLA PALABRA | 170 |
| 51. UNA HISTORIA... ESPECIAL | 173 |
| 52. EL FUNDAMENTO MÁS SÓLIDO | 176 |
| 53. UN DESEO SECRETO | 179 |
| 54. SOLICITUDES DE AYUDA | 182 |
| 55. MI AMOR A LA IGLESIA | 185 |
| 56. ESTE BENDITO ANTICLERICALISMO | 188 |
| 57. ALREDEDOR DE UN ASADO | 191 |
| 58. UNA GRAN FIGURA DE BRESCIA | 195 |
| 59. RECORDANDO UNA DISPUTA | 198 |
| 60. CAMPESINO ENTRE LOS CAMPESINOS | 201 |
| 61. DEFECTOS Y CRÍTICAS | 205 |
| 62. POR UNA NUEVA NOBLEZA | 209 |
| 63. NOTAS AUTOBIOGRÁFICAS | 212 |
| <i>Para saber más</i> | 215 |
| <i>Información sobre las personas citadas con más frecuencia</i> | 217 |
| <i>Imágenes</i> | 220 |
| <i>Presencia Piamartina en Chile</i> | 221 |

Introducción

La figura y la obra del Padre Giovanni Piamarta (1841-1913) ya es conocida a través de libros, que cuentan su historia, hecho que involucró a escritores como Icilio Felici; e historiadores como Luigi Fossati y Antonio Fappani. Sin embargo, ahora llega el “Diario” del Padre Piamarta.

No es un diario autobiográfico, redactado directamente por la pluma de Padre Piamarta (no llevaba diarios); pero tampoco es un diario narrado como el gran Diario de un sacerdote rural de Bernanos; el autor que lo redactó, con competencia y amor, lo llama “Diario ideal”, en cuanto pretende volver a proponer la vivencia humana y espiritual del nuevo santo de Brescia, Padre Giovanni Piamarta.

Incluso se podría llamar diario, no en sentido etimológico-histórico, sino en sentido general, en cuanto el redactor del texto, el amanuense digital, pretendía elaborar un libro, para colmar lo no dicho de las biografías históricas.

El autor del “Diario” conoce bien a su autor, en cuanto ha escrito, con el breve título “Piamarta”, la Biografía publicada en ocasión de la beatificación (1997) del siervo de Dios, Giovanni Piamarta; además de tener conocimiento de fuentes y bibliografía (incluida la no fácilmente disponible de la Landesgeschichte, o historia local); y experiencia directa del desarrollo de la obra, viviendo desde

hace algunas décadas en lo que algunos han llamado la Büchergasse (en referencia a la “vía de los libros” del siglo XVI en Fráncfort del Meno) para las obras internacionales publicadas en los años sesenta (incluida la célebre “Introducción al cristianismo” del teólogo de cuarenta años de Tubinga, Joseph Ratzinger) desde el portal que se abre en Vía Piamarta 6.

El “Diario” comienza en mayo de 1909, cuando Padre Piamarta tiene 68 años y llegan los primeros signos de la salud que vacila, y termina en 1912, el año de la celebración del 25° aniversario del Instituto Artigianelli, pero también de su testamento. Retoma —casi en una segunda parte— desde el n°. 18 hasta el final con el n°. 60, sin datación y por unidades temáticas, que sirven para delinear en rápida síntesis el devenir de una vida intensa.

Poco a poco se van conociendo sus lecturas preferidas: de la “Historia sagrada” a la Imitación de Cristo, hasta el Manzoni de “I Promessi Sposi” con su visión de la Providencia; se descubren sus santos, en particular, y sorprendentemente, San Ignacio y Santa Teresa de Ávila, por el dinamismo que imprimen a la vida espiritual.

La amanuense del “Diario” cita, en el n. 41, un texto de Teresa de Ávila: “Fruto de la oración son obras, obras”, que se convertirá en: *Pietas et Labor*, y evidencia bien el dinamismo y la “vida operosísima” (n°. 11) que el escritor Giovanni Barra propone en su perfil del Padre Piamarta con la viva expresión “don Argento vivo”, tomada de la Biografía literaria del escritor toscano, Icilio Felici. Se desarrolla en el “Diario” la vida de un sacerdote “todo para los jóvenes”, como lo definió el historiador de la Universidad Católica, Franco Molinari, en su retrato.

Del “Diario” digital va surgiendo, de página en página, la figura de un sacerdote con vivo sentido eclesial, abierto a la “misionariedad” y al “aliento mundial” (n. 17) de la Iglesia; audaz y creativo en la planificación pastoral; prudente e infatigable en la conducción

de sus actividades, que vive con concreción, en las tensiones del tiempo, un cristianismo social.

Ahora, con la canonización, el sacerdote de Brescia Piamarta, con su obra, entra en la gran memoria de la Iglesia universal.

Rosino Gibellini

Prólogo

El padre Giovanni Piamarta (1841-1913), nació y vivió en Brescia, fue un apóstol de la juventud a la que dedicó su vida, dando origen a diversas iniciativas, afrontando, con fortaleza y humildad, grandes y distintas dificultades. En 1997 fue declarado beato. En 2012 Santo.

Nunca llevó un diario: no tenía tiempo y, sobre todo, no le gustaba hablar de sí mismo.

Estas páginas son, pues, una reconstrucción de un posible diario, donde se presentan, en forma de relato en primera persona, el sentir humano y espiritual del Padre Piamarta, su historia interior, su corazón.

Nada inventado, fuera de la forma literaria. Las fuentes son sus cartas, sus notas, sus hechos, el entusiasmo que ha suscitado en sus colaboradores.

Quien escribe ha escuchado de la viva voz de quienes habían vivido con él muchas confidencias y detalles, que ayudan a reconstruir un diario muy cercano a la realidad. Nuestro diario ideal se refiere a sus tres últimos años de vida y lleva, entre comillas, las palabras del Padre.

El diario comienza con los pequeños hechos de cada día, para involucrarse progresivamente en los problemas educativos,

económicos espirituales, problemas de una existencia que podemos sentir sorprendentemente cercana a la nuestra.

Su canonización ofrece así una oportunidad adicional para comprender mejor la situación histórica y el peculiar tipo de santidad del Padre Piamarta, capaz de arrojar luz sobre nuestras situaciones. Un santo que, por la concreción de su ejemplo de vida, puede ser de ayuda y apoyo sobre todo para los educadores y los padres en estos tiempos tan complejos.

Brescia, 19 de diciembre de 2011

1. UNA DELICADA SALUD

Brescia, 29 de mayo de 1909

Hace tiempo que mi salud se tambalea. “Fatiga en el pecho por molestias en el corazón, ciática dolorosísima en la pierna derecha, problemas de estómago a cualquier tipo de comida, insomnio por la noche”: se han convertido en mi constante compañía. He llegado al sexagésimo octavo año de vida y ya siento más cercana la muerte. “Los médicos me han impuesto un absoluto y riguroso descanso, tanto que durante el último invierno tuve que abandonar las confesiones al Seminario y a las Hermanas de María Niña”.

Mis buenos hermanos se preocupan demasiado por mí. Creo que fueron ellos los que convencieron al obispo de imponerme de limitar aún más mi actividad. En efecto, él me escribe que es su “vivo deseo que concentréis vuestra actividad en el Instituto, dejando las otras obras y especialmente el Confesionario”.

Al obispo le respondí inmediatamente: “El deseo de Vuestra Excelencia vale para mí un verdadero mandato y por eso no dudé un instante en enviar a la Reverendísima Superiora de S. María Niña mi irrevocable renuncia al oficio contratado. Solo me permito preguntar si debo retirarme también del compromiso de confesor de los clérigos del vecino San Cristo y será prontamente obedecido”.

¡El ministerio de las confesiones es fatigoso, pero cuánto bien se puede hacer! Me importaría dejarlo del todo.

Pero tengo que resignarme, también por un "signo" que me ha ocurrido en estos días.

Estaba regresando a las hermanas de María Bambina della Capitanio, aquellas fuera de la ciudad, junto al ferrocarril Milán-Venecia, cuando "fui derrocado largo y tendido en tierra bajo el caballo de las monjas furiosamente enloquecido. Mi único pensamiento al caer fue este: Ahora estoy muerto o arruinado para toda la vida. Con estupor altísimo de los carabinieri (habíamos llegado a la primera parada de los carabinieri) y de otro grupo de soldados a caballo que se detuvieron considerándome completamente arruinado, vieron en cambio, que yo me levanté tranquilo, calmo, *sin mancha*.

Ellos no podían convencerse de que yo estaba ileso, no querían creer a sus ojos y dijeron que "es un verdadero milagro", y así lo creo yo mismo, habiéndome encontrado tumbado bajo el carruaje y al caballo joven, húngaro y furioso al exceso. Celebré al día siguiente la misa de agradecimiento a la Virgen. Es una gran deuda que contraí con la "Virgen de las Gracias".

De la ciudad

De la ciudad llegan noticias de signo diferente: en el campo político "se respira bastante después del espléndido éxito de nuestros candidatos al Parlamento y nos proponemos obtener excelentes resultados".

Los dos primeros diputados son Giovanni Maria Longinotti, criado a la sombra del Padre Bonsignori y Livio Tovini, hijo del inolvidable Giuseppe Tovini.

Pero hay que preocuparse por las vocaciones: “Desde la ciudad de Brescia, que proporcionó siempre a la diócesis un número copioso de sacerdotes, ahora en dos años no ha dado al Seminario más que solo dos clérigos, y decir que cuenta con unos setenta mil habitantes: un síntoma “desoladísimo” de la situación de Brescia.

He acogido con satisfacción el nombramiento de Monseñor Giacinto Gaggia como obispo auxiliar de nuestro Obispo Monseñor Corna Pellegrini. De regreso de Roma, donde fue consagrado, fue festejado en la estación ferroviaria de Remedello por su compañero de escuela Padre Bonsignori, quien acudió con todos los alumnos a felicitar al nuevo prelado. Hay que decir que “el nombramiento fue recibido por todos con verdadera alegría”.

2. DESDE PEJO

Pejo, 17 de agosto de 1909

Me encuentro en Pejo, localidad del Trentino Alto Adige, por orden expresa del médico, al que hay que obedecer, aunque de mala gana, y por interés de algunos benefactores que me han enviado todo.

Es la primera vez en mi vida que tomo vacaciones por mí, y este lujo fue un regalo de mi ventrículo arruinado.

Quisiera descansar un poco, pero en la iglesia, después de la misa, son muchos los que desean confesarse y yo no me siento capaz de restarme. A veces estoy ocupado durante varias horas.

El correo también me trae puntualmente nuevas preguntas para responder. Y no siempre son fáciles.

Y luego... *pero no menos importante*, me he traído los balances del Instituto Artigianelli para examinar con calma, para ver qué se puede hacer.

Los balances

Tengo ante mí el balance de 1908. Y debo leer una vez más en las conclusiones del nuevo y joven contador Clerici, lo que ya leía en los informes ponderados, redactados durante muchos años por el

experto administrador y fiel consejero, Fausto Fasser, que “la principal causa del déficit es el taller”.

“También este año el ejercicio se cierra con pérdidas. La cifra de los préstamos ha aumentado, y este aumento se ha traducido en la gran pérdida sufrida por los distintos talleres”.

“Fábrica de muebles”: utilidad ligera; Herreros: ninguna utilidad; “Tipografía”: por debajo de las previsiones; “Sastrería”: mucho trabajo y mejora en el presupuesto, que por lo menos no es pasivo.

Bueno en cambio, la “Fábrica de pasta” mientras que la Zapatería siempre ha estado en el pasivo.

La empresa de construcción en los últimos años está en pérdidas y la recuperación aún no se encuentra”. Etcétera. ¿Sanear? ¿Pero cómo?

El primer problema es encontrar Maestros de taller capaces de enseñar y, al mismo tiempo, de no perder demasiado. La educación y la producción no son fáciles de mantener juntos al mismo tiempo.

Hay Maestros que son buenos enseñando, pero menos aptos para la producción y otros que son más eficientes en la formación de los niños.

Este año, además, tenemos que hacer fuertes amortizaciones para los nuevos edificios, inaugurados hace tres años y para las inversiones en nuevas máquinas, para estar a la altura de la producción y la enseñanza.

A veces estos balances siempre, o casi siempre, en pérdida, me agotan, pero no puedo sustraerme a la tarea que me han asignado, aunque tenga que interesarme por cosas de las que no siempre me siento competente. Comencé con mis hermanos, tan inexpertos como yo, una obra desgastadora, también desde el punto de vista económico. ¿Pero qué sería de estos chicos si no me hiciera cargo del complejo de “abrojos y espinas”?

Sin contar las exigencias muy diversas a tener en cuenta: moralidad de los colaboradores, nuevos derechos de los obreros, nuevos sectores a abrir, actualizaciones de las maquinarias, contabilidad cada vez menos aproximada.

A menudo me parece flotar en un mar tormentoso, sin hundirme nunca: ahora me he acostumbrado a hacer de todo para tener en la mano el timón, con la certeza de que quien inició esta obra sabe cómo llevarla también a cabo.

Veo que será mejor el próximo año, cerrar la empresa de construcción y, ahora, lo mejor es cerrar también el libro de balances, dar un paseo, dejando lo imposible al Único que lo sabe hacer.

3. LA PALABRA Y LAS PALABRAS

Brescia, 2 de marzo de 1910: La palabra atascada

“Después de casi una hora de obstinada lucha con el bolígrafo” puedo escribir algunas líneas, “mientras se me estaba casi recitando el “De profundis”.

El 11 de enero sufrí un accidente cerebrovascular, que me quitó la palabra por un par de días. Tenía que estar muy mal si *Il Cittadino* de Brescia se sentía obligado a tranquilizar a los lectores, afirmando que “el director del Instituto Artigianelli ha mejorado mucho, quedándole ahora un poco de atasco de la palabra” y si mis colaboradores se sentían en deber de agradecer a las muchas “benévolas personas” que se han interesado por mi salud.

En espera de “recuperar la curación completa” y de “obtener la gracia plenaria de la perfecta libertad de palabra, hablada y escrita”, no puedo menos que agradecer al Señor por los años de servicio de mi palabra a Su Palabra.

Nunca he sido un predicador de cartel, pero tuve la sensación de que el pueblo me escuchaba de buena gana y que era de utilidad para mis muchachos y jóvenes.

Estos, cuando vuelven, me recuerdan no pocas palabras que han quedado grabadas, palabras que a menudo tenía la sensación de

derramar al viento por la aparente falta de atención prestada. Es una confirmación que a nosotros nos toca sembrar, aunque los frutos no sean inmediatos, sino que vendrán con el tiempo.

Los jóvenes escuchan más de lo que parece, solo que no quieren dar la satisfacción de mostrarlo, casi para afirmar su autonomía.

Los educadores no somos como los trabajadores de la industria que trabajan para ver los frutos inmediatamente. Somos más bien como los campesinos que siembran con confianza sabiendo que el fruto vendrá a "su tiempo".

Esta convicción debe arraigarse también en los jóvenes, que también deben trabajar en los largos tiempos de preparación para su futuro: trabajar y fatigarse hoy, para obtener frutos en un mañana, no inmediato.

El querer todo y enseguida, forzando los tiempos, produce frustración, desaliento y tentaciones de abandonar la empresa.

Las palabras que se escapan

Ahora que me cuesta hablar, me vienen a la mente las palabras que me he perdido y no tenía que pronunciar, cuando hablaba con rapidez. Mi carácter impulsivo siempre ha sido un problema para mí, porque nunca ha sido fácil dominarme.

Desde joven había tomado como ejemplo a San Francisco de Sales, que era considerado el santo de la mansedumbre, pero que había tenido que luchar durante más de veinte años para dominar su carácter irascible. ¡Dichoso él que tardó solo veinte años! ¡Cuántas veces tuve que huir a la iglesia para evitar una escena y calmarme!

Y cuántas veces me he disculpado por haber descuidado o exagerado en el reproche.

Me prometí seguir las sabias indicaciones de los Padres del desierto: "Bajo el efecto de la ira, no hagas nada. Cállate, porque ca-

llando ganas más”. Y también: “Es necesario, mientras sea posible, impedir que la ira penetre hasta el corazón; si ya existe, hacer que no se manifieste en el rostro; y si se muestra, controlar la lengua para tratar de preservarla; si ya está en los labios, impedirle pasar a los actos. Y siempre estar atento a eliminarla lo antes posible de su corazón”.

El ardiente apóstol, San Pablo, tenía los mismos problemas que yo, quizás la famosa espina clavada en la carne o bofetada de Satanás. Ese era su carácter impetuoso.

Espero volver a tomar la palabra para poder hablar con más filtros, pero ¡ciertamente no con menos franqueza, sinceridad y coraje!

4. UNA NUEVA FAMILIA

Angone, 1 de agosto de 1910

Aquí estoy de vuelta a mi lugar habitual de descanso de verano en Angone, en el municipio de Darfo Boario Terme en la baja Valcamonica a 58 km de Brescia.

Hoy me he dejado llevar por la ola de los recuerdos.

Hace diez años

Recuerdo con emoción haber recibido hace diez años la carta de nuestro amado Obispo Giacomo María Corna Pellegrini que el 9 de marzo de 1900 declaraba: “Aprobamos en vía de prueba el presente Reglamento y bendecimos a la naciente Congregación”.

Recuerdo sonriendo incluso a los que decían: “¿No tiene suficientes pensamientos el Padre director? ¿Se está arruinando la salud para llevar adelante el Instituto y la Colonia agrícola de Remedello, y ahora quiere también poner en pie una nueva Congregación? Realmente quieres meterte en problemas”.

Pero yo sentía que la obra que el Señor me había confiado exigía un espíritu particular para ser llevada adelante. No se trataba solo de unir personas para hacer el bien a los jóvenes, sino de unir

corazones y mentes, para un propósito compartido. Y esto tenía que ser preparado.

Me daba miedo considerar las grandes personalidades que habían dado origen a nuevas Congregaciones. En Brescia estaba todavía vivo el recuerdo de Pavoni, cuyo espíritu se mantenía vivo por algunos religiosos, que luego me habían sido valiosos colaboradores y apuntadores en los inicios del Instituto.

Pero una íntima convicción me decía que podía aprender de estos grandes, tomando de su ejemplo y de su enseñanza lo que me parecía más útil, uniéndolo a mi deseo de formar una familia lo antes posible, según el programa de San Agustín: “Unidos en las cosas necesarias, libres en las cosas discutibles, siempre animados por la caridad”.

Unidos en el amor a los jóvenes, libres de dar su propia contribución de trabajo y de opiniones, siempre respetándonos y estimándonos como miembros de la misma familia.

Y he aquí que el Señor me ha enviado los primeros colaboradores, sacerdotes que venían por vocación a “morir conmigo, con mis jóvenes” y luego los primeros alumnos del Artigianelli, Alberti, Seriola, Galenti, crecidos conmigo. Y luego los primeros alumnos Fratelli, Aio y Butturini, con los que se puede contar mucho.

Hacía falta un Reglamento mínimo: encargué al Padre Ranchetti que elaborara un borrador teniendo en cuenta las Reglas ya existentes del pasado, que podían apoyarnos en nuestra misión. Sobre todo, que tuviera presente el Evangelio, porque si no tendemos a ser evangélicos, es decir, discípulos de Jesús, perdemos nuestro tiempo, afirmándonos a nosotros mismos.

Revisé su trabajo y luego el obispo lo aprobó de manera experimental.

La Iglesia es prudente cuando se trata de estas cosas. ¡Porque hacer proyectos hermosos es fácil, pero realizarlos es difícil!

Y ahora somos casi veinte: ocho sacerdotes, tres clérigos y ocho hermanos. ¡El Señor nos ha bendecido!

Dos años después, en 1902, hicimos la profesión religiosa, es decir, nos comprometimos a vivir el evangelio y a servir a nuestros muchachos, tratando de crecer en el mismo espíritu.

En 1908 el obispo aprobó definitivamente nuestra Congregación, signo de que el Señor nos acompaña y sigue bendiciendo nuestras intenciones.

Nunca, jamás, jamás, pensé que debía comenzar una Congregación, dada mi modestísima estatura humana y espiritual. Cuando miro solo a las grandes personalidades del clero de Brescia, me siento un enano ante su cultura y prestigio.

Y pienso precisamente que tenía razón mi San Pablo, cuando decía: *los débiles del mundo...* "El Señor eligió las cosas más débiles" para hacer sus obras. Para que quede claro, "esta obra no es mía, sino Suya".

5. ¿A DÓNDE VAMOS A PARAR?

Brescia, 23 de mayo de 1911

Acabo de escribir una carta al “muy querido y reverendísimo” Padre Secondo Zanetti, jesuita misionero en la India, con quien estoy vinculado por una antigua amistad.

A él, siempre hambriento de noticias de su Brescia, le di una información agridulce sobre la situación religiosa y moral de nuestra Brescia.

Quizás toqué el botón negro. Debo reconocer que me encuentro a menudo rodeado de análisis pesimistas sobre el desarrollo de la sociedad, sobre la crisis de la familia, y sobre la situación de la juventud. Y los datos duros están ahí para apoyarlos. Pienso en el elevado número de casas de la vergüenza, que crece en nuestra ciudad. Pienso en las familias que se rompen y en los jóvenes que se casan sin condiciones y sin convicciones necesarias para mantener unida una familia.

Pero con esta sola queja de “¿a dónde vamos a parar?” Me temo que va a terminar mal. Hay que preguntarse inmediatamente: “por dónde debemos empezar”, para decir eficazmente, “a dónde debemos ir”.

Es necesario no dejarse desmoralizar, sino hacer todo lo posible, confiando en la buena semilla y en el corazón generoso de los jóvenes.

¿Y yo qué estoy haciendo?

¿Y yo qué estoy haciendo? Es la pregunta que siempre me he hecho: ¿acuso a los demás o empiezo a examinarme a mí mismo? ¿Me quejo o hago algo?

Algo me parece haber hecho, aunque pequeño: tengo ciento veinte muchachos en el Instituto Artigianelli y cincuenta en Remedello. No son muchos, pero tampoco pocos, y me cuestan mucho, en todos los sentidos, pero ¿qué son frente a la gran masa de muchachos a menudo sin guía?

Sin embargo, el Señor no me preguntará si he resuelto todos los problemas, sino, si he hecho todo lo que podía hacer, para ayudar a los que podía ayudar.

Además, la gran masa siempre ha sido cambiada por una minoría cualificada, capaz de guiar y arrastrar a los demás.

Quisiera ser capaz de hacer que entre mis jóvenes haya muchos que puedan formar parte de esta minoría, que no se resigna al mal fácilmente, sino que se comprometa por el bien difícil y constructivo.

Me gustaría que fueran una levadura en la masa, un grano de sal en la tierra, un temblor en la pereza general. Y más por su comportamiento, que por sus declaraciones.

A veces tengo la impresión de que ya es un resultado si algunos de ellos se comportan honestamente. Otras veces me gustaría que estuvieran más ocupados.

Pero no me parece evangélico presionar demasiado para obtener resultados más altos.

Tengo que sembrar, pero también respetar su libre respuesta. Sobre todo, debo rezar por ellos.

Una oración

Hoy, Señor, ante la ardua tarea de la educación, te suplico por mis muchachos.

Yo hice por ellos lo poco que pude y Tú haces por ellos todo lo que ves necesario.

No los abandones a ellos mismos o a las fuerzas del mal, a veces tan seductoras.

Hazles entender que lo que hacemos por ellos es prepararlos para la vida.

Hazlos felices cuando hacen el bien, cuando son trabajadores y honestos, y, cuando honran el nombre cristiano. Les pones en el corazón una sana inquietud cuando hacen cosas equivocadas.

Y devuelves la paz, cuando reconocen que se han equivocado y retoman el camino correcto.

Envía a tu ángel para que sus pies no tropiecen, pero continúen a salvo en el camino que lleva al Destino, donde Tú nos esperas.

6. ALGUNOS PUNTOS FUNDAMENTALES

Junio de 1911

Cuando mis exalumnos, algunos ya padres de familia, pasan al Instituto para saludarme, escuchando lo que me dicen, me quedo confundido por sus testimonios de afecto y reconocimiento, atribuyendo a mi pobre persona y al Instituto, su éxito en la vida.

Pasan “para expresar la deuda de incansable gratitud por los sólidos principios, la sabia palabra, su ejemplo, la vida ejemplar, por los beneficios recibidos, por la posibilidad de aprender un oficio”.

Pero también me dan ocasión de reflexionar sobre los puntos firmes que me he esforzado en transmitir en la educación y que veo confirmados positivamente, precisamente, por quien los ha recibido, quizás en el momento no siempre de buen grado, pero luego, reconocidos como válidos.

Los anoto, porque quizás puedan ser útiles y así conseguir animar a mis sucesores.

1. Lo primero que entendían mis hijos era el trabajo. No todos eran fanáticos del trabajo, pero es cierto que el trabajo bien

hecho los gratificaba y, sobre todo, comprendían que les permitiría hacerse una posición digna en la vida.

2. Del trabajo viene el estudio: aunque aquí a los Artigianelli los libros al principio no eran muy populares, sin embargo, no fue una tarea difícil hacer comprender cómo el desarrollo técnico presupone no solo habilidad manual, sino también, un bagaje cada vez más voluminoso de nociones teóricas.
3. La fatiga y la perseverancia necesarias para obtener buenos resultados, ayudaba a poner en evidencia la necesidad de formarse un carácter fuerte, que no se deja desmoralizar por las pequeñas y grandes dificultades, sino que permite llegar a ser grandes en las dificultades.

Cuántos jóvenes han alcanzado altas metas, aunque partiendo de condiciones desfavorables, por el hecho de no dejarse doblegar por las condiciones adversas. Un carácter tenaz, no quejumbroso, que no se deja abatir fácilmente, que siempre busca soluciones alternativas, es garantía de éxito en la vida.

4. El paso lógico que viene es la necesidad de formarse una conciencia que dice que no todo lo que se desea es bueno, que no todo lo que se puede hacer, puede o debe hacerse. Es la formación a la honestidad, a no aprovechar la posición de ventaja para arruinar al otro, al tener en cuenta las necesidades y las dificultades de los demás. Si uno tiene más dotes que otro para esto no debe sentirse superior y humillar al otro.

En un mundo de listos, la honestidad es probablemente la astucia más perspicaz.

5. En la base de todo está la formación religiosa que ilumina y afina la conciencia, la cual, sabiendo que debe rendir cuentas a Dios, actúa guiada por criterios de humanidad y caridad, que van mucho más allá de los de la justicia desnuda.

Y tienden a promover la fraternidad, que es lo que hace vivible y amable la aventura humana.

Me gustaba repetir: "Quien se arrodilla ante Dios, puede caminar con la cabeza alta entre los hombres. El santo temor de Dios hace perder el miedo a los hombres".

6. Y finalmente, siempre he luchado contra la mediocridad, asumida como proyecto de vida, para convencer de que el proyecto de Dios sobre nosotros es la santidad, que pasa también por el deseo de hacer bien todas las cosas, lo que te hace feliz, hace felices a los demás, y también es reconfortante porque no te sientes solo en la vida.

El regalo de mis queridos exalumnos es precisamente el de confirmarme que los he ayudado a vivir como hombres y, muchos, también como buenos cristianos.

Pienso que es precisamente el Espíritu Santo quien ha obrado en mi misión, porque todo esto he tenido que inventarlo, caminando: sin ninguna preparación específica, sino la del Evangelio.

Pero ¿no es el Evangelio la fuerza motriz más poderosa de la construcción de una humanidad más humana?

7. ATAQUES INDIGNOS Y ACTUALIZACIÓN

Brescia, mayo de 1911

En estos días he tenido una correspondencia bastante animada con el Obispo de Cremona, Monseñor Geremia Bonomelli, esto “ilustre prelado de Brescia, iluminado escritor que sabe presentar las verdades del cristianismo a los doctos y a los infructuosos de nuestro tiempo y que, sin embargo, es muy atacado” por los ultraconservadores que lo acusan injustamente de modernismo.

Le señalé una favorable reseña de sus dos últimas publicaciones por parte de *Civiltà Cattolica* que decía: “El ilustre Obispo de Cremona, con ese don suyo de desentrañar las cuestiones del día y proponer con singular esplendor de evidencia, calor de facundia y efusión de afecto, las soluciones más seguras reduciéndolas a los dictados de las doctrinas católicas, discurrir de las huelgas y de la propiedad, como verdadero maestro, padre y pastor, de modo que la lectura parece viva, brota de su corazón, y deja en su alma la persuasión y la satisfacción de la verdad conocida... Las dos obras, si se difundieran ampliamente entre los Jefes y los Obreros, bastarían para hacer cesar las funestas luchas que los dividen, apagar

los odios, componer desacuerdos, restablecer la paz social con la fraternidad evangélica”.

Monseñor Bonomelli me responde que está contento con la indicación, pero teme que las cosas no vayan bien:” ¡Si venís a verme me haréis un favor! Y hablaremos de un mundo de cosas. La hora es gris, los relámpagos parpadean; gruñe la tormenta y quizás la ametralladora haga una visita no deseada”.

No sé si tendré salud y tiempo para hacer una visita al querido Obispo, que con sus escritos se dirige a “almas inquietas, turbadas, atormentadas por grandes problemas religiosos”, las acerca a la fe, y a no pocas las convierte, sin embargo, como me escribe en la última carta, “recibe críticas fuertes también de obispos y personas públicas. ¡Ah, querido Padre Piamarta! ¡Cuánto daño ha hecho y hace un espíritu agrio, orgulloso!”.

Ataques indignos



Lo que me entristece es que ahora los ataques se dirigen también contra ese santo hombre que es el arzobispo de Milán, el cardinal Ferrari, acusado también de modernismo.

Cuán lejos estamos del espíritu del Evangelio con estas acusaciones, insinuaciones, sospechas, que se lanzan contra los hermanos en la fe y contra los pastores.

¡Y además estos ataques vienen de personas que se jactan de tener apoyos en lo alto!

Deberían venir aquí entre mis muchachos estos sabios que hablan de cosas tan altas, que pierden el contacto con la realidad. Si en lugar de dividir las fuerzas, se unieran para servir a los más pobres con la verdadera caridad, tanto intelectual como operativa, como invertirían de mejor manera su ingenio. En cambio, con su litigiosidad siembran cizaña, con su agresividad ven adversarios allí donde hay potenciales aliados para encontrar soluciones constructivas.

Monseñor Bonomelli es un benefactor nuestro y colabora con nuestra Librería editora Queriniana, a la que ha confiado la impresión y difusión de su magistral libro *“El joven estudiante”*.

Respecto a mi petición de rehacer una nueva edición, actualizada, de esta obra “de capital importancia” para la juventud, me responde: “Debería rejuvenecerlo. Pero hay dos dificultades: la primera es gravísima, los 80 años con sus regalos habituales. La segunda es insuperable. Si lo volviera a hacer como me gustaría y debería, ¡sería un modernista y sería una catástrofe! A estas luces de luna me lanzaría un huracán y algo peor.

Las ideas caminan, corren, galopan, se precipitan y ¿qué será dentro de cincuenta años? Nosotros dos no estaremos ahí... ¿Y cuándo hagáis una carrera a Cremona? Hay un mundo de cosas que decir. Escribanme y díganme cuándo”.

La carta termina con una petición de ayuda: “Una pobre ciega me escribe una carta. ¡En Brescia podríais encontrar un lugar? ¡Pobre ciega! Lo merece”.

La mayoría de las cartas se cierran pidiendo ayuda. Solo la Providencia sabe cómo es posible satisfacer tantas necesidades. ¡Pero “la Providencia está ahí”!

8. MI ONOMÁSTICO

Brescia, 24 de junio de 1911

Hoy es la fiesta de San Juan Bautista y aquí en el Artigianelli les gustaría celebrar mi onomástico. Pero desde hace años prefiero, en este día, retirarme a Gavardo junto a las Hermanas Ursulinas y reflexionar un poco sobre “mi santo”.

Juan el Bautista es presentado en el Evangelio como un nuevo Elías, el profeta que defendió los derechos de Dios y de los pobres, llevando adelante su misión con extraordinaria fortaleza.

Y yo necesito fortaleza para continuar con mi obra en favor de los pobres jóvenes, obra que es fuente de preocupaciones continuas en muchos aspectos y que, entre otras cosas, está “sacudida por las circunstancias económicas. Solo el internado el año pasado tuvo que soportar la pérdida de 20.000 liras y este año a esta hora ya está superada. Los gastos de comida y vestido han aumentado enormemente en comparación con el pasado, por lo que nos vemos obligados a imponernos la economía más rigurosa, para no comprometer la existencia del Instituto”.

Necesito la fortaleza de Elías y de Juan el Bautista para recordarme ante todo a mí mismo, y constantemente, la necesidad de poner toda la confianza en la divina Providencia que me ha pues-

to en las manos esta obra, para que no desista, como no pueden desistir los padres y las madres de familia que tienen que sudar y trabajar para cuadrar el balance y están preocupados por la educación de sus hijos.

Como los padres

También siento que este arduo compromiso con la economía y la buena educación de los niños me acerca a las preocupaciones que la pobre gente tiene sobre los gravosos problemas de cada día y me lleva a no juzgar con demasiada facilidad las insuficiencias de las pobres familias.

Por otra parte, veo que las preocupaciones económicas absorben tantas energías, que corren el riesgo de olvidar el apoyo único que viene de la fe.

En mi condición, creo que soy capaz de comprender mejor los milagros que debe realizar la gente pobre, para sobrevivir, con la tentación anexa de hacer que la religión sirva a un medio de vida, reduciendo la relación con Dios a un llamado de ayuda en las cosas temporales.

Por lo que, el día de mi onomástico me retiro de buen grado a un lugar apartado, como hacía Juan el Bautista, para obtener del Señor la fuerza de servirlo en mis labores, como quiere él y sin dejarme arrollar por el “terrible cotidiano”. Deseo ser siervo de Dios, para servir mejor a sus hijos.

Juan el Bautista es para mí un ejemplo de fidelidad a su misión, de fortaleza ante los obstáculos, de valentía al afrontar lo imprevisible, de compromiso en las cosas que se deben hacer y, al mismo tiempo, de coherencia al recordar la realidad más verdadera de las cosas, que no somos nosotros Dios, sino que podemos y debemos confiar en Él.

Una fuga necesaria

Mis hermanos juzgan esta mi "fuga" anual como un acto de humildad, para evitar celebraciones.

Para mí, sin embargo, es una necesidad, para entrar más sinceramente en mí mismo y examinar con calma los motivos de mi acción.

La retirada de vez en cuando no es una fuga, sino una entrada en las profundidades de las cosas cotidianas.

Es necesario ver el enriquecimiento que viene del silencio, lo invisible que se esconde detrás de lo visible, lo eterno que madura en el tiempo, la alegría que se acumula en las tribulaciones, la luz que presiona dentro de las nieblas.

¡San Juan Bautista, hazme digno de tu nombre que llevo indignamente!

9. AÑO 1912: XXV ANIVERSARIO DEL INSTITUTO ARTIGIANELLI

Mis hermanos están organizando para este año la celebración del XXV Aniversario del Instituto. Los disuadí, pero luego tuve que ceder ante sus insistencias “por el bien del Instituto”. El Instituto va bien, pero nadie puede imaginar cuánto me ha costado.

Tribulaciones y espinas

“He comenzado esta obra y los contrastes y los dolores, las desilusiones y las indiferencias y, los abandonos también por parte de personas sobre las que se había fundado todo el apoyo moral y material, fueron mi pan de cada día y siguen siéndolo más que nunca.

¡La naturaleza se rebela a tales tratamientos! Pero el espíritu sabe que es precisamente con tales caracteres que Dios bendito quiere marcar sus obras”.

Si pienso en la historia de estos veinticinco años, veo que, “hablando desde un punto de vista puramente humano, la obra no fructificó más que dolores, tribulaciones y espinas sin nombre, penas increíbles y desengaños de todo tipo”.

A menudo me he sentido “aplastado bajo un peso enorme de pensamientos, ocupaciones y tribulaciones: todas cosas inherentes

a la obra que tengo entre mis manos y que, habiéndola abrazado con amor, por amor a Dios y por la salvación de la pobre juventud, hoy más que nunca expuesta a gravísimos peligros, El Señor me ha ayudado mucho, para que pueda llevar, alegremente, el peso de esta gran cruz”.

De hecho “las contradicciones, en lugar de mover nuestra constancia, deben vigorizarla fuertemente, porque la contradicción es la garantía del éxito de la obra. Hay que desconfiar siempre de toda buena empresa no contrariada. Si el enemigo del bien no se preocupara de atravesar nuestras iniciativas, sería indicio de que ni siquiera le dan miedo”.

También las humillaciones nunca han faltado: “también de éstas bendigo al Señor, porque me sirven admirablemente a tenerme siempre mucho, pero muy abajo, tierra a tierra, y confiarme todo con confianza en los únicos amorosísimos brazos de la Divina Providencia”.

El pan sobrante de la mesa del Señor

Pero la “fe sola es la verdadera panacea que nos hace, no digo solo tolerar toda amargura y dolor en los que estamos infestados en esta vida miserable, sino también nos hace gloriosos de poder participar en los santos dolores e ignominias de Jesucristo. Los dolores y las tribulaciones de todos son un pan sobrante de la mesa de Jesucristo. Y yo en estos días, estoy comiendo la parte más dura”.

He constatado que es verdad que “las obras de Dios no prosperan sino a la sombra de la cruz y también para que den frutos copiosos, conviene que nosotros las vayamos regando de nuestros sudores, de nuestras lágrimas e incluso de nuestra sangre: basta con mirar a Jesús. Después de tantos milagros y tanto bien realizado, los suyos lo dejan solo y él terminó en la cruz”.

Muchas fatigas en estos veinticinco años, pero también muchos frutos, que el Señor ha hecho brotar.

Sin embargo, nunca debo olvidar que “haciendo el bien a nuestro prójimo, mirando sólo a Dios, sucederá que cuanto menos encontremos en los hombres respuesta a su bien hecho, tanto más copiosa será la merced que nos reserva el Padre que está en los cielos”.

Hoy he recordado estas difíciles realidades, porque quien se pone a hacer el bien no se engaña. Aquí debemos sudar para poder recoger un día una cosecha abundante, que el Señor reserva a los que le sirven fielmente.

10. LA CELEBRACIÓN DEL XXV ANIVERSARIO DEL INSTITUTO

“Querido Padre Secondo Zanetti,

El 25° aniversario del Instituto no tenía razón para ser recordado en lo más mínimo, enemigo como siempre fui de cada veinticinco de cualquier clase, por el beneficio espiritual que de ello se deriva para todos, por lo que el propósito de mis reverendos hermanos y jóvenes de quererlo a toda costa, “me molestaba”, celebrar ya no me hizo bien, ni antes, ni después”.

En cambio

En cambio, continuamos separándonos del diario, fue una gran ocasión para poner de relieve la estima, el afecto, la admiración hacia él.

El gran Obispo de Cremona, Geremia Bonomelli, escribía: “¡Qué prodigios de caridad, de prudencia, de destreza nos ha mostrado Padre Piamarta en el curso de medio siglo de vida de labor! Él es el sacerdote que exige tiempos nuevos: indiferente a sí mismo, solo entendido al bien de los demás sin distinción, especialmente de la juventud. ¡A cuántos jóvenes ha llevado por el camino recto! ¡Cuántas lágrimas ha secado! ¡Cuántos padres ha

consolado! Devolviéndoles a los hijos rehabilitados con el trabajo y la piedad cristiana”.

Y una eminente personalidad del clero de Brescia escribía: “Cumpro con un deber y respondo a una necesidad del corazón, uniéndome al júbilo del pueblo de Brescia y a la admiración por la gran obra que, superando tantos obstáculos, está ahora en su amplitud fecunda de bien como un monumento vivo de regeneración cristiana” (Monseñor Lorenzo Pavanelli).

También laicos sus admiradores y benefactores: “Nos unimos a la alegría y a la gran fiesta por el 25 aniversario de la fundación de este grandioso Instituto, que, con tantas penurias, fatigas, sudores y sacrificios, ha llegado a realizarlo tan grandiosamente. Nosotros no tenemos palabras suficientes para presentarle nuestras más fervientes felicitaciones en este hermoso día coronado por una inmensa cantidad de alegrías de estos queridos jóvenes formados y educados con santo temor de Dios, y de verdaderos cristianos” (*Muzzarelli Marietta con Rosina*).

Y, algunos años después, así se expresaba Monseñor Melchiorri, Obispo de Tortona: “De él podría recordar la impresión que nos daba a los jóvenes clérigos este hombre que había renunciado al afecto y a las consolaciones de la parroquia de Pavone, que abría con estupenda fecundidad institutos, casas de monjas, colonias agrícolas, que fundaba con la intuición de los santos una Congregación. Pero los hechos, los episodios valen mucho menos que las ideas que dan fuerza y luz a la vida de un hombre.

La caridad, la virtud más cercana a la esencia de Dios y a la miseria del hombre, fue el tema dominante de esta vida de santo, que es todo un maravilloso canto de amor.

El corazón del Padre Piamarta no se agotó en la búsqueda de los niños: era demasiado grande para no vibrar junto a todas las esperanzas y a todo el valor de los hombres.

Para los errantes, Él fue el Padre que encarna en sí, la bondad y la misericordia del Señor.

Para los hombres discutidos y en el centro de juicios dispares, Él fue el Hermano que intuye que una portada infeliz y alguna página equivocada no anulan el inmaculado y la preciosidad de una historia de celo pastoral, de inteligencia y de bien.

La caridad vale tanto como se apoya en la verdad. Padre Piamarta fue consciente de esta certeza. Por eso fue fiel a la Iglesia y defensor intrépido de su doctrina.

Muchos años después, aquí en Tortona, encontré un alma similar a la del Padre Piamarta: Don Orione. Dos apóstoles, dos santos: uno orientó en la tierra de mi bautismo mi adolescencia; el otro, marca de gracias el campo de mis responsabilidades episcopales y la espera de mi regreso a Dios. Dos hombres que dejan por los siglos un creciente patrimonio de bien y que me enseñan a mí y a todos, una lección muy importante: que mientras las campanas suenan, el ocaso sobre todas las grandezas, sobre una sola, la santidad, continúan su canto de gloria”.

11. TAMBIÉN LA MÚSICA EDUCA

17 de junio de 1912

Ha pasado finalmente también esta celebración del vigésimo quinto año del Instituto. He tenido que soportar elogios que no merezco, elogios que no he buscado ni deseado, etc. He visto con placer a muchos exalumnos agradecidos, así como he notado la ausencia de otros que habría vuelto a ver con gusto. He apreciado mucho la presencia del Obispo Giacomo María Corna Pellegrini y del Obispo auxiliar Giacinto Gaggia.

El nuevo órgano

Debo reconocer que una cosa me ha complacido particularmente: la inauguración del nuevo órgano, diseñado por el querido Maestro Tebaldini, construido por la empresa Porro con la colaboración de mis talleres, regalado por la señora Ippolita Zanardelli, que sabía que me hacía un bienvenido y querido presente.

Ahora estoy muy contento porque mi admirada iglesia está terminada. El programa inaugural fue, por decir lo menos, encantador: Tebaldini, Maestro director de la Capilla Lauretana, realizó algunas de sus composiciones, dando un ensayo de su valor a nuestra

ciudad: se alternaba con él, el Maestro Arnaldo Bambini, ilustre organista de la rectoría de Verolanuova.

Como serán solemnes ahora las funciones litúrgicas con esta joya de órgano, que presenta innovaciones que llegan por primera vez a Brescia.

Lo soñaba desde hace tiempo, porque mi hermosa y admirada iglesia no me parecía completa sin este instrumento que involucra los ánimos, sostiene el canto, sacude los sentimientos.

También el maestro Pietro Corvi, incomparable y entusiasta instructor del coro de mis muchachos, está muy satisfecho.

La música

Siempre he considerado la música y el canto como un poderoso instrumento de elevación humana y social.

Cuidé con la máxima atención el canto sagrado, convencido como estaba por experiencia personal de su fuerza elevada.

Cuántas veces me vienen a la mente las melodías aprendidas de niño, cuando era "solista" en las celebraciones litúrgicas. ¡Y estoy tarareando en los raros momentos en que estoy solo!

Haciendo cantar hermosos textos, sagrados y profanos, a mis muchachos, en la Iglesia y en las academias que se celebran con gran participación del pueblo, especialmente en la fiesta de San Felipe Neri, estoy seguro de que también ellos los recordarán y los repetirán con provecho en los diversos momentos de la vida.

Además: "¡Quien canta reza dos veces" dijo recientemente nuestro Papa Pío X sobre el canto litúrgico!

La banda del Artigianelli

La música también es alegría compartida, fruto de la disciplina y la colaboración. La banda del Artigianelli es solicitada en muchas ocasiones civiles y religiosas. Mis muchachos se honran también en este ámbito, recibiendo admiración y reconocimiento por su habilidad y comportamiento.

Me siento honrado de que se haya elegido a nuestra banda para acompañar la solemne procesión ciudadana del Corpus Christi, así como sea solicitada en diversas celebraciones.

No puedo olvidar la inauguración, hace diez años, del monumento al Redentor en el Monte Guglielmo, corazón de Brescia, a una altitud de dos mil metros, a alcanzar con un fatigoso camino. Todo el día estuvo encantado con nuestra banda que actuó en motivos clásicos y modernos. La banda me cuesta mucho, pero lo considero una promoción cultural, además de una diversión saludable y un medio para presentar a la ciudad el rostro feliz y sereno de nuestra educación.

12. ENCÁRGATE Y NO FALTARÁ LA PROVIDENCIA

En estos días he podido responder, quizás demasiado severamente, a un querido ex alumno mío, que se había acordado de mi onomástico: “Te agradezco tus afectuosos deseos, aunque no puedo perdonarte el derroche de una lira por el telegrama que me enviaste, que podría haber alimentado a algún pobre ansioso”.

A veces puedo pasar por demasiado severo y ahorrativo conmigo y con los demás, pero no puedo hacer otra cosa, pensando en todos los que se dirigen a mí y que yo, con inmenso disgusto, no puedo ayudar, por insuficiencia de medios.

Para el XXV aniversario del Instituto, querían hacer venir de lejos a un célebre orador, pero me opuse, dada la finalidad del Instituto, que es asistir a los pobres y no ser una Academia.

A los colaboradores más cercanos no me canso de recomendar ahorrar, tanto como sea posible, para ayudar a un huérfano más.

Mi testamento

En mi testamento redactado hace poco más de un año, recordé que, a pesar de tener legados, y luego “Al poder gastar a mi antojo,

me guardé bien del abuso de un solo dinero que no fuera a incremento del Instituto, al que quise que todo fuera entregado”, por lo tanto, “me sería intolerable si viera que estas sustancias providenciales se administraran leve y mal. Por eso suplico a mis herederos que utilicen todo el empeño para que la administración sea cuidadosamente continuada y siempre para que se pueda hacer el bien a los pobres muchachos, especialmente a las viudas madres, en la mayor extensión posible”.

En mis desventuras de pobre huérfano, he madurado la convicción y el propósito de que todo lo que la Providencia me hubiera dado, lo habría puesto a disposición de los muchachos pobres, para ayudarles a crecer dignamente, como me ayudaron buenas personas que se interesaron por mí.

Por lo tanto, es necesario que yo y mis sucesores meditemos a menudo sobre lo que dice San Pablo: que el Señor Jesús “nos ha enriquecido con su pobreza”.

Si buscamos realmente el bien de los muchachos, no tendremos dificultad en aceptar las incomodidades de la pobreza. Si ponemos como objetivo de nuestra vida aliviar el sufrimiento de los demás, no haremos muchos razonamientos complicados para no dejarnos llevar por las comodidades superfluas.

Nosotros y la Providencia

Las obras que la Providencia me ha encomendado necesitan medios consistentes para funcionar. Las obras deben funcionar y, por lo tanto, necesitan una administración prudente, y yo, inexperto en estas cosas, he tenido que aprender en la vida cotidiana la estricta ley de la gestión económica.

He partido “poeta de la economía”, como se decía probablemente de mí, y he terminado un administrador de empresas funcionales,

aunque a costa de notables sacrificios, coronados por la ineludible intervención de la Providencia.

Estoy seguro de que la Providencia no faltará, ni siquiera a mis sucesores, mientras piensen en administrar bienes que pertenecen a los pobres. No les faltarán dificultades, pero no deben temer.

Nuestra colaboración con la Providencia consiste, sobre todo, en poner a disposición de los jóvenes todo lo que tenemos. Todos los recursos económicos, humanos y espirituales, nuestro tiempo, nuestros proyectos: todo va orientado al crecimiento de la obra benéfica, que la Providencia ha hecho surgir y acompaña diariamente.

En efecto, "tengamos siempre presente la máxima de San Ignacio: "Debemos gobernarnos en todas las cosas y contingencias, con prudente y prudente discernimiento, como si todo dependiera de nuestra exclusiva industria y atención, y luego debemos en todo y para todo confiar en Dios, como si no hubiéramos hecho nada".

13. EL VIAJE MÁS IMPORTANTE

Agosto 1912

“Desde hace bastante tiempo, siento el continuo *responsum mortis*, la muerte inminente, pero vivo tranquilísimo. Es necesario abandonarnos confiados en los brazos amorosísimos de la Providencia. Todo lo que nos puede suceder, no puede ser sino, para nuestro mayor bien. San Pablo nos recuerda que todo sucede por nuestro bien. “Para los que aman a Dios, todo coopera al bien”.

Ahora también a la pluma sigue la dolorosa fase de la palabra anudada: me haría falta un segundo milagro idéntico al que Jesús hizo al mudo, intimando el efecto, a cuyo imperio enseguida se disolvió la lengua y hablaba rectamente, como se lee en el Evangelio”.

“Espero que las cosas se pongan mejor con respecto a mi salud. De lo contrario rezarán por mí las mismas palabras que la Iglesia hace rezar por los agonizantes: “Parte de este mundo, oh alma cristiana”. Cuento con la oración de muchos amigos “para que me prepare para el viaje más importante de la vida”.

Siento que “El Señor me da la gracia de estar preparado para todo”.

El tiempo más propicio

De hecho "siempre he pensado que la Providencia de Dios, que en nuestra vida fue tan buena y misericordiosa, se haga en el terrible y sombrío momento de la muerte más sabia, más vigilante, más amorosa a cada uno de nosotros y, casi diría yo, se duplica.

Cada uno de nosotros, sin darse cuenta, muere en la hora que le es más propicia para su salvación eterna.

Por mucho que haya sido pecador, la bondad del Señor cumple entonces, sin hacer violencia al libre albedrío, un supremo esfuerzo de caridad y lo hace para salvar a su criatura predilecta. Pero la consideración de esta ternura solícita por parte de Dios, debe inducirnos no a aprovecharla, sino a merecerla.

¡Cuánta gratitud debemos también por esto al Señor!"

Soy un obstáculo

Ya es hora de partir porque advierto que "yo soy un obstáculo en la obra del Señor."

"Padre Bonsignori y yo estamos en el final y esperamos a Jesús bendito."

A mis hermanos que se preocupan demasiado por mí, repito: "Dejad que me vaya".

En mi testamento escribí que espero ayudarles desde el cielo. No deben temer por mi partida porque están dotados de excelente espíritu sacerdotal y de gran rectitud.

Paraíso, Paraíso

Cuántas veces he exclamado con mi San Felipe: Paraíso, Paraíso. En mis dificultades he encontrado fuerza y consuelo en esta

“realidad definitiva” que es nuestra verdadera “patria”. He predicado mantener los corazones fijos donde están las verdaderas alegrías, *ibi fixa sint cordia ubi vera sunt gaudia*. Y antes de predicarlo a los demás, he disfrutado este pensamiento.

Y ahora se acerca el momento de alcanzar la meta tan anhelada. Es necesario pensar en la meta eterna más que en los sufrimientos pasajeros que preceden a la muerte.

“En los numerosísimos escritos de Suárez falta un pensamiento, uno de altísima importancia por conocer, de un significado más profundo que todos los miles de otros, de los cuales nos cuesta considerar que no existieran, es decir, el pensamiento que fue el último del autor y fue corona de todos los otros pensamientos, lo que es su parecer y el significado de lo que se siente al dar el primer paso en la eternidad, cuando en los extremos de la vida, levantando la pestaña, exclamó en una especie de sorpresa: “Nunca hubiera creído que fuera tan dulce morir”.

14. MI OREMOS FAVORITO

Cuando llega el cuarto domingo de Pascua, no puedo dejar de comentar el Oremos de la Misa, porque me parece un vértice de la vida cristiana. *“Oh Dios que unes en un solo deseo las mentes de tus fieles, concede a tu pueblo amar lo que mandas y desear lo que prometes, para que, entre las vicisitudes del mundo, allí estén fijos nuestros corazones en donde está la verdadera alegría”.*

Que nuestros corazones estén fijos, allí donde está la verdadera alegría

Nuestro corazón es un revoltijo, decía Manzoni. En este momento desea el bien, en pocos minutos puede desear el mal. Hoy quiere una cosa, mañana otra.

La gente dice que al corazón no se le manda, porque es él quien arrastra con sus deseos inestables: por eso está inquieto, nunca encontrando una realidad que lo satisfaga completamente.

También sabemos que el corazón se detiene más cuando está verdaderamente enamorado: donde está tu tesoro, allí está tu corazón.

El Oremus nos hace pedir “Mantener nuestros corazones fijos donde está la verdadera alegría”. Ahora para el cristiano el verdadero tesoro que nadie puede robar es Dios con su ilimitada felicidad que quiere comunicarnos: Dios es el punto fijo donde nuestros

corazones deben volverse, para ser saciados, porque Él “supera todo deseo”, Él es nuestro tesoro, nuestra meta, nuestro todo.

O Dios que unes en un solo deseo las mentes de tus fieles

Las mentes de los fieles son muy diversas, porque son diversas las opiniones, las valoraciones, los puntos de vista, las condiciones sociales, las experiencias. Es difícil encontrar a dos personas que piensen exactamente igual. Y tampoco pedimos que piensen igual. Sin embargo, aquí se afirma que el Señor une en un solo deseo las mentes de los fieles. ¿Cuál es este solo querer si no tener fijo el corazón en Dios, nuestra verdadera alegría? Dios quiere que sus fieles, es decir, los que creen en Él, aunque tengan ideas diferentes, lo busquen en todas las cosas y por encima de todas las cosas. San Pablo dice lo mismo cuando afirma: “Dios quiere la salvación de todos los hombres”.

Permite a tu pueblo amar lo que mandas y desear lo que prometes

“Escucha a Israel: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Y a tu prójimo como a ti mismo”.

Lo que el Señor pide es una respuesta de amor a su amor. Pero comprender esto no es fácil. Hoy le pedimos que nos haga comprender que lo que nos pide es una respuesta de amor y no un gesto arbitrario de su voluntad.

Pidamos el don de amar su santa voluntad y hacernos comprender que lo que nos pide es para nuestro bien.

Pidamos también el don de “amar lo que promete”, es decir, de amarlo a él, porque él promete a sí mismo, su deseo de hacernos felices.

Entre las vicisitudes del mundo

Vivimos en este mundo donde somos atraídos, seducidos, decepcionados, condicionados por los altibajos de los acontecimientos humanos. También por esto necesitamos un punto de referencia seguro, que nos permita vivir en este mundo que pasa, sin pasar con el mundo.

Nuestro Oremus nos ayuda a tener fijo el corazón donde está la verdadera alegría, porque pone nuestros deseos en contacto con el deseo de Dios, de hacernos felices. Y pone nuestro corazón en el corazón de Dios, que nunca defrauda.

15. LA GRATITUD

Agosto 1912

La gratitud debe ser la máxima virtud del Instituto

Alguien se asombra de la importancia que siempre he dado a la gratitud.

¿Pero no es verdad que todo es don? no es aquello que tenemos, sino también lo que somos es don.

Si todo es don, todo debe ser acogido con rendimiento de gracias, con gratitud. Quien ha tenido todo y fácilmente de la vida, comprende menos la realidad como don, porque le parece que todo le es debido, con la consecuencia de que no le vendrá espontáneo el decir gracias. Pero quien ha sentido, como yo, la dolorosa falta de tantas cosas y de las personas más queridas, comprende más fácilmente que las cosas son don, como don es la vida y don es la educación recibida.

Mi educación cristiana es un don de mi buena madre y de mi querido oratorio. Mi sacerdocio ha sido posible gracias al interés de almas generosas.

Mis obras son dones de los benefactores: “Todo es obra de la Divina Providencia. Yo soy un servidor cualquiera, soy un instrumento débil. Los grandes benefactores son los que hacen, los que proveen a

mis Institutos. Yo no soy más que una mancha de tinta, en el fondo de la página del libro de oro de los apóstoles de la caridad”.

Memoria y gratitud

Por lo demás, toda la Biblia es una invitación a la gratitud, ya que subraya que todo es de Dios como don: el mundo es don del Creador, Israel es fruto del don de las intervenciones gratuitas de Dios. La vida, la muerte y la resurrección de Jesús son el regalo más asombroso: Todo debe ser recordado continuamente, para dar gracias a Dios. ¿La Eucaristía no quiere decir quizás “rendimiento de gracias” y, por tanto, no es el gesto más alto de gratitud?

Recordar los dones recibidos de Dios y de los hombres es recordar que no nos hemos construido solos, sino que debemos agradecer, y que el deber primero es estar rebosados de reconocimiento y gratitud. Sin embargo, existe el peligro de la soberbia que impide la gratitud. Se dice que Satanás se rebeló contra Dios por el peso insoportable de la gratitud. Satanás no ha aceptado el puesto de segundo que debe gratitud al Primero.

El soberbio no acepta ser inferior, ni siquiera en el momento en que recibe el don. Para el soberbio, todo



le es debido. El don recibido es un deber de parte de quien lo hace. A menudo somos ingratos porque somos orgullosos.

Gratitud y responsabilidad

Quien ha recibido más, debe dar más. La gratitud no es sólo una actitud hacia el pasado, sino que debe producir frutos también hacia el futuro. Una de las piedras angulares de la educación de mis hijos es que se den cuenta de que, habiendo recibido mucho, deben dar mucho. Deben aprender bien su trabajo para ser agradecidos con los benefactores, con su familia, tanto con la de origen, como la que deberán construir.

He hablado a menudo de la parábola de los talentos que deben ser ocupados, porque todo don es una tarea, tanto en el campo del trabajo, como en el campo social, como en el religioso. Deben comprometerse a ser buenos artesanos, buenos ciudadanos, cristianos valientes.

Y, así también nuestro Instituto y nuestra Congregación deben cultivar la gratitud hacia los benefactores y los colaboradores, reconociendo su aporte y contribución, especialmente hacia los más humildes, que suelen recibir menos gratificaciones.

Quisiera recordar a mis continuadores que la manera más completa de ser agradecidos, es rezar por los benefactores y los colaboradores, porque sólo el Señor puede retribuir el bien que nos permiten hacer, es más, el bien que hacen a través de nosotros.

16. MI DIÓCESIS

Septiembre 1912

Una gratitud particular la debo a mi querida diócesis de Brescia, que me ha transmitido la fe y me ha llevado al sacerdocio. Entre todos los buenos sacerdotes que el Señor me ha puesto al lado recuerdo a don Pezzana, que me ha acompañado en mi búsqueda vocacional y me ha tenido cerca en los primeros años de sacerdocio, transmitiéndome esa pasión de las almas, típica de los verdaderos pastores.

Si he madurado para dar origen a mi obra, es porque he encontrado antes que yo, y a mi alrededor, sacerdotes dedicados a la juventud. En este campo tendría una “nube de testigos” para recordar: Padre Giovanni Elena, “sacerdote ejemplar”, muy estimado por don Bosco; al gran Ludovico Pavoni, maestro clarividente e innovador de promoción de la juventud a través del trabajo.

Debería detenerme mucho tiempo en Monseñor Pietro Capretti, sin el cual no habría dado los primeros pasos.

Él es el inspirador de todas las iniciativas innovadoras que han puesto a la diócesis de Brescia en condiciones de afrontar los nuevos tiempos. Es él quien preparó a un clero inflamado por el amor del Señor atento a los pobres. Él ha confiado en mí y, a pesar de

mis limitaciones, siempre me ha ayudado, incluso cuando nuestras visiones no coincidían perfectamente.

Y luego mis obispos: Monseñor Verzeri, el obispo de mi juventud y Monseñor Giacomo María Corna Pellegrini Spandre, el Padre al que siempre he obedecido como un hijo y que como un hijo me ha tratado bendiciendo la reanudación del Instituto Artigianelli, aprobando a la naciente Congregación, siguiéndola con atención paterna y gozando de su desarrollo.

Una diócesis tiende hacia los nuevos tiempos

Tuve la suerte de tener maestros sabios e iluminados que me enseñaron a quejarme poco y a actuar mucho, a ver lo nuevo que viene adelante más que lo viejo que debe ser abandonado.

Para todos, recuerdo a Monseñor Geremia Bonomelli, mi maestro en el seminario, actual Obispo de Cremona, cuya mirada proyectada hacia el futuro, nos ha abierto horizontes nuevos.

La sensibilidad misionera ha dado a la diócesis un respiro mundial: entre los muchos misioneros de las diversas Órdenes y Congregaciones, no puedo dejar de recordar a Monseñor Daniele Comboni, apóstol de la Nigrizia y del Sagrado Corazón, en cuya Congregación se están honrando también mis exalumnos.

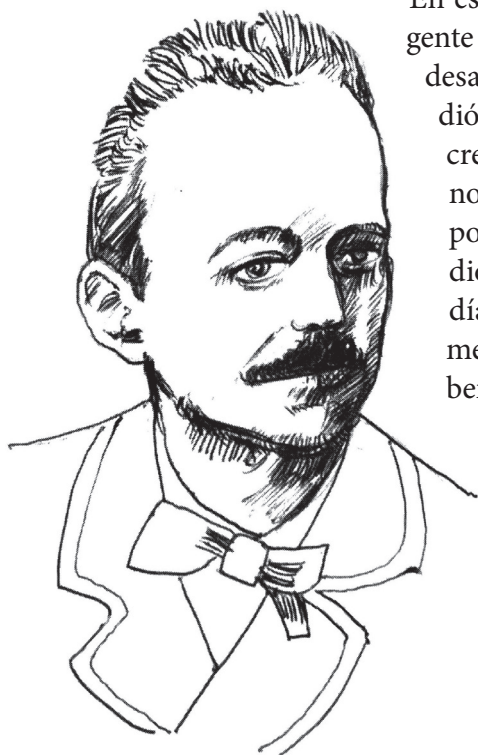
La vitalidad de la diócesis se manifiesta de modo evidente en una fuerte implicación de los laicos, comprometidos en los diversos sectores de la vida social y de la lucha política, los cuales, aún con diversas posiciones, tienen un cierto sentido eclesial. ¿Cómo no recordar aquí al difunto abogado Giuseppe Tovini, incansable promotor de iniciativas en defensa de la escuela y en apoyo de las obras católicas?

No es que en Brescia sean todos santos, es más, “nuestra Brescia se ha convertido por la mitad extraordinariamente pervertida.

Se considera, después de Turín, la ciudad más defectuosa en las costumbres de Italia. Afortunadamente la otra mitad mantiene claramente alto el sentimiento religioso que hay que imponer admirablemente a la perversa”.

Brescia, en resumen, no cede las armas, sino que lucha en el plano de las ideas y sobre todo de la caridad, con personalidades distintas, como la hermana María Crucificada de Rosa y otras santas mujeres fundadoras de muy activas congregaciones religiosas.

Me siento orgulloso de pertenecer a esta Iglesia de Brescia, que responde al mal con el bien, que acoge con inteligencia creativa el futuro, que sabe luchar, rezar, sufrir y actuar.



En estos años he aprendido de la gente humilde que nunca hay que desanimarse. Agradezco a mi diócesis que me ha formado a creer que “si no tengo caridad no soy nada”. Gracias, Señor, por haberme puesto en una diócesis que me enseña cada día a servirte y amarte activamente y, donde he encontrado benefactores generosos y colaboradores fieles.

17. LOS MÁS QUERIDOS BENEFACTORES

Octubre de 1912: Desde el principio

Desde que manifesté a mi obispo la intención de continuar solo la obra iniciada que se quería cerrar por insuficiencia de medios, la Providencia se me ha manifestado tangiblemente. Estaba completamente solo, sin ayuda, y con una obra cargada de una hipoteca que me pesará mucho y que tuve que devolver a la Curia hasta el último céntimo.

Las primeras benefactoras fueron dos mujeres, Filippa Freggia y Rosa Gusmerotti, que se pusieron a disposición del pobre Instituto, sirviendo gratuitamente en la cocina, en el guardarropa, en la limpieza, en la organización, sin ahorrar tiempo ni esfuerzo. No solo eso, sino que la primera ha invertido “todo lo que tenía en su propiedad, más que bastante, para vivir convenientemente, más bien, ágilmente”; la segunda, ha “servido siempre sin percibir salario y donando al Instituto algunos miles de liras”.

En mi testamento también recordé a “otras personas de servicio que se dedicaron con desinterés generoso en la obra que prestaron”.

Cuánta generosidad he constatado en la gente humilde, que se privaba de lo necesario, para ayudar a mis muchachos, sintiéndose menos afortunados que ellos.

Los instrumentos de la Providencia

El desarrollo de la obra ha estado marcado por intervenciones de la Providencia, misteriosas y llegadas en el momento justo. Para la compra del edificio donde se construirá la Colonia agrícola de Remedello, llega el legado de la condesa Teresa Gigli. Para los últimos e imponentes construcciones del Artigianelli ha aportado la familia Muzzarelli, el doctor Alberto y la hermana Marietta.

La familia Muzzarelli ha subvencionado también a las necesidades ordinarias del Instituto, con tal abundancia que un día me hizo decir, y con verdad, a la señora Marietta: "El Instituto es todo suyo".

Puedo hablar tranquilamente de intervenciones de la Providencia, porque nunca he pedido nada a nadie, limitándome, cuando se me pide, a hacer presentes mis necesidades. Siempre he pensado que la obra no era mía y que la Providencia guiaba las cosas en cantidad y calidad.

Mi parte, y la nuestra, es y será siempre la de utilizar bien lo que se nos daba, invirtiendo todo, hasta el último céntimo, para nuestros muchachos, pero también industrializándonos en todos los modos para alcanzar, lo más posible, el difícil objetivo de la autosuficiencia.

No han faltado, ni siquiera entre el clero, algunos benefactores, que no solo recomendaban muchachos necesitados, sino que también han pensado que mis muchachos tenían un cuerpo que mantener y crecer sano.

Para todos, recuerdo a Padre Domenico Poletti, ya preboste de Lovere, que proveyó una hermosa casa de vacaciones para mis

muchachos en Angone, sita en el municipio de Erbanno, en Valle Camonica, muy útil para aquellos muchachos que no pueden volver a su hogar, simplemente porque no tienen a nadie.

Cercanos y lejanos

¿Y cómo no estar agradecido a quien me ha ayudado con el consejo, con la cercanía competente, con la comprensión de mis dificultades, con la carga de mis defectos y de mis limitaciones?

Hay también personas alejadas de la Iglesia y quizás también de la fe, que me han ayudado silenciosamente, debido a la obra “filantrópica”. ¿Cómo no recordar a los Zanardelli (precisamente él, Giuseppe, el poderoso político anticlerical) y la devota hermana Ippolita!?

Son estas personas que encuentran un lugar especial en mis conversaciones con Jesús bendito y misericordioso, a quien me permito recordar sus palabras: “Lo que habéis hecho a uno de estos pequeños, me lo habéis hecho a mí”.

18. MI POLÍTICA

No puedo dejar de sonreír cuando pienso en mi propósito juvenil, después de la toma de Porta Pía, de no cambiar la túnica hasta que Roma no fuera devuelta al Papa. El acontecimiento se sintió como trágico y dio lugar a una actitud de rechazo no solo de la nueva Italia, sino también de toda la sociedad moderna.

Pero he visto cuán contraproducente desde el punto de vista pastoral era esta intransigencia, porque una cosa son las ideas, otra son las almas. Y, sobre todo, me di cuenta de que el Señor me había puesto en este tiempo, para que pudiera hacer el bien y hacer crecer a los cristianos también en esta situación, capaces de mejorar las cosas, porque se han hecho mejores. ¿Acaso el Evangelio no parte del mejoramiento del corazón del hombre para mejorar la sociedad?

He visto además cómo el descenso del clero en la agonía política ha acentuado una nefasta división entre los católicos, absorbiendo energías que se habrían comprometido más oportunamente en la difusión del Evangelio, sin hablar del hecho de alimentar el anticlericalismo.

“La política es la ruina del clero, porque es fuente de profundas divisiones”, he recordado esto varias veces. El clero debe promover la solidaridad, debe educar en la responsabilidad personal y social. Por eso he mantenido las distancias con las disputas y con los bandos opuestos y he rogado a mis colaboradores que se interesen

más por la conciencia que por las disputas políticas, dejándolas a la competencia de los laicos.

Los tiempos cambian

Estoy de acuerdo con lo que me escribió en 1887, Monseñor Bonomelli, después de haber hablado con los cardenales Manning y Gibbons: “Estos buenos cardenales viven en medio del mundo, lo conocen y ven que el futuro es de la democracia y que la Iglesia deberá tratar con los pueblos en lugar de con los principios. El pasado no vuelve. La Iglesia se pone siempre del lado de los débiles, de los que sufren y, por tanto, de los pueblos, que por fin son los que sufren, comenzando por Jesucristo”.

Los tiempos cambian, pero los “pobres los tendrán siempre con ustedes”. Y nosotros debemos estar con los pobres y para los pobres. Los tiempos cambian, pero hoy hay quien en nombre del progreso explota a los pobres y quien, en nombre de la defensa del pueblo los aleja de la fe: “En la cámara del trabajo donde están inscritos también los jóvenes a los 12 años no se aprende más que a blasfemar, a odiar a los sacerdotes, a la religión, etc.”.

Los tiempos cambian y también las formas de gobierno, pero nuestra tarea es impedir que los pobres sean privados de la fe por quien los explota y por quien los pretende defender con la irreligiosidad.

Los tiempos cambian y nosotros debemos estar presentes donde se crea una nueva sociedad, es decir, en el mundo del trabajo, preparando trabajadores expertos en su profesión y aún más hábiles en la profesión de su fe, además de ser ciudadanos leales.

Siento que mi tarea es la de formar y reformar las conciencias, especialmente a través de la educación y, de aliviar, a través del ejercicio de la caridad, del consejo, de la comprensión, los sufrimientos

y las dudas que los conflictos religiosos y las batallas, en torno al modernismo, están suscitando.

No es fácil

Sin embargo, he comprobado que esto no es fácil en la práctica diaria. En efecto, en mi imprenta se imprimían simultáneamente *Il cittadini* di Brescia y *La Voce del Popolo*, que representaban dos posiciones muy diferentes del mundo católico, el primero dirigido por Giorgio Montini, el segundo por Giuseppe Tovini, que a veces se enfrentaban polémicamente.

Naturalmente estoy contento cuando siento que los católicos se comprometen, con éxito también, en el campo político. Pero también estoy convencido de que hay que preparar el mañana, creando hombres que sepan ganarse la vida, que formen una buena familia y que piensen un poco también en los demás, tanto en lo privado como en lo público.

19. SUBIR Y BAJAR LA ESCALA

Subir

La iglesia del Artigianelli se alza sobre los otros edificios. La quise bien visible y en lo alto, en posición elevada, para decir que todo lo que la rodea, desde los talleres hasta los dormitorios, desde los estudios hasta el refectorio, viene de lo alto y debe conducir hacia arriba. Se accede por dos elegantes escaleras, que subo y subo varias veces al día, aunque con decreciente agilidad, pero siempre con alegría.

Temprano en la mañana, mientras la casa todavía está dormida, subo esas escaleras con diferentes sentimientos. A veces me siento uno de los peregrinos israelitas que “desde lo profundo” de sus miserias, sube al templo para invocar la misericordia del Altísimo. Otras veces me parece ser como Moisés, que sube al monte para interceder por el pueblo.

Me doy cuenta de que, si hace un tiempo intentaba liberarme de todo pensamiento para encontrar más libremente al Señor, hoy prefiero subir las escaleras, llevando conmigo mis pensamientos y mis preocupaciones para ofrecerlas al Señor y presentarlas a él como contribución al sacrificio eucarístico.

Las escaleras me ayudan a llevar a Dios no solo mi cuerpo, sino mi existencia y la de mis muchachos, la de mis colaboradores y la de mis benefactores, ¡y la de los que sufren...!

Detenerse

Abierta la iglesia, me pongo de rodillas y aquí, ante el Santísimo, me preparo para escuchar a mi Señor que me habla en la Sagrada Escritura. Aquí, en el silencio y la calma de las primeras horas del día, propicios a la meditación, comienza mi coloquio que parte de la Página Sagrada y se dirige al Tabernáculo y de éste vuela a los problemas que me esperan abajo. Luego viene una parte del Breviario y finalmente la Santa Misa.

Son las horas más hermosas del día, que corren rápidamente desde las cinco o en el verano desde las cuatro. Aquí paso del presente a la eternidad, de la santidad de Dios a la miseria del hombre, de lo que debería hacer a lo que no puedo hacer. Aquí programo mi día a la luz del deseo del Padre que me confía sus hijos predilectos.

Aquí tomo la fuerza para descender a cumplir mi tarea de padre que se esfuerza por ser amado con dulce comprensión hacia todos, a pesar de mi carácter impulsivo, que debo tener a raya.

Descender

El descenso en medio de la actividad vertiginosa, después de esta salida, no me pesa mucho.

Siento que el Padre me acompañará en el compromiso de servir a sus pequeños, aunque me esperan problemas de gestión de los talleres, en los que no siempre me encuentro a gusto, peticiones y súplicas a favor de casos piadosos por parte de madres y párrocos, colaboración con personajes difíciles, situaciones de chicos



con historias personales delicadas, consejos de dirección espiritual, acreedores a los que pedir una vez más paciencia...

Cuando me siento cansado o deprimido, vuelvo a subir mis escaleras y hago otra pausa en el paraíso de mi pequeña iglesia: "Aquí, ante la Eucaristía, siento que soy amado. Su amor me da alegría, me absorbe, me sumerge en un océano de caridad". Luego, después de una rápida mirada a mi San Felipe Neri, vuelvo a bajar, más sereno y sonriente, a visitar a mis muchachos en los talleres, tratando de difundir un poco de alegría, animándolos en su trabajo, observando y controlando al mismo tiempo, el desarrollo de las cosas.

San Felipe es el patrono de la iglesia y el modelo para nosotros educadores, que a menudo citamos sus máximas simpáticas e incisivas, además de inspirarnos en su estilo gracioso y amigable.

Subir y bajar por las escaleras se convierte en la fotografía de lo que debería ser la dinámica de los educadores, que estamos llamados a mirar hacia arriba para tener las motivaciones y la fuerza de vivir en la llanura cotidiana con espíritu de servicio, sin deprimirnos en decepciones y sin exaltarnos en los buenos resultados. Por lo tanto, "Arriba los corazones" para llenarlos de ese amor que todo hace más ligero.

20. *PIETAS ET LABOR*

Debo confesar que subir y bajar frecuentemente las escaleras de mi querida iglesia me lleva a un contacto más vivo con mi Señor y, al mismo tiempo, con el sentido profundo de mi misión. Subo las escaleras para adorarlo, bajo para servirlo. Me gustaría que se pudiera escribir sobre la entrada de mi Instituto: “Aquí Cristo es adorado y servido”. Cristo es adorado en la oración, y servido a través de los muchachos.

La oración, mientras mantiene vivo el sentido de la presencia de Cristo en los muchachos, ayuda a comprender que todo lo que hago a mis muchachos lo hago a mi Señor: “Lo que habéis hecho a uno de estos pequeños me lo habéis hecho a mí”.

Una vida unificada

Cuando hablo a mis hermanos que comparten conmigo la misma misión, a menudo recuerdo la necesidad de la unión de estos dos momentos.

En efecto, nuestra vida intensamente activa implica mezclarse con las vicisitudes humanas, caminar sobre la tierra polvorienta de la gestión cotidiana, a menudo dura y pesada, estar en medio de muchachos no siempre dóciles o educados, el contacto con personas

que sufren de los ambientes groseros e incluso vulgares de los que provienen.

Y esto puede parecer poco refinado desde el punto de vista espiritual, porque caminando por las calles del mundo podemos "ensuciarnos los pies". Pero el "ensuciarse los pies" en la conducción laboriosa de nuestras actividades, para vivir entre los jóvenes y para los jóvenes, forma parte de nuestra misión que, por tanto, debe asumirse con dignidad y serenidad, aceptando toda la pesadez y los riesgos, por amor y solo por amor.

Nuestra misión es algo más que decir cosas bonitas: es también bajar las cosas bellas a lo rutinario y no fácilmente permeable de la cotidianidad.

El "ensuciarse los pies" es también la prueba de lo que somos. Es fácil hacerse ilusiones de ser virtuosos, hasta que uno es puesto a prueba, hasta que uno responde a la invitación del Señor que llama a la puerta de nuestro corazón y dice: "desciende a la vida confusa y desorientada de mis pequeños y háblales de mí, con palabras y obras".

También es necesario tener siempre presente la indicación de San Agustín, que recuerda la necesidad de subir con frecuencia las escaleras de la iglesia, es decir, de la oración, "porque hemos perdido el gusto por las cosas celestiales, corremos el riesgo de pasar al número de aquellos que aprecian solo las cosas terrenales".

Y también: "Cuando nos falta la suavidad de la contemplación, corremos el peligro de quedar aplastados bajo el peso del trabajo apostólico".

Una vida intensa

Nuestra vida es, pues, una alternancia de subir y bajar, de oración y de actividad, de *Pietas et Labor*.

Por lo demás, nuestro Instituto está situado en el terreno de un monasterio benedictino que tenía como lema *Ora et Labora*, reza y trabaja.

Es una vida intensa no solo por el mucho bien que se puede hacer, sino también por el contacto con la profunda realidad de la vida cristiana, en la que el más es invisible, porque lo que se ve es solo la punta del iceberg de una realidad inmensamente más grande e importante, en cuanto lleva consigo, una chispa de eternidad, es decir, la presencia del Señor que hay que reconocer, amar, servir.

Pietas et labor para descubrir el fundamento primero y último de todo y para alcanzarlo en todo. ¡Qué hermosa nuestra vida!

21. TRABAJO, ESTUDIO Y ALEGRÍA

Mi admirada iglesia la he dedicado a San Filippo Neri por varias razones. Cuando Felipe de Florencia llegó a Roma, esta era una ciudad pagana. Cuando murió, Roma era una ciudad cristiana. Uno de los factores de esta extraordinaria transformación fue la incansable dedicación de Felipe a la juventud. Cuidando a la juventud ha hecho una contribución importante al mejoramiento de la ciudad. ¡Ojalá yo pudiera hacer lo mismo con mi Brescia!

Hacer simpática la vida cristiana

Nuestro Santo ejercía una fuerte fascinación por los jóvenes porque sabía hacer agradable la virtud y la vida cristiana. Ilustraba más la belleza de la virtud que la fealdad del vicio, hablaba más de las alegrías del Paraíso que de las penas del Infierno, presentaba la vida cristiana como un camino de alegría más que un conjunto de deberes, sabía encantar hablando de las verdades cristianas, fomentando más que reprendiendo, destacando las potencialidades de cada uno, más que los inevitables errores.

Le preocupaba que al joven se le permitiera ser joven, favoreciendo la sana diversión, organizando las famosas excursiones-peregrinaciones a las basílicas romanas, promocionando el amor por la buena música, gracias a la amistad de los mejores músicos de la época.

Siempre estaba en primera fila para hacer bromas y contar cosas agradables: su compañía era muy solicitada. Felipe estaba preocupado por hacer las cosas de Dios agradables y simpáticas. Estaba convencido de que no basta con oponerse al vicio, sino que es necesario proponer algo alternativo y que eleve el espíritu. No basta la denuncia del mal, sino que hace falta la propuesta positiva del bien. Por eso amaba el arte y promovió formas artísticas modernas para involucrar a la juventud. Educador paciente y bondadoso, comprensivo y sonriente, era por el ‘movimiento perpetuo’, atento al ocio.

Su forma de hacer siempre me ha encantado. Aunque, por naturaleza, no soy tan bromista como él, sin embargo, cuando estoy entre los chicos trato de olvidar mis preocupaciones, haciéndome joven con los jóvenes, tratando de mantenerlos alegres. Cuando tenía menos años, también jugaba con ellos. Pero, ahora como ayer, me preocupa que los jóvenes no se sientan defraudados de su juventud, promoviendo muchas iniciativas. ¡Desearía tanto parecerme a este “santo de la alegría cristiana”!

Bienaventurados los jóvenes

Ya recordé haber promovido la banda musical, que comenzó con la entrada del Padre Gorini que trajo consigo valiosos instrumentos musicales. Debo añadir que también tenemos una excelente filodramática, organizamos frecuentes excursiones, promovemos una apreciada *escuela de cantos*, organizamos las fiestas, proponemos las academias o espacios artísticos a la ciudad, nos mezclamos con los chicos en recreación; lo importante es no favorecer la tristeza, el aburrimiento, la codicia de una vida sin alegría.

En el Instituto debe haber vida y movimiento, porque el agua se pudre. Y así, mientras alternamos trabajo, estudio y recreaciones animadas, solemnidades preparadas y expectativas, recordamos

las máximas de nuestro Santo: "Hay que trabajar, hay que trabajar, Dios no sabe qué hacer con ellos". Pero también: "Alegraos, hijitos. Escrupulos y melancolía, fuera de mi casa".

"La melancolía y la tristeza hacen mucho daño al espíritu, mientras que la alegría conforta el corazón y ayuda a la perseverancia en la buena vida: por eso el siervo de Dios debería estar siempre alegre".

Aunque la vida del Instituto debe ser regulada, cierro fácilmente un ojo cuando veo ciertas travesuras fruto de la exuberancia juvenil: "Haced todo, pero no hagáis pecados".

Pero, sobre todo, recuerdo a menudo el sentido de su edad: "Bienaventurados los jóvenes, porque tenéis tiempo de hacer el bien". Hacer bien el bien, hacer el bien con alegría, hacer el bien para hacer felices a los demás.



22. TRABAJO Y NOBLEZA

Todos los días, cuando paso a visitar los talleres de los impresores, herreros, carpinteros, sastres, panaderos, zapateros, etc., mi corazón se llena de alegría al ver a tantos chicos preparándose para la vida. El pensamiento de que muchos de ellos han sido sacados de la calle y de ambientes malsanos, corporal y espiritualmente, me paga mucho por los notables sacrificios que debemos afrontar por ellos.

El contacto diario con su fatiga en aprender bien un oficio me obliga a explicar el significado del trabajo, que será parte esencial de su existencia.

Hoy hay concepciones parciales del trabajo, que no satisfacen, porque no responden a la realidad.

Hay quienes lo exaltan, hasta el punto de olvidar la fatiga y las decepciones que a menudo lo acompañan. A aquellos que dicen: “El trabajo ennoblece al hombre”, mis muchachos más traviesos responden, riendo: “Pero lo hace similar a la bestia”.

Por otro lado, están los que resaltan solo los aspectos negativos, citando quizás el dicho bíblico: “Ganarás el pan con el sudor de tu frente”. Lo cual es cierto, pero no es todo. El trabajo también es la mejora de la persona, es una oportunidad para descubrir y aplicar sus habilidades, es una fuente de satisfacción cuando está bien hecho.

A través del trabajo se realiza la persona, especialmente cuando el trabajo corresponde a las propias actitudes. Además de la

realización personal, me gusta presentar el trabajo como una contribución a la mejora de la sociedad. El gran progreso que estamos presenciando es fruto del trabajo cada vez más perfeccionado. La inteligencia aplicada al trabajo ha creado máquinas que lo hacen menos agotador.

Pero no siempre las cosas son tan fluidas. ¿Hay que apreciar el trabajo, cuando no da ninguna satisfacción? ¿Cuándo no es reconocido? ¿Cuándo no te gusta? ¿Y los contrastes en el trabajo? ¿Las injusticias? ¿Las luchas? ¿Los odios? ¿Los celos? ¿Las rivalidades?

En Nazareth

Cuando pienso en estas cosas, mi corazón corre a Nazareth, porque en Nazareth se encuentra el verdadero sentido del trabajo. En Nazareth se trabaja, se vive bajo la mirada de Dios y se quiere.

En Nazareth se trabaja: José enseña un trabajo al Creador de todas las cosas. Puedo decir con orgullo a mis muchachos que Jesús recibe una formación "artesanal", es un "artesano", es un técnico que en el taller de José vivió la mayor parte de su vida bajo la mirada de Dios, creciendo en edad, sabiduría y gracia, aprendiendo un oficio y ganándose el pan, con el sudor de la frente.

"Con ello, las diversas condiciones de vida, los diversos oficios, todos los oficios, son ennoblecidos, refinados y consagrados, por haber participado el hombre-Dios, que, habiendo elegido al más humilde, con este hecho relativizó las envidiadas grandezas del mundo y confirió en cambio valor a las cosas poco apreciadas".

El Hijo de Dios creció como hombre, trabajando, para mostrar cómo el hombre que trabaja puede crecer en la estatura del Hijo de Dios. El trabajo, que forma parte de la vida humana, lo eleva a alturas vertiginosas cuando está unido a la voluntad del Señor, porque,

como dice San Agustín, permite al “divino Arquitecto construir una casa eterna, a través de trabas provisionales”.

En Nazareth, además, nos amamos, colaboramos, nos ayudamos, somos solidarios. También esto es expresión de la voluntad de Dios, que quiere que crezcamos en el amor recíproco. Por tanto, trabajando con competencia y honestidad, aceptando las dificultades, en solidaridad con los que luchan con nosotros, vestimos la caballeriza noble de los hijos de Dios que colaboran con el Padre todopoderoso creador del cielo y de la tierra, quien quiere construir un hogar eterno para nosotros a través de nuestro trabajo como constructores de andamios que pasan.

23. CONQUISTAR LOS CORAZONES

Hoy no estoy contento conmigo mismo. He tenido que reunir a los muchachos y hacer una llamada solemne por un robo ocurrido a uno de ellos. No habiendo encontrado al responsable, frente a la impresión de silencio, me alteré, alcé la voz y amenacé con castigos, con excesiva severidad. No puedo tolerar que sucedan estas cosas, pero tampoco puedo tolerar que yo pierda la paciencia de este modo, con el peligro de perder también la confianza de mis muchachos.

Bienaventurados los mansos

Vivir en contacto con los chicos es una provocación continua, especialmente en ciertos momentos, cuando dan la impresión de querer hacer lo contrario de lo que deberían hacer. En estos momentos se corre el riesgo de volverse pesimistas, de ver solo sus lados negativos, de considerarlos irreductibles, de pensar que se está perdiendo el tiempo con ellos.

Afortunadamente hay otros momentos donde manifiestan su rostro positivo, que alienta y consuela.

Siempre hay que recordar que la educación es una cuestión de corazón, ya que se logra incidir en la medida en que se conquista su corazón.

“Bienaventurados los mansos, porque poseerán la tierra en herencia”, dijo el Señor. Bienaventurados los que son mansos porque poseerán los corazones, que son la tierra sobre la que estamos llamados a sembrar.

Poseer el corazón de los jóvenes es el punto más alto de la educación, porque ellos pueden olvidar muchas cosas, pero nunca olvidarán la bondad iluminada, que conquista.

El manso no tiene que convencer al joven de que lo que está haciendo lo hace por su bien, porque lo demuestra con su estilo paciente, amoroso y benevolente, que infunde confianza.

Mi San Francisco de Sales escribía que “la mansedumbre es la simpatía amorosa hacia cada uno en sus condiciones particulares, en sus debilidades y en sus necesidades cotidianas”.

Para ser buenos educadores no basta con exigir que un niño cumpla con su deber, sino que debemos comprender el momento que está pasando y las preguntas que le gustaría hacer.

Ciertas rebeliones vienen de necesidades no comprendidas y no satisfechas.

Amar, amar, amar, amar

“Amar, amar, amar” escribe Alessandro Manzoni. Quien ama es paciente, no se deja amargar por alguna respuesta impropia, tiene presente el carácter y la edad del muchacho.

Pero qué difícil es tener atención para todos y para cada uno, sin hacer diferencias y sin correr el riesgo de cuidar a su propio grupito de “simpáticos”.

Pienso que el formarse un corazón manso, comprensivo y amable hacia todos, es no solo un objetivo del buen educador, sino también un medio de santificación personal.

El educador se santifica cuando se detiene en las metas a alcanzar y es paciente y comprensivo en los medios, cuando pide primero a sí lo que pide a los demás, cuando no lo exige todo y de inmediato, sino que sabe respetar los tiempos de maduración, cuando trata de comprender lo que el Espíritu obra en esa persona, cuando no se deja dominar por la pasión.

Una palabra consoladora

Precisamente hoy el Señor me ha consolado, haciéndome encontrar estas palabras de un Padre de la Iglesia: "El Señor no declara bienaventurados a aquellos cuya vida es inmune a las pasiones. El Señor no condena a los que accidentalmente sucumben a las pasiones, sino a los que las cultivan deliberadamente. Es connatural a nuestra debilidad ver surgir en sí mismos impulsos sin quererlo. Felices los que no ceden fácilmente a los impulsos de la pasión, pero saben dominarlos" (Gregorio de Nissa).

Me doy cuenta de que debo repetir más frecuentemente: "Jesús manso y humilde de Corazón, haz mi corazón semejante al tuyo", para que, gracias a tu mansedumbre, yo pueda poseer el corazón de mis muchachos para hacerlos crecer según sus talentos y como Tú quieres.

24. UN CORAZÓN PARA NUESTROS CORAZONES

Me dicen que estoy enamorado del Corazón de Jesús, porque hablo de él frecuentemente y con entusiasmo.

¿Pero cómo puedo no hablar de ello? He sido testigo de muchas cosas maravillosas realizadas por quienes cultivaban esta hermosa devoción.

“Nuestro compatriota Daniel Comboni, gran misionero de África Central, con el corazón que reflejaba el ardor del corazón de Jesús, viendo que, a pesar de todos los esfuerzos de los misioneros, los católicos no superaban los 200, se consideraba muy seguro que, Consagrando esa vasta provincia al Corazón de Jesús, éste habría respondido bien, porque decía, con esa vivacidad de los santos: Jesús es un “Caballero” y mantiene su palabra de ayudar a los que se fían de Él. En 1873 consagró la Nigrizia al Corazón de Jesús y comenzaron las conversiones”.

También mi obra comenzó el primer viernes del mes de diciembre, dedicado al Sagrado Corazón y debo reconocer que este hecho siempre me ha sostenido. El Corazón de Jesús ha sido para mí la celda interior en la que me he retirado para sacar fuerza y ánimo, para superar mis límites humanos, la salud frágil, el miedo de experiencias nuevas, el sentido de inadecuación.

Así pude decir con San Pablo: "Todo lo puedo en Aquel que me da fuerza".

Nuestra gratitud

A menudo invito a mis muchachos a reflexionar sobre lo que Jesús ha revelado a la beata Margarita Alacoque: "He aquí ese corazón que tanto amó a los hombres y que fue recompensado por los hombres con monstruosas ingratitudes".

Si la gratitud debe ser la primera virtud del Instituto, nosotros debemos estar agradecidos en forma sobreabundante con respecto a ese Corazón que nos ha amado como ningún otro.

Además de la Comunión reparadora del primer domingo del mes, recomiendo a menudo a los muchachos ofrecer sacrificios inherentes al propio trabajo, a aquel Corazón que se ha sacrificado por nosotros.

Como también sugiero, "poner el bien en lugar del mal" en el propio ambiente, como gesto de reparación constructiva, que nos mejora a nosotros mismos y a los que viven con nosotros.

Un corazón desgarrado

El corazón de Jesús desgarrado por la lanza en la cruz, es la prueba insuperable de que el cristianismo es la religión del amor. "Así que Dios amó tanto al mundo".

La contemplación de la Pasión del Señor me llena de gratitud y de confianza, porque me siento profundamente amado. Ese corazón desgarrado es una ventana abierta al corazón invisible de Dios, es una demostración concreta de que todo lo que hace el Señor lo hace por amor.

Y, al mismo tiempo, todo lo que Él me pide, me lo pide por amor: para que pueda amarlo, correspondiendo a su amor, y ser feliz, partícipe de su felicidad.

Un pan vital

Esta realidad fundamental trato de hacerla comprender a mis muchachos, cuando los invito a la Eucaristía, que es un pan en el que late el corazón de Jesús, que quiere transformar nuestros corazones de piedra en corazones similares al suyo.

Mis hijos necesitan sentirse amados: muchos de ellos no tienen familia o es como si no la tuvieran. Y nosotros mismos no podemos comprenderlos plenamente, porque son demasiados y porque son demasiadas sus heridas, a menudo ocultas.

Acercarlos a la Eucaristía, es acercarlos al cuerpo donado por nosotros, al corazón desgarrado que conforta y al amor que toca, conmueve y convence nuestro corazón.

Es ayudarles a sentirse envueltos en amor e invitados a confiar en el amor, para que, tranquilos, puedan creer en el amor que tendrán que dar y recibir en la vida que les espera.

25. DESILUSIONES Y CONSUELOS

Ayer vino a verme un joven colaborador, un clérigo muy comprometido con la educación, algo desmoralizado por el comportamiento de algunos de sus muchachos. Estaba tan decepcionado que quería tirar la toalla. Todo le parecía inútil. Me parecía inmerso en un mar de amargura y de desconfianza en su acción educativa y en la nuestra.

Le dejé hablar mucho, participando de su aflicción, que yo también conocí. Luego, siempre atesorando la experiencia, le recordé que sus sentimientos eran dignos de admiración, porque estaban dictados por el amor. En efecto quien ama se preocupa, se aflige: “Llorad, amantes, después que llora Amor”, decía Dante. Quien no ama a fondo a los jóvenes, no sufre por su situación. Pero quien no sabe sufrir, no sabe tampoco alegrarse con ellos y por ellos.

Bienaventurados los afligidos

Esta preocupación es buena y agradable a Dios: es bueno estar preocupado y entristecido por el pantano que retiene a los jóvenes. Es bueno sufrir por la barbarie de los disfraces. Es justo indignarse por los malos ejemplos, por las nuevas formas del mal, presentadas en forma atractiva o como algo natural o como un comportamiento normal. Es bueno y justo tratar de reaccionar, convencidos de que el progreso no puede ocurrir solo en el mal.

La juventud, que todos envidian, es en realidad la edad más pobre, sobre todo porque a menudo está influenciada por los ejemplos fáciles y devastadores de los adultos. Si es verdad que “hay que pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios”, también es verdad que quien las afronta con valentía puede decir con San Pablo: “Sobreabundando de alegría en medio de mis tribulaciones”.

En efecto, también para los educadores el Señor dice: “Bienaventurados los afligidos, porque serán consolados”.

No se preocupe por nada

Está también el dicho del Señor: “No se preocupen”. No se deje llevar por la ansiedad, perdiendo la esperanza, convirtiéndose en dimisionario y catastrófico. Un educador aprensivo no favorece la transmisión de las metas positivas.

El evangelio es buena noticia porque dice que *Dios está presente también en esta situación* y podría pedirnos la sufrida fidelidad a nuestra misión, como contribución a su salvación. Dios obra silenciosamente: sus caminos no son los nuestros, sus tiempos no son los nuestros. Hace falta confianza en esta obra oculta y silenciosa de Dios. Es Él quien vuelve al bien nuestra dolorosa preocupación, invirtiendo las cosas. Es necesario tener confianza en *la fuerza ‘redentora’ de nuestro sufrimiento: ella agrada a Dios*. Es bueno pues preocuparse, pero sin afanes, sin perder la confianza en su fecundidad.

Hablar con Dios

Si es necesario hablar de Dios a nuestros muchachos, es aún más necesario hablar de ellos a Dios. *Rezar por nuestros jóvenes, con la confianza* de Santa Mónica, a quien se le había asegurado que: “es imposible que se pierda un hijo de tantas lágrimas...”

Orar y luego dejar hacer al Señor: preocuparse sin perder la confianza en su poder porque es Él quien consolará, que encontrará soluciones, que llevará a maduración y utilizará.

“Y tú —conluí con mi joven colaborador prometedor— tú debes aprender a superar este momento, también para poder educar con eficacia a tus muchachos, a superar las decepciones que les esperan. Es necesario aprender de cada derrota para ayudar a los demás a no dejarse doblegar por la suerte adversa. Muéstrate fuerte, no te decepciones, no te deprimas. Enseñarás con el ejemplo que se pueden enfrentar todos los problemas. En efecto, Dios nos consuela en nuestras tribulaciones, para que también nosotros podamos consolar a los afligidos”.

26. MI GRUTA

A los dos lados del altar mayor, de mi amada iglesia, hay dos altares: el de la izquierda está dedicado a San José, el de la derecha está dedicado a la Virgen. Aquí hice reproducir la gruta de Lourdes, con una hermosa estatua de la Inmaculada, como fue descrita por Santa Bernardita.

Mi reclinatorio es colocado delante de esta cueva, en posición tal que pueda ver al mismo tiempo el Santísimo y su Madre. Aquí paso mis mejores horas.

Los meses de mayo

En honor a María, he predicado un considerable número de meses de mayo, con buena participación, pidiendo y haciendo también sacrificios, como este exigente programa: “Todas las mañanas nos encontraremos a las cuatro y cuarto: Misa, Rosario y luego cuatro palabras que no ocuparán un cuarto de hora, como máximo veinte minutos. Así que estén seguros de que a las cinco y cuarto serán libres para el cumplimiento de sus deberes”.

Siempre he cultivado con entusiasmo la devoción a la Virgen, por mí, por la gente, por mis muchachos, convencidos de que con ella nunca estamos solos, ni en vida ni en muerte.

La Inmaculada

“Debemos considerar la fiesta de la Inmaculada como la fiesta de la juventud, porque habla al corazón de belleza, de fuerza, de lucha, de victoria”. Por eso la preparo con una novena, donde cantamos el “Tota pulchra”, “Toda bella eres María”, canto que introduce a la comprensión de la belleza única y sublime de María, pero también de la belleza del alma en gracia de Dios, de la fascinación de un mundo resplandeciente del esplendor divino que no se oculta, tan distinto del dominado por los sentidos y a menudo abrumado por los instintos desenfrenados.

María es la educadora del corazón del joven: lo atrae al mundo de las realidades que no pasan, lo ayuda en sus luchas, lo anima en sus debilidades, le sonríe en sus victorias.

Bienaventurados los puros de corazón

Para gustar las cosas de Dios y comprender la vida cristiana, es necesario purificar el propio corazón.

Bienaventurados los puros de corazón porque verán a Dios, dice el Evangelio.

Nosotros nacemos con el corazón en desorden, que hay que purificar con una atenta vigilancia. La devoción a la Virgen Inmaculada, que ha sido preservada de este desorden, ayuda al joven a desear lo que es bello e importante a los ojos de Dios y, por tanto, a comprometerse a purificar su corazón del asedio de imágenes equívocas y de no pocos modelos detestables del mundo. María lleva al joven a perseguir un ideal de vida limpia, a gustar del encanto de una vida elevada, ‘en subida’, no vulgar.

La educación cristiana es quizás la única voz que, hoy, se levanta en este sector: “una voz que grita en el desierto”, una voz que no se

refiere solo a un ideal de mejora personal, sino que afecta a toda la sociedad.

¡Cuántos desórdenes y sufrimientos provoca en las familias y en la sociedad la falta de dominio de sí!

¿Y cómo puede gustar las cosas de Dios a un corazón ocupado y contaminado por tantas cosas que distraen, seducen, aturden y decepcionan?

Mi oración

Cuando rezo el Rosario encomiendo a la Virgen no solo a mí y a mis muchachos, sino también a mis colaboradores para que den buen ejemplo en el dominio de sí. Todos saben lo duro que soy en este asunto. Confío en su atenta vigilancia, pero sobre todo en la ayuda de María, que quiere a sus hijos “buenos y puros de corazón”.

27. LOS NUEVOS EDIFICIOS DE LA COLONIA AGRÍCOLA

En estos días el arquitecto Arcioni, el diseñador del gran edificio y de la iglesia del Artigianelli, me ha entregado los diseños del nuevo edificio para la Colonia agrícola de Remedello. Me gusta mucho: pórticos espaciosos para los tres pisos, por lo que permite la recreación, incluso cuando llueve. Tan pronto como pueda, iré a Remedello para hablar con la comunidad, antes de empezar a trabajar.

Una obra exigente

La tan estimada colonia agrícola de Remedello nunca ha sido una actividad fácil de llevar a cabo. Desde el principio requirió una fuerte inversión de capital para la compra del fundo.

Inmediatamente después Padre Bonsignori, genial innovador y estudioso apreciado, requirió considerables sumas para demostrar en poco tiempo “los milagros de la nueva agricultura” y la posibilidad de tener a “América en Italia”. Gracias al cultivo intensivo y racional, ha podido multiplicar por tres o por cuatro la producción.

La Colonia agrícola ha sido una gran obra social que, sin embargo, pesa sobre nuestras finanzas inestables, ya que el retorno de las

inversiones fue menos rápido de lo esperado. Yo me encontré entre los dos focos de la planificación de Padre Bonsignori y del rigor de la Administración. Tuve que mediar entre el entusiasmo del experimentador y la elocuencia del presupuesto del administrador.

Qué educación

Desde el principio había acompañado al Padre Bonsignori un cultísimo sacerdote de la diócesis de Brescia, don Bainzini, que debía proveer a la formación espiritual de los jóvenes. Pero muy pronto don Bainzini se puso a cuestionar la orientación formativa de Padre Bonsignori, obligándome a defender al sacerdote agrónomo de la acusación de hablar más de los fosfatos que de Jesucristo. He intentado en todos los modos de hacer comprender al culto sacerdote que lo había puesto junto a Padre Bonsignori, precisamente para la formación religiosa.

Por un lado, el sacerdote científico enseñaría a cultivar los campos, y por otro, Padre Bainzini enseñaría a cultivar su alma. Nada que hacer: la cuestión se resolvió cuando pude enviar a nuestro Padre.

Nuestra educación comprende los dos aspectos, el técnico y el espiritual. Toda visión unilateral es claramente parcial. También por esto me he decidido a formar personalmente a los colaboradores y a los continuadores de nuestras obras, que necesitan ser conducidas con un espíritu particular y bien asimilado.

Otro problema fue la presencia de dos tipos de alumnos: los hijos de los propietarios de grandes fundos y los huérfanos o hijos de pequeños campesinos. Solo la paciente, obra educativa del Padre Bonini, ha sabido hacerlos convivir serenamente.

La familia agrícola

Incluso el excelente periódico, La Familia agrícola, con una buena difusión también entre el clero, no siempre ha tenido una vida fácil. Algunos se quejaban de que la palabra de Padre Bonsignori había sustituido a veces al Evangelio, ya que algunos párrocos, durante la homilía, daban consejos sobre el cultivo de los campos, dejando en la sombra la Palabra de Dios y, citando más a Padre Bonsignori que a Mateo o Lucas.

Este hecho dice del prestigio del director de Remedello, pero también la dificultad de mantener en equilibrio cómo llenar simultáneamente los graneros de aquí abajo y los de allá arriba.

Una presencia constante

La Colonia agrícola ha requerido mi presencia constante, especialmente para potenciar momentos de formación espiritual de los jóvenes. Mientras Padre Bonsignori desarrollaba su actividad de "apóstol de la nueva agricultura", hacía falta quien hiciera la parte de los apóstoles del Evangelio eterno.

Lo que, gracias a Dios, ha permitido formar a agricultores estimados como productores y como cristianos. La educación integral: ¡qué hermoso programa, pero qué esfuerzo!

28. MÁS CORAJE

Me han dicho, y más de una vez, que soy un hombre fuerte. Advierto que lo dicen ahora con una intención elogiosa por mi tenacidad en la búsqueda de los objetivos, ahora con un leve reproche, aludiendo a mi carácter considerado inflexible. ¡Si supieran cuántas veces invoco el don de la fortaleza para afrontar los problemas cotidianos! Rezo para obtener la constancia y la perseverancia en la misión que se me ha confiado y, rezo también, para no dejarme arrastrar por los acontecimientos.

¡Cada día pido humildemente al Señor que pueda decir con San Pablo: “Todo puedo en Aquel que me da fuerza”! Porque “mi fuerza y mi canto, eres Tú Señor”.

La misión de la educación la siento superior a mis pobres fuerzas humanas. Si es verdad que la educación debe llegar al corazón y desde aquí recomenzar y, si es verdad que solo Dios puede tocar el corazón, entonces es necesario pedir ese suplemento de ayuda que permite cruzar los umbrales del corazón de nuestros muchachos.

Fuertes en la prueba

Pido también saber educar a mis jóvenes en la fortaleza, una virtud a menudo fugitiva y mal entendida. No es fortaleza pretender ganar siempre, sino entrenarse para aceptar serenamente los altibajos

de los acontecimientos humanos, donde no solo hay resultados positivos, sino también negativos.

Si es fuerte aceptar la competencia, es muy fuerte el saber reconocer los propios límites. No es de fuertes "lamentarse", por un fracaso, sino recomenzar con realismo y confianza.

"Cómo se gana en Waterloo", o "cómo atesorar los propios límites", o "cómo administrar bien los propios talentos": son todas expresiones de verdadera fortaleza.

A nosotros no se nos pide que siempre tengamos éxito, sino que aprovechemos al máximo nuestros talentos, que son diversos y complementarios. A menudo un fracaso es más útil que un éxito, para conocerse a sí mismo y estimarse por lo que realmente se es.

Fuertes en la fe

Como me dan pena los quejicas y los que culpan siempre a los demás de sus desventuras, así me siento obligado a sacudir a los que no tienen el valor de su fe.

Transcribo aquí algunas notas de predicación a mis muchachos: "Los cristianos no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu de Dios" (1 Cor. 2, 12). Y el Espíritu de Dios nos ayuda a contrarrestar lo que agrada al mundo. He aquí las máximas del mundo que están en las antípodas de las de Jesucristo: "perdonar a quien nos hace el mal es una debilidad; moderar la ambición es una falta de valor; la juventud debe correr sin cesar el camino de los placeres y satisfacer todos los gustos". ¿Por qué muchos, pero muchos, cristianos las siguen? Porque no se tiene el valor de ir contra la corriente; se tiene vergüenza de estar solos. Y, entonces se dice: así se vive en el mundo, hay que trabajar con los demás... Pero nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, nosotros hemos recibido el Espíritu de Cristo que nos invita a no ser esclavos

del mundo, a no temerlo, a “despreciar su desprecio”, a mirar hacia adelante, porque el cristiano es el hombre del futuro, el hombre que piensa que el “más” está delante de nosotros”.

En efecto, el mundo pasa y nosotros pasamos con él. “Pero quien hace la voluntad del Señor permanece para siempre”. ¡Cuántas veces he insistido e insisto en este botón: el futuro pertenece a quien tiene las ideas más claras y a quien está dispuesto a pagar por estas ideas! ¡Y nuestras ideas se basan en las promesas de Cristo!

Una gran historia

Nosotros tenemos en la historia de la santidad una mina de ejemplos convincentes de personalidades fuertes y fascinantes. ¡Cómo estaban atentos mis muchachos cuando narraba los episodios de heroísmo de los mártires, los viajes y la valentía de San Pablo, las empresas de Francisco Javier, el amor a Cristo de San Francisco de Asís, la conversión y la sabiduría de San Agustín!

Es una gran historia para conocer, para narrar, para revivir en el presente, para continuar. ¿Cómo se enriquecería también la humanidad de nuestros muchachos?, tan pobres en modelos positivos.

29. MUCHA MISERICORDIA

Tengo en mis manos la carta de un muchacho, que había amenazado con suspender del Instituto, en la que, entre otras cosas, escribe: “Le escribo para poder reparar el dolor que le he causado con mi falta. Le pido perdón, esperando que no quiera negarlo a un pobre huérfano, que usted recogió en su casa, el cual en un momento de desventura y de despreocupación se dejó vencer por un compañero perverso, disgustando así a usted”.

Estos chicos me roban el corazón. Son traviesos, a menudo fruto del ambiente en el que crecieron. Me hacen pasar por no agradables momentos..., pero el Señor me los confió tal como son, para que puedan sentir un poco de afecto y estar seguros de que en la vida podrán encontrar siempre a quien los comprende.

En los momentos de conflicto sobre las decisiones a tomar, cuando estoy dividido entre severidad y comprensión, me vienen a la mente las palabras del Señor: “Bienaventurados los misericordiosos, porque encontrarán misericordia”.

Así como se me hacen presentes las consideraciones del libro del Génesis, donde, después del diluvio, el Señor hace una alianza gratuita, en la que no pide nada a la pareja humana, porque sabe que *“el instinto del corazón humano es propenso al mal desde la adolescencia”* (Gen. 8, 21).

Una condición de fragilidad

No solo eso: sino que cuando estoy tentado a usar los modales rápidos, me esfuerzo por pensar en mi adolescencia, en mis actuales dificultades para hacer el bien, en mi necesidad de no ser malinterpretado. Entonces, ¿cómo no puedo ser comprensivo y misericordioso?

Ser misericordioso es una bendición, que hace ser pacientes y, al final, da felicidad. ¿Cómo no ser misericordiosos pensando en nuestra naturaleza herida y frágil, que precisamente por esto es amada por Dios? ¿Y cómo no estar contento, cuando se sabe que se participa en la misma paciencia educadora de Dios?

Nunca me he arrepentido de haber tenido paciencia con un chico. Es bueno reflexionar con humildad que quizás ese muchacho que parece incorregible no ha encontrado todavía su camino.

Por eso, recomiendo a mis colaboradores que invoquen frecuentemente el Espíritu, para que, gracias al don del consejo, se pueda ser misericordioso, sin faltar a la misión de educar. Nuestra gran conciudadana, Santa Ángela Merici, nos decía que: ¡en la educación es necesario sintonizar con la acción del Espíritu Santo, que obra en cada persona!

Partir de lo positivo

Es más eficaz, partir de lo positivo presente en un joven, que subrayar con rebotes lo negativo. Saber animar primero, reprimir o corregir después. Saber identificar las dotes que hay que desarrollar, más que recordar por las faltas.

El niño debe ser ayudado sobre todo a descubrir las habilidades que no cree tener, porque adquiere confianza en sus posibilidades reales, a menudo diferentes de las soñadas. Todos podrán

recordar el efecto estimulante producido por quienes nos han ayudado a tener confianza en nuestras posibilidades y nos han impulsado a desarrollarlas.

Educar a la misericordia

Cuando empujo a los jóvenes a comprometerse para estar entre los primeros en su oficio, añado también que no caigan en la trampa de la competencia salvaje y sin misericordia, donde el fin de primar justifica los medios más desleales, a menudo, en detrimento de los más débiles.

Bienaventurado quien cuida del débil: ¡el Señor lo librará en el día de la desgracia! ¡Señor, ayúdame a educar a mis muchachos en la comprensión, en la solidaridad, en la misericordia!

30. ¿EMPRENDEDOR?

Mientras ordenaba mis papeles, en estos días, me ha llegado a la mano una copia de una carta enviada a un joven mío, Benedetto Boni, que se encontraba en Suiza, para invitarlo a asumir la dirección de nuestra sastrería: “Muchos ya se han presentado para ocupar ese puesto, pero yo quisiera de buen grado darte la preferencia, porque conociendo las exigencias de nuestro Instituto también desde el lado moral, querrás contribuir al incremento moral y material de nuestros jóvenes”.

Los talleres

Una de las preocupaciones no secundarias que tuve que soportar fue la elección de buenos maestros de taller que debían tener muchas cualidades, difíciles de encontrar concentradas en una persona: moralidad hacia los niños y hacia el dinero, habilidad técnica y pedagógica, capacidad organizativa y de gestión.

Los talleres se sumaron unos a otros, llegando incluso al número de 15: teóricamente deberían haber logrado ser autosuficientes, a través de la producción.

Todo esto necesitaba un verdadero empresario que coordinara todo este intenso y complejo movimiento. Desde el principio me di

cuenta de que era imposible que yo pudiera hacer todo esto. Además, no me sentía capacitado para manejar este mundo cambiante.

Sin embargo, día tras día, entré en el mundo del trabajo y de la producción, aprendiendo a respetar la santa fatiga del hombre y las exigentes leyes de la economía.

La economía

La Providencia me ha hecho encontrar a menudo buenos colaboradores laicos, sin los cuales no se habría podido hacer lo que se ha hecho.

Por la parte económica me ha sido de mucha ayuda, y durante muchos años, el inteligente y queridísimo señor Faustino Fasser, con el que a menudo tuve que "luchar" amistosamente porque él, como buen administrador, estaba más preocupado por la "salvación de la economía", mientras yo me preocupaba más, por la "economía de la salvación".

Otro pilar de la obra es el abogado Marco Trabucchi, consultor para asuntos jurídicos y presidente de la Sociedad Anónima Agrícola Industrial Bresciana, a la que están a nombre nuestros bienes.

Si tuviera que enumerar todos los colaboradores laicos más cercanos y confiables, tendría que ocupar mucho espacio. Sin embargo, no puedo olvidar al abogado Giuseppe Tovini por sus sabias sugerencias.

Han sido los laicos los verdaderos empresarios de la caridad, los cuales han suplido mis deficiencias. Con ellos he aprendido a considerar indispensable la contribución de los laicos en las obras de bien y, en la Iglesia en general. Los sacerdotes no podemos pretender ser competentes en todo.

Los religiosos hermanos

Sin embargo, especialmente en los primeros años, tuve que llevar yo solo y en primera persona el peso de las decisiones cotidianas, que no siempre se adaptan a un sacerdote. Llamar, castigar, despedir..., qué trabajo, qué tormento, cómo habría huido lejos en ciertas ocasiones.

Luego pensaba en el bien de mis muchachos y solo por ellos tomaba fuerza, para afrontar la dura realidad de las cosas de este mundo, donde bien y mal se mezclan y se confunden y, donde se está llamado a ser, siempre y en todo caso, caritativos y justos.

Advierto cada vez más que me serían útiles y valiosos colaboradores en el día a día de los hermanos laicos como los óptimos Aio, Butturini, David: a ellos podría encomendar tareas delicadas, además de la asistencia de los muchachos.

La vocación del hermano religioso laico es tan importante en nuestras obras como difícil de presentar. ¡Cómo los vería bien también, como maestros en los talleres! Pueden estar al lado de los niños incluso durante el trabajo, lo que garantiza un ambiente saludable. Debo esforzarme más en rezar y hacer rezar, para obtener nuevas y válidas vocaciones de hermanos.

31. EL FUEGO QUE CONSTRUYE

Conozco un alma que ha sido poseída por un fuego que purifica, transforma y construye. Viuda joven, se ha atendido a este programa: “Para tener éxito en la santa empresa recurrirá a la verdadera fuente que es el divino Corazón. Las palabras sin este fuego divino no dicen nada, nada pueden, nunca tienen éxito. Soy bronce que suena, dice San Pablo. Dígale a Jesucristo todos los días, especialmente después de la SS. Comunión: “Cuando habéis venido a la tierra a llevar el fuego de vuestra caridad, revestid de él este pobre corazón mío, hacedlo instrumento para la obra santa que me habéis confiado en las manos. Hacedme, como hicisteis con una Santa Catalina de Siena, como una Santa Teresa, como Santa Ángela etc. que operaron portentos de celo en nuestra Iglesia, precisamente porque vosotros las habéis revestido de vuestro fuego divino”.

En Gavardo dio inicio a Casa San José, una obra de asistencia para enfermas y huérfanas, “entre las tribulaciones del mundo y el consuelo de Dios”, recorriendo un camino espiritual cuesta arriba, pero reforzado por las palabras de San Vicente de Paúl: “Una Congregación, institución o persona que no sufre y a la que todo el mundo aplaude, está cerca de la caída”.

Esta persona es la señora Elisa Baldo, dotada de gran corazón, de grandes virtudes, de gran capacidad educativa y de grandes capacidades organizativas. El Señor la ha puesto en mi camino, para

que pudiera conocer su vocación y pudiera nacer una nueva institución de vida consagrada al servicio de las hijas e hijos de Dios.

El 15 de marzo de 1911

Recuerdo bien ese día. Estaban reunidas en el Ronco, en la casa alta del huerto del Instituto Artigianelli, cinco cooperadoras del Instituto y cuatro provenientes de la Casa San Giuseppe de Gavardo.

Provenían de dos experiencias diferentes: las primeras eran auxiliares en la cocina y el guardarropa del Artigianelli y fueron guiadas idealmente por mamá Filippa Freggia. Las segundas colaboraron con la señora Elisa Baldo

en la educación de las jóvenes y en el servicio a los enfermos. Habían ido días antes en peregrinación a la Virgen de Paitone, y luego habían hecho con el Padre Galenti tres días de Santos Ejercicios.

Al alba del 15 de marzo, mientras caían blancos copos de nieve, delante del altar de la Virgen de Lourdes, en la Iglesia del Instituto, a puertas cerradas, sin exterioridad, con la presencia de los Padres del Instituto, después de la Santa Misa, recibí su ofrenda e impuse a cada una el Crucifijo, haciendo repetir las palabras de San Pablo, como compendio de la vida religiosa:



"Christo confixa sum Cruci - Mihi vivere Christus est". ("He sido crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí" Gal. 2, 20.)

El núcleo de las Humildes Siervas del Señor

El fuego del amor de Dios había dado origen a una nueva Institución de vida religiosa. El gran corazón, de lo que ahora será la Madre Elisa Baldo, era exultante, aunque era consciente de las dificultades de amalgamar los dos grupos.

Pero estaba consolada por el hecho de que veía a sus hijas "todas del Señor, dispuestas a servir al prójimo, contentas de que Dios mantuviera su sacrificio solo conocido por Él, como era justo, porque no trabajaban sino por amor".

También yo fui exultante, viendo las maravillas que Dios había realizado en aquella alma, quemando en ella, con el fuego del amor, las vanidades de este mundo, endureciéndola con pruebas severas y haciéndola guía segura, sobre el camino de la santidad de un puñado de almas generosas.

Veo que el Señor mantiene nuestras dos congregaciones en la humildad de los pequeños números, de las pequeñas realizaciones, del servicio a los pequeños, de la gratitud de los humildes. Pero esto nos permite cantar con más verdad el Magníficat, es decir, exultar en el Todopoderoso que hace grandes cosas en los pequeños y exalta a los humildes. "¡Señor, mantennos siempre humildes!".

32. UNA FAMILIA PARA LAS FAMILIAS

Desde mis primeras experiencias personales y pastorales sentí que la familia no gozaba de buena salud. ¡Dios mío, cuántos sufrimientos y lágrimas! ¡Qué urgente necesidad de la curación de la familia, para una sociedad más humana y cristiana! Estando en medio de los jóvenes pobres he madurado la convicción de que para formar una familia sólida hacen falta condiciones materiales para mantenerla y, condiciones espirituales para mantenerla sólida.

En la gestión de las obras que el Señor me ha confiado, siempre he perseguido la finalidad de poner a mis jóvenes en condiciones de formarse una familia, gracias al aprendizaje de un oficio y de afrontarla con las disposiciones espirituales capaces de hacerla sólida, gracias a la formación del corazón.

Y así hice escribir en el Estatuto de la erigida Congregación: “Cuando la familia del pobre sea reformada por medio de la educación cristiana, del pequeño artesano y del agricultor, entonces la sociedad será saneada en su mayor parte”.

Por “educación cristiana” he entendido la educación integral, hecha de preparación técnica y de formación espiritual, para ayudar a los jóvenes a realizar una familia cristiana.

Un modelo necesario

¿Qué modelo se propone? ¿El de la sociedad actual que "va alejándose de Dios y ahogándose en la materia y en la corrupción" y, ¿que presenta el modelo de una familia sin bases seguras?

El Papa León XIII propuso insistentemente a la Santa Familia de Nazareth como modelo para todas las familias. Y yo llevo de buen grado a mis muchachos con el pensamiento a Nazareth, donde se trabaja y donde se vive un amor maduro, es decir, se nos quiere en todas las situaciones.



Cuando hoy se habla de amor, se entiende más a menudo, la pasión y el instinto. “Y he aquí los frutos: familias divididas. Pronto surgen discordias y separaciones. ¿Y los hijos? Consultad las estadísticas sólo de Italia: 14.000 jóvenes de 9 a 14 años condenados en prisión”.

El amor maduro exige aceptación del otro, comprensión recíproca, capacidad de sacrificio por el bien de la familia: todo esto brilla de luz espléndida en la Sagrada Familia de Nazareth.

Mirar para aprender. Y luego rezar para imitar, porque el amor maduro es un arte exigente.

La Familia religiosa

Precisamente por eso he puesto a nuestra familia religiosa bajo la protección de la Sagrada Familia. Me sugirieron personas cercanas que la titulara a San José, pero yo preferí ampliar el campo tomando como Patrona y Titular de la nueva Congregación a la Sagrada Familia de Nazareth, “para que, en los Santísimos personajes de Jesús, María y José, los Religiosos y las Religiosas encontraran sublimes modelos a imitar”.

Aunque un Instituto no puede sustituir a la familia natural, sin embargo, cuando se está atento a las necesidades de los niños, cuando se hace todo lo posible para llevarse bien entre nosotros, entonces se puede decir que se respira un espíritu de familia.

El cual se expresa “en la paciencia, caridad, cordialidad, virtudes que no existirán, si antes no procuramos ser entre nosotros, afables, graciosos y tener la miel en los labios, la caridad en el corazón, si no sabemos amarnos, soportarnos y socorrernos, recíprocamente, abundar y sobreabundar en dulzura. Este espíritu debe penetrar en el corazón de nuestra Santa Institución”.

“Para tener este espíritu en toda su fragancia, hay que añadir la práctica de la humildad, sin la cual no hay dulzura. De la sencillez, sin la cual no hay cordialidad”.

Rezo cada día a la Sagrada Familia para que nos ayude a nosotros religiosos y a nuestros jóvenes, a aprender el sublime arte del amor maduro, “en estos tiempos de tanto egoísmo y agitación doméstica y social”.

33. ¿POR QUÉ LLAMARLA “QUERINIANA”?

Una imprenta

A veces alguien me pregunta por qué llamé a la tipografía “Queriniana”. Para ser precisos, el nombre no viene de mí, sino de un grupo de católicos de Brescia que, habiendo dado vida a una pequeña imprenta constituida para imprimir *“Il Cittadini”*, su diario, han querido recordar con este nombre al gran cardenal Querini, Obispo de Brescia, hombre de gran erudición y cultura, en contacto con los espíritus elegidos de Europa de su tiempo.

Hay en este nombre un poco del orgullo católico, frente a las acusaciones de oscurantismo dirigidas a la Iglesia, para recordar cómo en todos los tiempos hombres ilustres de Iglesia han dado su contribución a la cultura.

Casi inmediatamente la pequeña imprenta pasó al naciente Instituto, representando su primera actividad. Por lo demás, Brescia siempre ha sido muy activa en el campo tipográfico, desde los primeros años de la invención de este arte.

En Brescia, el canónigo Ludovico Pavoni había abierto la primera escuela gráfica de Italia. Era casi natural que el Instituto

Artigianelli pusiera el arte tipográfico en un lugar de honor, desde los inicios, desarrollándolo después, hasta convertirlo en la tipografía de las numerosas iniciativas de los católicos de Brescia.

Una editorial

A la imprenta venía cada día su amigo Giorgio Montini, a menudo esperado hasta tarde por la señora Giuditta, acompañada por el pequeño Giovanni Battista. También venía el abogado Giuseppe Tovini, y a veces también, el abogado Luigi Bazoli. ¡Cuántas conversaciones interesantes e instructivas con estas notables personalidades de alto perfil cristiano y cultural! Pero también: ¡qué diferencia con la condición cultural y cristiana de los jóvenes y de muchos ambientes populares!

Aquí ha madurado la idea de iniciar una actividad editorial propia del Instituto, para una presencia cristiana en el campo de las ideas, una presencia capaz de dialogar con las nuevas concepciones de nuestro tiempo, que a menudo, eran ocasión de dudas sobre la fe.

Recuerdo que una primera intuición me había llegado leyendo las obras exegéticas del padre Curci, fundador de la "*Civiltà Cattolica*", con quien tuve varios contactos incluso cuando estaba en notables dificultades. Él aplicó una nueva forma de leer la Biblia, muy útil para una comprensión más profunda del texto y, por lo tanto, capaz de hacer de la palabra de Dios un alimento para la vida espiritual y, por lo tanto, para la predicación.

Recuerdo que una de las primeras publicaciones fue la traducción del francés de un libro de Gautier, ofrecido por el Instituto al doctor Giorgio Montini con ocasión de su boda: "El amor cristiano en el Matrimonio".

Con "El joven estudiante" de Bonomelli, hemos respondido a las dificultades que puede encontrar un joven de hoy frente a las objeciones de la ciencia.

Encuentro en los libros franceses una manera de exponer más atractiva y, por lo tanto, me oriento hacia esa producción, muy cercana al sentir de nuestro clero y de nuestro pueblo.



Una pobreza insidiosa

Veo que hay en nuestro pueblo, y en los jóvenes en particular, una pobreza a menudo subestimada, pero muy insidiosa. Estoy hablando de la pobreza de cultura, especie religiosa, a la altura de nuestro tiempo. Cuánto quisiera salir al encuentro también de esta pobreza, a pesar de mis pobres medios. Por esto fortalezco y sostengo, en mi pequeñez una actividad editorial, que difunda un modo de ver y de vivir la vida cristiana, que sea y parezca hermosa y elocuente, también en nuestro tiempo. ¡Cuántos tipos de pobreza me rodean! “¡Señor, haz que no sea un siervo inútil”!

34. YO TAMBIÉN AMO LA PATRIA

Quisiera responder a aquellos que a veces me reprochan, más o menos veladamente, de amar poco a la patria, porque hablo de ella pocas veces.

En primer lugar, me parece que hoy se habla demasiado de ello: esta llamada continua a la Patria es peligrosa porque corre el riesgo de alimentar el nacionalismo, que es la premisa de una guerra que, si estallara, sería terrible.

Mi amor a la patria lo manifiesto no tanto con palabras, sino preparando lo que algunos llaman el “capital humano”, es decir, hombres preparados para mejorar su situación y la de la sociedad. Y esto gracias a la competencia en su oficio y, sobre todo, a la capacidad de afrontar los sacrificios más duros para superar los obstáculos.

Una educación estricta

No puedo negar que nuestra educación es muy estricta. El día está lleno de compromisos, el horario es intenso, los chicos están ocupados desde las primeras horas de la mañana hasta la noche: a partir de la misa inicial, luego estudio, trabajo en el taller, escuela, estudio. Exceptuando las recreaciones animadas, no hay momentos vacíos.

A veces me parece pedir demasiado, pero luego me convengo de que solo pueden salir de su pobreza a través del trabajo serio, constante, prolongado. A través de su voluntad de no rendirse frente a las dificultades, que pueden ser superadas gracias a un robusto espíritu de sacrificio. "Vuestra riqueza, les recuerdo a menudo, son vuestras manos, entrenadas en los trabajos más exigentes, guiadas por el estudio y la voluntad de mejorar".

La Patria se hace grande, si nosotros hacemos cosas grandes. La patria la construimos nosotros con nuestro trabajo, con nuestra creatividad que a menudo se da a quien desarrolla voluntariamente su oficio o su profesión.

El espíritu de sacrificio no se aprende en los libros, sino que se asimila a través de un aprendizaje constante.

Derechos y deberes

Otra objeción que a veces oigo, es la de hablar mucho de los deberes y poco de los derechos. Mi insistencia en los deberes, más que en los derechos, deriva de la convicción de que para aprender los derechos bastan unos minutos, mientras que para aprender los deberes no basta una vida.

Además, el verdadero amor a la patria me hace hacer la pregunta: "¿Qué puedo hacer yo por mi patria?" antes de hacer la pregunta: "¿Qué debe hacer la patria por mí?"

Amo a la patria no cuando espero todo de ella, sino cuando contribuyo a hacerla más próspera. ¿No es verdadero amor a la patria preparar ciudadanos honestos, que aumenten el bienestar a través de una actividad actualizada, que se interesen por los menos afortunados, que formen familias unidas, que busquen la concordia?

La cooperación

El Padre Bonsignori en Remedello es un defensor de la cooperación, mostrando la gran utilidad social de la solidaridad. Él suele repetir el dicho latino: “*Concordia parvae res crescunt, discordia etiam maximae dilabuntur*”: con la concordia también las pequeñas cosas crecen, mientras con la discordia también las grandes cosas se disuelven”.

Promueve diversas formas de colaboración, desde cooperativas hasta cajas rurales, favoreciendo la productividad de los campos, la unión que hace la fuerza, el crecimiento de la pequeña propiedad, la solidez de las familias, con la consecuencia de reducir la emigración y favorecer la paz social. ¿No es también este un verdadero amor de Patria?

No quien habla continuamente de Patria la sirve, sino, quien trabaja día tras día para hacerla crecer próspera, unida, competitiva y movida por el santo temor de Dios, que es principio de toda sabiduría.

35. UNA CUMBRE ARDUA Y HERMOSA

A mí también me han puesto apodos, que no me desagradan del todo. Cuando era joven me llamaban “don argento vivo” (plata brillante), por la incansable movilidad. Tenía energías y las gastaba de buen grado para los muchachos de mi oratorio de la parroquia de San Alejandro en la ciudad, no ahorrándome para tenerlos cerca.

Luego, yendo frecuentemente al Seminario para las confesiones, cuando los clérigos pidiendo noticias sobre mi salud decían: “¿Cómo está San Pablo?” Dadas mis frecuentes citas del apóstol de Tarso.

De Pablo me gustaba resaltar el valiente testimonio y su vigorosa invitación a deponer al hombre viejo que se corrompe tras las pasiones engañosas, para revestirse de Cristo el hombre nuevo, capaz de inmortalidad, además de un vivir humanamente gratificante.

El dominio de uno mismo

Es inútil recordar que el problema más sentido por nuestros jóvenes es el que se refiere a la “bella virtud” de la castidad. Es un área de castidad donde están en juego fuerzas poderosas capaces de destruir o construir.

En este momento pienso en los diques que se están construyendo en el Valle Camonica, para recoger agua destinada a producir energía eléctrica. Si estos diques resisten serán de gran utilidad, si ceden traerán destrucción. Tal es la fuerza de la sexualidad, si bien regulada, puede dar los buenos frutos de familias realizadas, si en cambio se deja a sí misma, se vuelve peligrosa por los daños que puede producir a la persona y a la sociedad.

La meta más alta, la cumbre más espléndida, para señalar a un joven es la del dominio de sí, precisamente en un mundo donde se exalta el libre desarrollo de las pasiones y de los propios instintos. Cuántas veces explico a los jóvenes la importancia del dominio de sí, para su realización y, para los efectos sobre los demás.

Si no domino mis instintos y mis sentimientos, no me será fácil resistir a la fascinación de una mujer que puede poner en crisis a mi familia. Sin embargo, el dominio de sí es fruto solo en parte de mi compromiso, pero aún más, de la ayuda de la gracia del Señor, que se da a quien ora.

Dominio de sí y oración, son dos aliados poderosos para la construcción de un joven capaz de vivir de modo diverso, feliz de canalizar sus energías para la gran empresa de agradar a Dios y a los hombres.

¿Demasiado rígido?

Pero, una vez más, no falta quien me dice que soy demasiado rígido, que nuestros muchachos no son seminaristas, que no hay que complicar demasiado la vida y, así sucesivamente. Pero me parece justo lo contrario. Si entrenan para moderar sus pasiones, es más probable que tengan una vida con menos complicaciones, más serena, más en paz con Dios y con los hombres, más capaz de manejar las situaciones difíciles.

¡Cómo veo hermosa la devoción a la Virgen por su tierna presencia, rica en la belleza de Dios! Cuán valiosa es la devoción al Sagrado Corazón, capaz de tocar los corazones y transformarlos. ¡Qué constructiva es la devoción a la Sagrada Familia para la formación de una familia cristiana! Cuánto es necesario meditar las palabras de mi San Pablo: las obras de la carne son "fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, brujería, enemistad, discordia, celos, disensión, divisiones, facciones, envidias, embriaguez, orgías y cosas así... Fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, magnanimidad, benevolencia, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí" (*Ga 5,19-23*). ¡Qué diferencia entre los dos mundos! ¿Por qué no prepararse para vivir en el mundo más limpio y brillante?

36. UN GUÍA PARA CONDUCIR BIEN

¡Por suerte está San Francisco de Sales! Es a él a quien me dirijo todas las veces que se me pide algún consejo, especialmente los laicos, que cada vez son más numerosos los que desean ser ayudados en su vida espiritual.

Ante todo, me pregunto cómo aquel santo pudo escribir tantas cartas, con todo lo que tenía que hacer. Cuando pienso en él, me avergüenza posponer la respuesta a quien, oportunamente o no, me hace preguntas de todo tipo. Reflexionando sobre el enorme bien que esos escritos han hecho no solo a los destinatarios, sino también a nosotros, cojo la pluma y, a menudo, con los ojos somnolientos, prolongo la jornada para honrar el compromiso de no dejar ninguna carta inválida.

En mis respuestas saco mucho provecho del admirable equilibrio del Obispo de Ginebra, que ha hecho accesible la santidad a todas las categorías de personas, ayudándolas no a huir de su situación, sino a estar con amor donde el Señor las ha colocado. La santidad, —repite a menudo—, no consiste en hacer grandes cosas, sino en hacer grandes las pequeñas cosas, con un gran amor.

Hombres completos

A los laicos que deben vivir en la actual sociedad competitiva, les recuerdo que el hombre debe ir a Dios con todo su ser, potenciando y regulando sus dotes. El hombre completo es el que realiza su humanidad a la luz del Evangelio.

Qué útiles me resultan las palabras del santo obispo para animar y orientar: "No buscamos cosas sensacionales, solo hacemos lo que es común, con buena voluntad". "No tratemos de convertirnos en ángeles, esforcémonos solo por convertirnos en hombres buenos". "Los hombres inmaduros anteponen las obras externas de misericordia a la clemencia del juicio sobre los demás". "El hombre maduro, noble, inteligente y culto, lo reconoce por esto: que sus cualidades lo hacen simple y modesto. Espíritus nobles y sanos, no atribuyen valor al relumbré de títulos, honores y reverencias: estas cosas las dejan a los mediocres". De hecho: "Cuanto más uno sabe, hacer unidad, entre religión y deberes terrenales, tanto más amable es".

Hacia la perfección evangélica

A las religiosas que piden mi consejo, les presento su programa de vida, que vale para todos, pero de modo particular para quienes se han consagrado a Dios: "Nada pedir y nada rechazar". Lo que significa entregarse confiadamente a lo que el Señor cree mejor para nosotros: "Unirse siempre a Dios, en la luz y en las tinieblas: en tus manos Señor, encomiendo mi espíritu".

"Este olvidarse para no ocuparse, que el objeto amado, es uno de los más bellos frutos del amor, una de las formas habituales del abandono y de la santa indiferencia, virtudes sobre las que los *Detenidos* espirituales, insisten particularmente". Es una obra que he leído, releído, citado y comentado muchas veces, con provecho.

Un especial ejemplo

También como fundador, Él ha sido para mí un ejemplo. Cuando estaba delineando la fundación de las Hermanas, la Madre Elisa Baldo insistía en tener un reglamento. Aquí está mi respuesta: “San Francisco de Sales, el príncipe de la ascética y, Chantal, mujer admirablemente grande y tan iluminada, no creyeron y no se atrevieron a escribir de ellos, reglas nuevas para el Instituto que fundaron y, se valieron de las mismas de San Agustín, con ligeras modificaciones. ¿Y nosotros? ¿Debemos presumir de atrevernos a lo que no osaron aquellos gigantes de santidad y sabiduría? Le aconsejo que tome en sus manos las reglas del Instituto del Cottolengo para estudiarlas juntos”.

¡Gracias Señor por haberme iluminado con la doctrina y el ejemplo de este amable gigante de santidad!

37. UN SIERVO PEREZOSO E INÚTIL

Hoy, día de retiro. Tiempo propicio para presupuestos, más aún, para pensar en el presupuesto definitivo y decisivo, que siento cada vez más cercano. Siento que mis fuerzas declinan y me encuentro pensando que estoy aquí tropezando para mis colaboradores.

Recientemente he consternado a los hermanos cuando me han oído decir: “Para que el Instituto prospere, es necesario que me vaya. Yo soy un un obstáculo para su progreso”. Siento haberlos entristecido, pero siento realmente dentro de mí un profundo sentido de inadecuación hacia la tarea que me ha confiado la Providencia. Y no solo ahora que envejezco, porque siempre me acompaña como una sombra la sospecha de ser un siervo perezoso, indolente e inútil.

¡Cuánto bien habría podido hacer, si hubiera correspondido a las impresiones del Espíritu Santo y a las gracias que el Señor me ha dado por el bien de la juventud! Por suerte las sumas le tiran la misericordia de Dios, el cual pide que nosotros tengamos confianza en él como el Hijo pródigo tuvo confianza en el Padre cuando volvió a él. Esta consideración me tranquiliza, pero también me estimula a remediar mi pereza.

Una predica para la meditación

De hecho, debo estar preocupado no solo por la cantidad del bien hecho o por hacer, sino también por la calidad del bien que se me ha dado.

A este propósito releo de buen grado para mí y para mis colaboradores aquella predicación que Manzoni, en *Promessi Sposi* (los novios), pone en los labios del Padre Felice, cuando habla a los curados de peste. Son palabras que nosotros y yo deberíamos decir a los chicos cuando hayan terminado su estancia entre nosotros: “Para mí y para todos mis compañeros que, sin mérito alguno, hemos sido elegidos al alto privilegio de servir a Cristo en vosotros, os pido humildemente perdón si no hemos cumplido adecuadamente con un ministerio tan grande. Si la pereza, la indocilidad de la carne nos ha hecho menos atentos a vuestras necesidades, no preparados para vuestros llamamientos; si una impaciencia injusta, si un tedio culpable nos ha hecho aparecer alguna vez ante vosotros con un rostro aburrido y severo; si alguna vez el miserable pensamiento de que nos necesitasteis nos ha llevado a no trataros con toda la humildad que se acostumbraba; si nuestra fragilidad nos ha hecho pasar a alguna acción que os haya sido de escándalo: ¡perdonadnos! ¡Que Dios les perdone toda deuda y les bendiga!”.

La humildad del siervo bueno y fiel

Debo crecer en humildad para no pensar que soy un benefactor, ya que no soy más que un siervo que ha tenido el privilegio de ser llamado a servir a mi Señor en los muchachos.

No puedo jactarme de haber hecho el bien, porque debo preguntarme primero si he servido a Él o si he promovido mi imagen, si he servido con humildad a mi Señor o si he maltratado a sus hijos

creyendo que soy superior o mejor, si he servido incluso cuando he mandado, o, he mandado también, cuando he dicho servir.

Todo lo que tengo es un don del que no puedo presumir en absoluto, porque tengo que recibirlo con gratitud y responsabilidad. Es un regalo la oportunidad que me ha dado de haber hecho el bien, pero debo examinarme por quién lo he hecho y cómo lo he hecho.

O, para usar las palabras del Padre Felice: "Sintiendo que la vida es un don suyo, hacemos de ella la estima que merece una cosa dada por Él, y la empleamos en las obras que se pueden ofrecer a Él". La humildad es entrar en la verdad esencial de las cosas, es comprender que servir al prójimo necesitado es servir al Señor, y esto debe hacerse con toda la atención, la veneración y el amor que merece.

Y esto es un privilegio, porque servir a Él es reinar. ¿Cómo puedo seguir siendo un siervo perezoso, indolente y, ¿Dios no lo quiera, un siervo inútil?

38. UN RÍO DE BENDICIONES

Han sido algunas noches que, teniendo éxito en el sueño, la memoria corre al pasado. Qué corta es la vida. ¡Pero cuán rica ha sido mi vida en bendiciones!

Puedo decir que he experimentado la verdad de lo que afirma nuestro gran Manzoni: “Dios nunca turba la alegría de sus hijos, sino para procurarles una más cierta y grande”.

La infancia y la juventud

El Señor me hizo nacer pobre, para que pudiera entender a los pobres. Me dejó huérfano, para que pudiera identificarme con los dramas de los huérfanos, me dejó en el camino, para que comprendiera la importancia decisiva de un ambiente educativo, que arranca de la calle, como lo fue mi oratorio.

Me ha hecho tocar con la mano que sin el interés de personas buenas no me habría orientado al sacerdocio para decirme que el Señor nos necesita a nosotros, pobres hombres, para alcanzar sus metas. Y también me ha hecho trabajar en los estudios, para que pudiera comprender a los menos dotados.

Y luego me hizo esperar mucho tiempo la realización de mis sueños de dedicarme a la promoción de los menos afortunados,

para que no pensara que era yo quien actuaba, sino que reconociera que todo lo que salía de mis manos, en realidad era obra suya.

El diseño y la realización

¡Cómo han sido atribulados esos años de planificación, de espera y de decepciones! Estaba en San Alejandro y parecía que el obispo empezaba lo que habíamos planeado junto con monseñor Capretti. Pero de repente vino el nombramiento como párroco de Pavone Mella, en medio del campo. Todos mis sueños se desvanecían como nieve al sol.

Luego vino la invitación a retomar la iniciativa, pero según un proyecto y una modalidad que yo no compartía, por su evidente inadmisibilidad.

He aceptado las dos obediencias tan humanamente incomprensibles, sabiendo que el Señor sabe escribir derecho sobre líneas torcidas. De hecho, allí me encaminaba de manera misteriosa a la realización de mi proyecto, según sus caminos más seguros.

Y de nuevo, aquí viene otro golpe cuando mi amigo Capretti me escribió claramente: "Si quieres continuar, tienes que hacerlo tú, porque yo no puedo ayudarte".

Y así me he confiado totalmente a la divina Providencia, dejándome conducir por ella. El Señor, mientras me quitaba las seguridades humanas, me impulsaba a tener confianza en su ayuda, porque los pequeños, eran más sus hijos que míos.

La presencia constante de la Providencia

A medida que pasaban los años, toqué con la mano que, como dice San Ignacio, a nosotros nos toca hacer todo lo posible y luego dejar los resultados en manos del Señor, como si todo dependiera de Él.

Y así, buscando en primer lugar el bien humano y espiritual de mis muchachos, sin prestar atención a los sacrificios, nunca me ha faltado la ayuda, quizás en el último minuto, de la Providencia. Lo más maravilloso es ver cómo el Señor, verdaderamente grande, ha sabido sacar alegría del sufrimiento, bienestar de la pobreza, confianza del desánimo.

Podría resumir mi historia como un conjunto de pasión y resurrección: a cada puerta que se cerraba se abría otra, a cada decepción humana seguía Su consuelo. En cada prueba una bendición. Sí, en mis angustias, no pequeñas ni pocas, me sentí inundado por un río de bendiciones, que se derramó sobre mí y sobre los que el Señor me confió. Sí, es verdad que el Señor “no turba nunca la alegría de sus hijos, sino para procurarles una más cierta y grande”. ¡De Él se puede confiar! Y confío también en este momento de espera de Su venida.

39. MIS FAMILIARES

La familia de origen

¡Cuántos lutos en mi familia de origen! ¡Debí tener pronto familiaridad con la muerte! Cuando tenía dos años perdí a mi hermano Doménico. Aún no había cumplido los siete y la muerte se llevó a la hermana Pierina. A los trece años perdí también al hermano Pietro Faustino. Y a los nueve años el Señor ya había llamado para sí, el alma santa de mamá Regina, cavando un gran vacío en mi corazón.

Y así, me quedé solo con papá y con el hermano pequeño, Luigi Francesco, más joven que yo, de nueve años.

El abuelo Battista Piamarta venía de Piamonte y precisamente de Agrano cerca del lago de Orta. Había llegado a Brescia a principios de siglo y construyó una zapatería en uno de los barrios más poblados y pobres de la ciudad. Mi padre era barbero.

Quien me hizo sentir fuertes los lazos familiares fue el abuelo materno, que me entretenía contando episodios de la Historia sagrada y se interesó por mi futuro. Se llamaba Giacomo Ferrari y trabajaba como tornero.



La familia del hermano Francisco

Muerto también mi padre, mi parentesco se redujo a la familia de mí hermano Francesco que se había casado en segundas nupcias con la buena Giuseppina Rovati, con la que tuvo 12 hijos. Se fue a vivir a Milán, viviendo de arte, buscando fama y a veces encontrando hambre.

Es un hombre profundamente bueno que ama a su familia, ha educado óptimamente a sus hijos, por quienes es amado. Es un artista que, como la mayoría de los artistas, no ha tenido mucha suerte. Con una hermosa voz de barítono actuó en teatros de medio mundo: Rusia, Irlanda, Gran Bretaña, Brasil. Allí enfermó de fiebre amarilla y tuvo que interrumpir su carrera. Ahora trabaja como artista en Monte Carlo, seis meses al año. Por lo demás está prácticamente desempleado, encontrando cantar, de vez en cuando, en alguna iglesia. De su alojamiento se había interesado el mismo ministro Giuseppe Zanardelli que le consiguió un puesto en los ferrocarriles. Pero no resistió.

La numerosa familia vive en digna pobreza, pero está angustiada por frecuentes enfermedades. En los momentos de extrema necesidad se dirigen también a mí, con cartas conmovedoras, especialmente las de mi cuñada Giuseppina, que lleva sobre sus hombros la responsabilidad de la familia y que escribe, "con lágrimas en los ojos", declarando que, "pagaría con mi sangre si no tuviera que pedir ayuda", por "las desgracias que nos ocurren una más grande que la otra". De hecho, al no poder pagar el arriendo de su casa, corren el riesgo de ser expulsados: "¡Sin casa! Aquí en Milán hay cientos de familias sin techo y casas de obreros de una o dos habitaciones no se encuentran".

De la madre he aprendido que también los pobres deben ayudar a los que son más pobres que ellos. He tenido que pedir prestado para ayudar a mi familia.

Un primo muy querido

Muy querido es mi primo Giovanni Tebaldini, más joven que yo, de unos veinte años. También él es artista, con un talento musical muy destacado, periodista y musicólogo, maestro de capilla en Loreto, profesor en los conservatorios más renombrados de Italia. Pero es, sobre todo, uno de los artífices de la reforma de la música sacra, muy apreciado por el actual Pontífice Pío X. El propio Giuseppe Verdi ha tenido palabras de elogio hacia él.

Vino a inaugurar el órgano, modernísimo, diseñado por él y admirado por los expertos. Y finalmente, tuvo la oportunidad de hacerse apreciar también en su Brescia. Estos son todos mis parientes, sencillos y pobres, pero rica en fe y gratitud.

40. EL DÍA EN QUE ME CONVERTÍ EN “PADRE”

Ayer vino a verme uno de los primeros chicos acogidos en el Instituto, para traerme la noticia de que había sido papá. Era feliz y quería comunicármelo a mí, entre los primeros “porque, decía, usted fue mi padre”.

Esto me sumergió en el mundo de los recuerdos, recordando episodios que están asentados en mi memoria y que resurgen de vez en cuando, en circunstancias especiales, como la de ayer.

Ese 3 de diciembre

Era un día frío y brumoso de diciembre de 1886 y acababa de celebrar la Santa Misa en la antigua y suntuosa Iglesia de San Cristo, donde vivía, pobremente entre los clérigos pobres, el gran inspirador y amigo, Monseñor Pietro Capretti. Ese día era el primer viernes del mes, además de ser la memoria de San Francisco Javier.

La Santa Misa, que celebré en la capilla del Sagrado Corazón, quería ser una especie de inicio del nuevo Instituto. Estaban presentes, además de Monseñor Capretti y del clérigo Bongiorno, cuatro muchachos, los cuales, descendidos conmigo en la cercana casa, se habían puesto a la mesa con especial apetito.

Necesitaba a Filippa Freggia, que solo tenía cuatro tazas.

Mientras yo estaba de pie sin nada en la mano, como observando si todo iba bien, un chico me dijo: “¿Y usted, “padre”, no come?”

Desde aquel día, también los otros muchachos me llamaron por ese nombre y poco a poco me convertí para todos en padre. Y así serán llamados los sacerdotes que comparten conmigo la vida para y con los jóvenes. El título de Padre siempre lo he considerado una responsabilidad, feliz e importante, que implicaba el compromiso de llegar a ser verdaderamente *padre para mis hijos*.



El difícil "Pater noster"

Me he dado cuenta de lo difícil que es algunas veces recitar el "Padre nuestro", la hermosa oración del Señor, de parte de algunos muchachos, que tienen una experiencia negativa del padre, que quizás vuelve a casa por la noche borracho y tira por el aire todo lo que encuentra, golpea a su madre, maldice y blasfema, después de desperdiciar lo poco que había ganado y, que habría servido, para poner algo bajo los dientes de sus hijos hambrientos.

Era necesario que yo, a sus ojos, reconstruyera en mí la imagen del padre bueno y providente, que sabe sacrificarse por sus hijos, que piensa en ellos con amor, no solo de palabras, sino de hechos, para que pudieran dirigirse a Dios con el nombre de Padre bueno.

Cuando me llaman "padre", me siento investido también de otra responsabilidad, la de no atar este nombre al de un Dios gendarme, tirano, exigente, enemigo de la alegría, que no existe, sino, para complicar la vida de sus hijos, pero cuando nos pregunta algo es porque quiere hacernos crecer como hijos que colaboran con Él, para construir nuestra felicidad eterna.

Un Padre de muchos hermanos

Me siento Padre también cuando enseño a mis muchachos a quererse, a respetarse, a no cultivar envidias entre ellos, a no albergar rencores y a superar los deseos de venganza. Cuando sobre todo los invito a ayudarse, no solo en hacer travesuras o en copiar las tareas, sino en sostenerse en las dificultades y en el bien. Esto me compromete a tratar a todos con equidad, sin demostrar que tengo preferencias o simpatías particulares.

Estoy así llamado a volver a presentar la misión de Jesús, que consiste en hacernos aceptar el hecho de que Dios es Padre, que todo lo que Dios hace y dice es porque nos considera hijos.

Por lo tanto, me siento Padre cada vez que prefiero el bien de mis hijos a mi tranquilidad y, su crecimiento, a mi bienestar. ¡Pero qué difícil es cuando la cabeza está llena de preocupaciones! Aquel 3 de diciembre me convertí en Padre: ¡Señor, ayúdame a serlo realmente día tras día!

41. MIS AMIGOS

Gracias a Dios, no son pocos mis amigos, tanto entre los laicos como entre el clero, cercanos o lejanos, con los que mantengo una buena correspondencia, como con el misionero jesuita Padre Secondo Zanetti. Pero hoy deseo aludir a los amigos más queridos y frecuentados, que son los santos. Los santos, “después de la Sagrada Escritura, son el pasto más hermoso” y sustancioso que podemos tener. “Dios guía a la Iglesia con su Palabra y con el ejemplo de los santos”, afirmaba San Gregorio Magno, gran narrador de las gestas de los antiguos “hombres de Dios”.

Las hazañas y las palabras de los santos son el comentario más verdadero y convincente de la Sagrada Escritura, porque muestran que incluso las palabras más difíciles del Señor pueden ser vividas, es decir, son verdaderas y practicables.

Para mí los santos son la manifestación de la posibilidad de comunicación entre el cielo y la tierra, de la certeza de no vivir solo mi vida, sino, de estar acompañado por su intercesión y, sostenido por su ejemplo.

Por eso a menudo cito ejemplos de sus vidas, especialmente cuando veo que es necesario ser concretos y dar cuerpo a lo que estoy diciendo.

Mis maestros

Entre los santos que considero mis maestros, pongo en primer plano a los de la gran recuperación católica, después de la contestación de Lutero. Ellos ayudaron a cambiar la sociedad, cambiando a sí mismos.

En primer lugar, viene San Ignacio de Loyola, maestro de espiritualidad de la vida activa, tan preciosa para quien está comprometido en el apostolado. Él nos inspira también en la redacción del Estatuto de la Congregación, especialmente en lo que se refiere a las seguras motivaciones de la obediencia.

Santa Teresa de Ávila siempre me ha fascinado por su insistencia en la oración, de la que pueden brotar los frutos de las obras: “Fruto de la oración son obras, obras”, repetía la santa.

Y: “Nosotros deseamos y practicamos la oración, no para gozar, sino para tener la fuerza de servir al Señor”.

De San Felipe Neri y de San Francisco de Sales, me limito a recordar que el primero es ejemplo insuperable de presencia simpática y atractiva entre los jóvenes, mientras que el segundo, es mi punto constante de referencia por la amabilidad del trazo y por la seguridad en la dirección de las almas.

San Alfonso María de Ligorio lo considero maestro de síntesis equilibrada y serena entre justicia y misericordia, entre compromiso y confianza, entre las exigencias de la razón y las del corazón.

Es inútil decir que sobre todos vuela el genio de San Agustín, que ilumina a todos, o, a casi todos los campos de la vida cristiana.

Para los jóvenes

A los jóvenes les indico a menudo la gigantesca figura de San Francisco Javier, también porque en el día de su memoria, "por intervención especialísima del Señor" se inauguró el Instituto.

A su impulso misionero oriento el corazón y la fantasía de los muchachos, porque solo quien tiene grandes ideales hace grandes cosas en la vida. Él es el "hombre que será siempre objeto de la más alta admiración, por sus heroicas hazañas apostólicas, por obra de increíbles penurias, fatigas y trabajos de toda acción".

Otro amigo de los jóvenes es San Luis Gonzaga, un santo joven nacido en la diócesis de Brescia, valiente en superar todas las dificultades para ser fiel a su programa: "Lo que no es eterno, es nada".

A las jóvenes, en cambio, les presento con gusto la figura de Caterina Farnese, primero princesa, luego carmelita, célebre por sus rarezas primero por su férrea voluntad, de hacerse santa después.

Entre los muchos otros santos, siempre he dado preferencia a aquellos que han sabido contrastar la marcha general, que han tenido la valentía de vivir sin complejos de inferioridad su vida cristiana, que, por tanto, son dignos de ser presentados como modelo de la fuerza transformadora del cristianismo, que es la religión de los fuertes y no de los débiles y de los resignados.

42. UN GRAN AMIGO

En nuestro refectorio he hecho poner un gran retrato de Monseñor Pietro Capretti, la persona a la que el Instituto debe más.



Cuando fui curado aquí en la ciudad en la parroquia de San Alejandro y empecé a pensar seriamente en hacer algo por los jóvenes, sin perspectivas para el mañana, pensé bien en hablar con él, porque me parecía la persona más sensible a este tipo de problemas. Casi todos los días subía a San Cristo, el viejo convento donde monseñor vivía, después de haberlo utilizado como seminario para los clérigos pobres, que él cuidaba y formaba.

Aquel viejo monasterio se había convertido en el centro dinámico de la Brescia católica que se abría a los nuevos tiempos. Una fragua de ideas, de propuestas. Pero sobre todo un ejemplo contagioso de dedicación, como premisa de realizaciones que exigían un compromiso personal prolongado.

La joya del clero de Brescia

Era hombre de notable cultura, pero también de gran caridad. De él se puede decir que "como rico que era, se hizo pobre para enriquecer con su pobreza". Vivía pobremente junto a sus clérigos pobres, que quería ricos de cultura y de amor iluminado por el prójimo.

Formador de sacerdotes, pero también promotor de energías laicales comprometidas en lo social y lo político, reunió a su alrededor y sostuvo personalidades tan diversas como Giuseppe Tovini y Giorgio Montini.

Hombre de alta espiritualidad y de fina doctrina, luchó, también con su talento de periodista, en los dos frentes opuestos: por una parte, contra la forma más intransigente del catolicismo y, por otra, contra el partido del poderoso Zanardelli, que además reconocía su superior nobleza.

El Señor lo llamó a Él con solo 48 años, todos muy laboriosos, a pesar de la mala salud.

Siempre amigo

Gozaba merecidamente de gran prestigio, que yo compartía totalmente, tanto que nunca me atreví a llamarle Tú, aunque tuviera un año menos que yo.

Con él hablé largamente de mi proyecto y él enseguida lo abrazó y nunca lo abandonó, incluso cuando hubo momentos de desacuerdo sobre las modalidades de realización.

El Obispo Emilio Bongiorno, que como clérigo me ayudó, precisamente en los inicios, y que por tanto conocía bien las cosas, así describió la situación, en el discurso pronunciado con ocasión del 25° aniversario del Instituto. “Monseñor Capretti todo pesaba, contaba todo. Con estos criterios había fundado el hospicio de los clérigos pobres y, después de haberlo mantenido durante veinte años, podía preguntarse: ¿Por qué ponerse por otro camino?”. Lo suyo era el camino del paso a paso, de la prudencia.

“No es lo que pensaba otro hombre, el reverendo Padre Piamarta, que había pasado toda su vida entre los jóvenes. Él, que en el cuidado de almas había encontrado a centenares de niños necesitados y que desde hacía años vagueaba una obra hermosa, grande, ordenada, como la del Canónigo Pavoni de venerada memoria, delante del nuevo instituto, dos cabañas, sacudió la cabeza con dureza”.

Monseñor Capretti, que se había reservado la parte administrativa, no podía pensar de otra manera, también porque en ese momento estaba en dificultades económicas. Pero las diferentes visiones sobre cómo realizar la obra, no afectaron nuestra amistad, que permaneció muy firme.

Tanto es así que poco después de su muerte (1890), en sus voluntades testamentarias se encontró la disposición de que aproximadamente la mitad de sus bienes estaban destinados al Instituto.

Un ejemplo de vida

¡Cuántas cosas me enseñó monseñor! Al final de una carta, a propósito de nuestras diferencias, escribía: "Rezamos los dos para que en todo esto no entre la mano del amor propio; una mano de la que no puedo negar la tentación por mi cuenta. Entonces el Señor ayudará y hará que todo termine bien".

Esta es la humildad de un verdadero guía espiritual. ¡Un gran amigo, verdaderamente santo y ejemplar!

43. MI SILENCIO

A quien me ha preguntado, con cierta curiosidad, qué hago allí solo, envuelto en el silencio de la iglesia vacía, temprano en la mañana, absorto, casi inmóvil, con el solo movimiento de tomar en la mano un libro y de colocarlo en el arrodillado, de recogerlo y de guardarlo, respondí: “Escucho el corazón de Dios en su Palabra”.

Pero también: “Leo la carta que cada día me envía mi Señor, para tranquilizar mi corazón, para que yo pueda caminar seguro por sus caminos y, posiblemente, pueda conducirlos también a los que Él me ha confiado”.

La carta que él me envía cada día, la encuentro en la Sagrada Escritura, que escrutinio y medito, tomando y retomando en mano el libro de la Biblia para dejarme incendiar por el fuego que quiere transmitir. Me parece, en ciertos momentos, realizar un vuelo entre las llamas. Acercarse a la Biblia es acercarse a un espinoso ardiente que no se consume, sino que quiere incendiar.

Esta mañana he encontrado esta hermosa anotación de San Gregorio de Naciancio: “La llama que devora al pastor se convierte en luz para el rebaño”.





Cada mañana debo acercarme a la zarza ardiente de la Palabra de Dios, para que yo pueda ser devorado por la llama del amor y llegar a ser, con mi mismo ser, luz para los que encuentro. Y así me doy cuenta por experiencia, que es del silencio, que nacen los encuentros decisivos y maduran las intuiciones y las palabras más profundas y conmovedoras.

En el Monte Magdalena

A veces me viene a la mente que el Señor mismo ha puesto dentro de mí una gran necesidad de silencio, ya que desde pequeño me labraba con gusto espacios de soledad. Quizás por eso una de mis primeras travesuras aventureras fue subir al cercano monte Magdalena con la intención de ser ermitaño, junto a mi amigo Franchini.

Llegados arriba, el silencio buscado nos ha parecido ilimitado y nos ha dado tanto miedo que, gracias al hambre, nuestra vocación eremítica se ha transformado en un precipitado descenso hacia la conocida casa paterna. Sin embargo, esa subida me ha quedado en el corazón como algo inacabado.

Cada vez más veo mi vida como una subida al monte de Dios, un monte envuelto en el silencio que introduce, poco a poco, en su misterio.

Una subida, ahora en la niebla, ahora en el sol. Ahora en la nube tenebrosa, ahora en la nube luminosa, pero siempre hacia el silencio ilimitado e inmenso de Su misterio, que lo envuelve todo.

Y pienso que es hermoso sumergirme en mi silencio para escuchar la Palabra del Señor, porque cuando estoy inmerso en el silencio de todas las cosas, entonces espero poder hablar al Señor con la lengua de los ángeles y de los santos que lo alaban incesantemente.

La Misa

El silencio me hace entrar también en el misterio de la celebración diaria de la santa misa. Cuando escucho el silencio, me parece participar sensiblemente en la liturgia celestial, donde innumerables santos y ángeles glorifican al Señor por su inmensa grandeza y bondad.

Nunca como entonces me siento en compañía alegre y alentadora, feliz y exultante, que da gracias al Padre por haber amado tanto al mundo como para dar a su Hijo, a través de la representación del sacrificio del Hijo, junto con toda la Iglesia celestial, terrestre y purificadora.

Había un santo que decía que harían falta tres eternidades para celebrar dignamente una Misa: una eternidad para prepararse, una para celebrar, una para dar gracias.

A menudo tengo que recordar esto, especialmente cuando me parece que no tengo tiempo para dar al silencio, que favorece el contacto con el Eterno, con el Infinito, con las cosas que quedan.

Señor, hazme una ventana abierta a tu mundo que prepare a tus hijos, para llevar sobre la tierra, al menos, la sombra de tu esplendor.

44. MI HERENCIA

Dejé la parroquia para dedicarme a los jóvenes, a los 45 años, una edad en la que habitualmente se dejan los jóvenes para asumir un trabajo menos animado. Me ha dolido abandonarla y a veces siento nostalgia por esa vida más normal para un sacerdote, con un programa más predecible, donde se sabe lo que se debe hacer y donde, si se da, hay muchas satisfacciones hermosas.

En la parroquia

Puedo decir que no he ahorrado energía y entusiasmo a donde me han enviado. Celebrada la primera Misa el día de Navidad de 1865 en Bedizzole donde era párroco mi benefactor y guía Padre Pezzana, al día siguiente me llevó a Carzago Riviera, un pequeño pueblo de quinientos habitantes, como ayudante al párroco. Aquí me he dedicado a la doctrina cristiana, al confesionario y al cuidado de los enfermos.

Para mí, que venía de la ciudad, incorporarme a los limitados horizontes de una vida campesina, de “un pequeño burgo antiguo”, ha creado no pocos inconvenientes iniciales, que he superado dedicándome a los jóvenes.

Después de la experiencia de vicario parroquial en Bedizzole, seguí a Padre Pezzana cuando fue destinado a la importante parroquia

de San Alessandro en la ciudad, donde pude dar origen a un oratorio muy frecuentado y estimado. ¡Cuántos jóvenes han pasado por nuestro oratorio y cuántas personas he podido acercarme, gracias al contacto con las familias, a la visita a los enfermos, a la dirección espiritual, a las bellas funciones religiosas!

Y luego la experiencia inesperada, pero intensa, de párroco en Pavone Mella, donde, después de algunas dificultades iniciales, me encontré a gusto.

La vida de parroquia me convenía y me daba también satisfacciones sacerdotales y humanas. Sin embargo, no estamos llamados tanto a buscar satisfacciones como a responder a nuestras vocaciones. Y mi vocación era pensar en los chicos que lo necesitaban todo. Esta vocación se ha delineado enseguida, desde los primeros tiempos de mi ministerio, cuando noté la concurrencia de los jóvenes de nuestras parroquias de campo debida a la emigración y a la urbanización, y luego, una vez en la ciudad, al abandono práctico de quien no tenía puntos de apoyo. Sin contar a esos chicos inteligentes y capaces, que tenían que conformarse con un trabajo miserable, cuando, con un poco de educación, podían realizarse y formar una buena familia.

Un nuevo estilo de vida

Tuve que inventar así un nuevo estilo de vida, en parte muy similar al de los laicos, que deben llevar adelante la familia, haciendo no pocos sacrificios y que, al mismo tiempo, deben pensar en la educación de los hijos.

Me he dado cuenta de que estas ocupaciones pueden alejarnos del Señor, si nos absorben totalmente. Mientras que nos pueden acercar más a él, si vivimos como servicio a Dios en sus hijos.

Hay una santidad en el servicio y en el servicio que parece menos fascinante que la de ir directamente a Dios. Tal vez la línea directa hacia Dios fue teorizada más plenamente, porque quien se dedicaba a ella, tenía más tiempo a disposición.

Para nosotros, los paleadores del servicio, queda poco tiempo para bellas construcciones de teoría espiritual.

La herencia que quisiera dejar a mis continuadores es la de poner en el centro a los jóvenes, especialmente a los pobres y abandonados, a preferencia de los propios gustos personales. Y vivir entre ellos.

No conozco método educativo más eficaz que compartir la vida de los muchachos, dedicar tiempo a ellos, estar con ellos y junto a ellos, tanto si corresponden como si resisten. Es una vida que mantiene jóvenes, porque exige renovar cada día la juventud espiritual.

¿No decimos cada día: "Me acercaré al altar de Dios, al Dios que alegra mi juventud"?

45. RETRATO CON TRICORNO

Con ocasión del XXV aniversario del Instituto, me vi obligado a posar para el retrato fotográfico grupal, junto con los alumnos. Detesto esta moda de fotografiar y hacerse fotografiar. Me dicen que es para recordar y documentar. Me piden que acepte para complacer a los muchachos que llevarán consigo este hermoso recuerdo de su juventud.

Me rendí para complacer a los niños. En cuanto a la documentación tengo dudas, las cosas del pasado se miran con curiosidad e inmediatamente aburren, cuando no hacen sonreír.

En cuanto a mi retrato no veo más que a un anciano con el rostro cavado por las arrugas, fatigado como si hubiera hecho quién sabe qué, sobre el que se alza, único signo de verdadera nobleza, mi inefable tricornio, la tradicional gorra del sacerdote católico.

¿Qué vale transmitir las semejanzas que dentro de poco tiempo serán eliminadas por la muerte?

¿No sería mejor transmitir el retrato del hombre eterno que hay dentro de nosotros, fruto de la acción del Espíritu y de la correspondencia humana?

Lo que no es eterno es nada

Tengo la impresión de que el creciente interés en el mundo de las imágenes, está contribuyendo a invertir los valores. La imagen tiene que ver con la apariencia, el deseo de darse a conocer, pero corre el riesgo de hacer descuidar la sustancia de las cosas, el cultivo de lo que queda, de lo que no pasa.

Ahora que me siento cerca del gran viaje, encuentro cada vez más verdadera la afirmación de los santos: "Lo que no es eterno, es nada". "¿Qué vale ganar el mundo entero si pierdo mi alma", perder lo que queda de mí?

Me dicen que pienso demasiado en la vida eterna, que tenemos que vivir esta vida. Sin embargo, estoy convencido de que cuanto más se piensa en la vida eterna, más se vive con intensidad esta vida.

Yo no huyo de la vida, sino que la amo, por mí y por los demás. Por eso deseo que aquellos que tienen una vida pobre, tengan la posibilidad de vivirla más humanamente. Si yo sé que mi dedicación tiene un valor positivo eterno, porque el Señor dirá "he tenido hambre y me habéis dado de comer", entonces me dedicaré con todas mis fuerzas a disminuir el hambre de mis hermanos, porque eso queda a los ojos de Dios. Y continuaré, incluso, cuando no encuentre ni correspondencia ni gratitud, porque sé que lo que hago agrada a mi Señor, que no olvida.

Cuántas vanidades he visto emerger, imponerse, exaltarse y exaltar y luego terminar miserablemente. ¡Cuántas vidas ocultas, laboriosas, honestas, para nada llamativas, brillan como astros resplandecientes en el firmamento eterno! ¡Cuánta grandeza humana se ha puesto, más o menos, dramáticamente y, cuánta pobreza, que entra rica en el Paraíso!

Mi tricornio

De lo que aparece en mi retrato es más fácil que quede mi tricornio, que mi apariencia. Honor entonces a mi tricornio. Pero por poco, porque él también pasará.

“Vanidad de las vanidades, todo es vanidad”, dice el Eclesiastés, “excepto amar a Dios y a Él solo servir”, añade el áureo librito de la Imitación de Cristo.

Solo me queda amarlo a él y a los hermanos, para salvarme de la infinita vanidad del todo. Y así puedo pensar que, si hice la fotografía grupal por amor a los niños, ¡me salvé de las vanidades! ¡Qué gran cosa es el amor: salva todo! Querido Tricornio, no pensemos más y estemos encantados de ser fotografiados con nuestros chicos.

46. MIS ENEMIGOS

Me dicen que no pueden creer que tengo enemigos, porque no he hecho daño a nadie y también porque perdono fácilmente a todos. Y, sin embargo, yo también tengo a mis enemigos acérrimos, a los que tengo que luchar con vigilancia y vigor, tanto privada como públicamente, tanto en mí, como en los demás.

La triada maléfica

Los míos son los tres enemigos clásicos del cristiano, una verdadera triada peligrosísima, que se esconde y se disfraza a menudo de ángel de la luz y que debe ser desenmascarada.

El primer enemigo es el mundo con todas sus seducciones, sus máximos paganos, sus detestables ejemplos. Estamos inmersos hasta la punta del cabello y ni siquiera nos damos cuenta de su capacidad para insinuarse en nuestras fantasías y en nuestras evaluaciones.

El segundo enemigo es la carne, es decir, el desorden interior, nuestras pasiones no fácilmente gobernables, nuestros vicios, sobre todo la soberbia y el egoísmo. Nuestras decisiones son a menudo tomadas y guiadas por las razones de la carne.

El tercero es el demonio, el adversario, el que primero nos induce a transgredir y luego nos acusa de culpa. Es él quien arroja dudas

sobre la bondad de Dios y sobre su ley. Es él quien insinúa que tenemos derecho a vivir nuestra vida y que no vale la pena escuchar las habladurías viejas y superadas de la Iglesia.

Esta triada es una central de presión para hacer bello y atractivo el pecado, para hacerlo parecer inocente y, despojado de su dramatismo, eclipsar el hecho de que es la mayor desgracia que le puede pasar a un hijo de Dios, porque lo aleja del Padre.

Horror

Me dicen que cuando hablo del pecado, me vuelvo terrible y lleno de miedo.

Para quien sabe cuál es nuestro destino eterno, el verdadero enemigo es el que nos hace perder la meta, es decir, la amistad y la comunión con Dios, fuente de la vida.

El enemigo que hay que combatir y del que hay que ponerse en guardia, es la “triada maléfica” que empuja a vivir sin referencia a Dios, a desconfiar de Él, a pensar que es mejor organizar nuestra vida según nuestros criterios, nuestros gustos, nuestras opiniones. Es verdad: tengo horror del pecado y trato de transmitirlo con todas mis fuerzas: pero ¿cómo es posible no tener horror del suicidio?

Liberación

Sin embargo, el horror por el pecado no es la última palabra que debo decir, ya que el evangelio es la buena nueva de la liberación de las fuerzas destructoras del mal. El Señor ha venido en efecto para liberarnos de esta triada maléfica: a la fuerza de seducción del mundo opone su ejemplo y su palabra. A la potencia de las pasiones presenta el remedio de su Pasión, para meditar y recibir en los sacramentos, a la mentira diabólica responde con la verdad de su

resurrección, sello de Dios a lo que Él ha dicho y ha hecho y, garantía de su perdón.

Deseo que mis muchachos vivan alegres, por eso les abro los ojos a los peligros y muestro los caminos de la alegría, un camino siempre transitable, incluso después de haberla perdido.

Si a veces les entristece, es porque quiero verlos alegres de esa alegría que los puede acompañar toda la vida.

Señor, ayúdame a hacerlos felices, a guiarlos con sabiduría, mostrando cuán hermoso es conocerte, amarte y servirte, para comenzar a degustarles aquí y ahora unos sorbos, casi un aperitivo, de tu alegría.

47. HOSPITALIDAD Y CONVIVENCIA

Las llaves de la ‘bodega’, donde se conservan las pocas botellas de vino excelente, siempre las he guardado celosamente.

La razón es simple, además del dicho: “Donde hay muchas manos, hace uso de muchas llaves”, esos preciosos cristales están reservados para ocasiones de visitas ilustres. Cuando tenemos invitados, al comienzo del almuerzo, después de la oración, los hermanos saben que dejo por un momento la mesa, bajo al sótano secreto y vuelvo solemnemente con una botella de las que, con solo aparecer, alegran las grandes ocasiones.

Esas visitas fueron y son una fiesta de hospitalidad. Pobres sí, pero generosos. Ahorrativos cuando estamos entre nosotros, pero acogedores cuando el Señor nos envía un huésped.

Particularmente bienvenidos son los sacerdotes, que son acogidos con la reverencia y la cordialidad que corresponde a su dignidad, a menudo, solitaria e incomprendida.

Una visita inolvidable

Hace años había venido al Instituto, para arreglar colmenas, el benemérito agrónomo Padre Giovanni Bonsignori, párroco de Pompiano. Gran conversador, animado por el ambiente cordial y curioso, habló con tanto fervor y competencia de la nueva

agricultura que promovió, que dejó a todos entusiasmados, incluyéndome a mí, que inmediatamente le propuse construir una escuela de agricultura. Hace tiempo que la busco para cuidar también a los hijos del campo, como ya se había hecho con los hijos del mundo del trabajo artesanal e industrial.

Así nació, en un contexto de cordial hospitalidad, la Colonia agrícola de Remedello, ahora bien, conocida también más allá de los confines de la patria.

La llegada de invitados es casi siempre una oportunidad para conversaciones enriquecedoras que nos ayudan a mirar más allá de los límites necesariamente estrechos, de nuestros intereses y preocupaciones. Pero también da la oportunidad de acoger al Señor, que viene bajo el disfraz de un huésped. "Hospes es? Cristus es", decía San Benito. "¿Eres huésped? Eres Cristo".

Nuestra mesa

La Providencia no nos deja sin lo necesario, aunque a días debemos medir incluso el pan, para compartirlo con nuestros muchachos, siempre hambrientos.

Nuestro encuentro en la mesa debe ser un momento de relajación, de fraternidad y de distensión. Si a cada hermano le toca un quintín de vino, a todos se les pide que se atengan al dicho de San Agustín: "No es digno de sentarse en esta mesa, el que habla mal de los ausentes". En este punto, todo el mundo sabe que no admito excepciones, preocupado como estoy de salvaguardar y promover la caridad fraterna.

Con verdadera alegría encontré estas líneas en una carta del abogado Trabucchi: "Siempre tengo presente ese simpático comedor, esa armonía, esa paz que reina en él y me gustan mucho también sus discusiones, tan modernas y acaloradas".

Comenzamos con una breve lectura de la vida de algún santo, algunas duran incluso meses, y luego pasamos a la conversación, donde se esperan las noticias del día, donde intercambiamos nuestras opiniones y donde los más emprendedores nos alegran con sus placeres.

Si entramos en el refectorio con la mente cargada de preocupaciones, debemos salir de él más renovados, más optimistas, más dispuestos a afrontar serenamente la desencadenada vitalidad de los muchachos y de los jóvenes. Si el Señor a la mesa ha hecho las cosas más bellas, nosotros en la mesa debemos crecer en la fraternidad, “en alegría y en sencillez de corazón”, que es lo más hermoso que se nos ha dado por hacer.

48. ELOGIO A LO BREVE

Diez minutos

En estos días hemos decidido, en una reunión, que la homilía, la explicación del Evangelio durante la Misa, no debe superar los diez minutos. Esto vale en primer lugar para mí, fácil de dejarme llevar por el entusiasmo, pero también para mis colaboradores, algunos de palabra fácil.

Es necesario practicar nosotros, en primer lugar, la paciencia en la fase de preparación de la homilía, en lugar de poner a prueba la paciencia de nuestros muchachos, con el peligro de cansarlos hasta el punto de que, una vez salgan del Instituto, pierdan el camino de la iglesia.

Es fácil ceder a la tentación de remediar el vacío de nuestro corazón con muchas palabras humanas que diluyen el mensaje divino y no tocan el corazón de los demás.

Para ser breve, se necesita mucho tiempo. Tiempo para estudiar, tiempo para comparar la Palabra de Dios con la vida, tiempo para hacer nuestro tema, tiempo para orar, tiempo para encontrar el modo oportuno de comunicar. Y, ante todo, es necesario estar convencidos de que el ministerio de la Palabra debe ser cumplido con respeto hacia la palabra de Dios y responsabilidad hacia quien escucha.

A los jóvenes Padres les recomiendo no querer decir todo, sino dejar en quien escucha, el deseo de poner más atención y de conocer mejor el tema, porque le ha interesado e involucrado.

Esta es la señal de que se ha hecho bien y que se puede recorrer el camino emprendido.

Aquí en Brescia un joven Padre de la Paz, de origen veronés, buen orador y educado maestro de jóvenes, Giulio Bevilacqua, afirmó que en una homilía: “diez minutos son de Dios, quince son del yo y el resto del demonio”. Es un buen resumen para recordar.

La oración

También la oración debe proponerse con esa discreción, que no vacía su importancia, sino que pone de relieve su necesidad. Deberíamos ser capaces de enseñar a rezar *breve, bien, siempre*.

Breve: una oración prolongada es inútil, ya que se trata de realidades que no se tocan ni se ven y sobre las cuales la atención se desliza fácilmente, especialmente la inestable de los muchachos.

Bien: la brevedad facilita la concentración y permite orar con cierta atención, al menos con el impulso del corazón.

Siempre: para responder a la indicación de la necesidad de rezar sin cansarse.

Juntar estas tres características de la oración parece una empresa ardua, que se hace posible enseñando el uso frecuente de los jaculatorios, estos impulsos del corazón, breves, pero intensos, y frecuentes que, como flechas, se dirigen al corazón de Dios y que, al mismo tiempo inflaman nuestro corazón.

Orar es hablar con el Señor en las diversas circunstancias, para permanecer unidos a él en lo bueno y en lo malo, para agradecerle o para invocarlo, siempre con él en todo momento y con todo tiempo.

La oración del Señor

Por lo demás, también el Señor Jesús ha hecho el elogio de la brevedad en la oración, recordándonos que no nos engañemos de convencer a Dios con nuestras habladurías o con las muchas palabras. Y nos ha enseñado el Padre nuestro, un ejemplo de brevedad y de esencialidad, donde en pocas preguntas se encuentra todo lo que es necesario pedir para nuestro bien.

También aquí es necesario insistir largamente en la necesidad de la oración. Un breve tiempo, bien preparado cada día para dar a la oración, es como una gota que excava incesantemente la piedra, incluso la más dura. Gota a gota, una oración breve, bien hecha, insistente, es capaz de construir la santa costumbre y el gusto de dirigirse al Señor.

Pero nosotros que hablamos de oración, ¿somos hombres de oración? ¿Es necesario rezar bien para transmitir el gusto de la oración, como es necesario prepararse bien para hacer gustar la Palabra de Dios! Señor, hazme constante en la preparación, breve en la exposición, confiado en la siembra.

49. HUELGAS Y FRATERNIDAD

Entre las cosas que más me han preocupado en estos últimos tiempos y me han hecho sufrir, debo recordar la explosión de la conflictividad social, que al principio me costó aceptar y que comprendí, en cierto modo, solo con el paso del tiempo.

La crisis del Padre Bonsignori

Para el Padre Bonsignori el estallido de las reivindicaciones salariales ha sido un verdadero trauma. Él, que había luchado para mejorar la situación de los hijos de los campos, mediante el aumento de la producción y el aumento de la cooperación, ve en la lucha de clases un signo “del torrente invasor socialista que asciende e invade”.

Hasta que escribió en 1907: “Estamos completamente aislados del movimiento social actual”. “Ya no es cuestión de producción, es decir, de hacer el pastel tan grande que todos estén contentos. Tampoco es cuestión de cooperación para lograr más fácilmente los objetivos económicos. Ahora la cuestión, es la lucha de clases. También para los católicos la organización no tiene todo el espíritu evangélico de “haced a los demás, lo que deseáis que se haga a vosotros”.

En Brescia

Yo también he tenido mis crisis, especialmente cuando comenzaron las agitaciones de los trabajadores de mis talleres, agitaciones directas e impuestas por la Cámara de Trabajo, entonces, en manos de "socialistas violentos, anticlericales y antirreligiosos".

Una dolorosa sorpresa, la de vernos considerados como otros "jefes". Me parecía que quien trabajaba con nosotros debía compartir, al menos idealmente, nuestras finalidades y comprender un poco más nuestras dificultades económicas.

No solo eso, sino que temía que estas organizaciones, "negadoras de todos los principios cristianos", manipularan y monopolizaran a los trabajadores que prestaban su trabajo en nuestros talleres, con gran daño en la formación moral y religiosa de nuestros muchachos.

Por eso resistí y acepté entrar en negociaciones, solo más tarde, con los representantes de las Uniones Católicas del Trabajo, recién constituidas en Brescia. Negociaciones felizmente concluidas, gracias también a la intervención del abogado Giorgio Montini y del Sr. Longinotti. "Tanto que el Instituto Artigianelli fue uno de los primeros en adoptar el horario de ocho horas en todos sus talleres".

Un cambio de mentalidad

Me he dado cuenta de que los tiempos nuevos exigen nuevas modalidades de aplicar, los siempre válidos, principios evangélicos.

Si en un primer momento sentí que las huelgas eran contrarias al principio de fraternidad, en una reflexión más serena, me di cuenta que, frente a la falta de fraternidad favorecida por las injusticias sociales, la huelga era un medio, aunque sea extremo, para construir una sociedad más justa. Y que mi trabajo no era

oponerme a la huelga, sino advertirle de las tentaciones del odio y la violencia.

También veo que las exigencias del mundo del trabajo han cambiado. Al principio tenía que preparar artesanos, mientras que hoy en día, son más demandados los trabajadores cualificados que tienen que ver con el trabajo organizado.

La evolución de la sociedad obliga a cambiar de mentalidad y a dar nuevas respuestas a las nuevas preguntas: ¿cómo vivir como cristianos en una sociedad que cambia y que se vuelve conflictiva? Sí, luché y también sufrí en este cambio, pero aprendí que mi visión de las cosas debía ampliarse para comprender lo que estaba sucediendo, también para preparar a los jóvenes para la nueva realidad. ¡Cuántos cambios hay que hacer para ser fieles al Evangelio que no cambia!

50. UNA SOLA PALABRA

Un acreedor preocupado

La semana pasada el panadero, que por lo general se dirige al contador, vino a quejarse directamente conmigo, porque su crédito era más consistente de lo habitual. Le dije que pasara después de unos días, porque tenía que hablar con mi contador en particular. El cual se ocupó de su parte y hoy, después de haber complacido al panadero, he subido una vez más, y contento también yo, a mi iglesia a agradecer personalmente a un contador tan eficiente.

El altar de San José se encuentra a la izquierda del altar mayor y es todo obra de nuestros talladores, que han creado una elegante disposición a su estatua, que lo representa con el niño en brazos.

Un proveedor confiable

“Lo sabía, querido José, que harías de todo, también esta vez, para salir al encuentro de tu Jesús. Tú eres nuestro contador, porque sabes que también nosotros queremos a Jesús.

Tú sabes que nosotros deseamos hacerlo crecer en nuestros muchachos, como tú lo has hecho.

Sabes cuánto cuesta criar una familia, atravesada por las pruebas.

Tú sabes lo que significa ganar el pan con el sudor de la frente para no dejar faltar nada al Hijo del Altísimo y de la humilde María, tu dulce esposa.

Quisiera tener tus ojos para recibir en mi casa a los muchachos, como Tú recibiste a Jesús, cuidando en lo cotidiano su crecimiento silencioso, oscuro, inadvertido.

Me gustaría tener tu boca para decir la única palabra que seguramente has dicho y evitar las muchas palabras inútiles que digo todos los días.

Desearía tener un corazón como el tuyo que prefirió los hechos a las palabras, porque tú has dicho una sola palabra, Jesús, y a esa le has servido toda la vida.

Desearía tener una mente como la tuya, preocupada por hacer la voluntad de Dios, por encima de todas las cosas.

Quisiera tener tus manos para poner todas mis fuerzas a disposición de tu y mi Jesús, para que crezca en el mundo, especialmente en el corazón de los jóvenes.

Quisiera tener tu fuerza para servir a lo divino en lo humano, lo extraordinario en lo ordinario, lo sublime en la banalidad de lo cotidiano.

Quisiera ser como tú, un siervo y sólo un siervo, que vuelve a las sombras cuando su tarea ha terminado, silenciosamente igual como ha vivido.

Un siervo que encuentra su alegría y su gloria al cumplir su tarea de hacer crecer a Jesús en el mundo, permaneciendo en el silencio, para que crezca la Palabra, en la oscuridad, para que crezca la Luz, en el humilde servicio, porque el humilde servicio es el sello más auténtico del Amor”.

La vida se reanuda

Bajaba por las escaleras mientras los chicos salían de los talleres sucios y cansados. Pero al mismo tiempo tenían algo en común, de bello y luminoso.

En aquel momento tuve la certeza de que José me había dado sus ojos y su corazón, para ver a Jesús en ellos, para amarlos, servirlos, hacerlos crecer como hijos de Dios e hijos míos. ¡Cómo no querer al humilde y gran José, maestro insuperable del arte de amar!

51. UNA HISTORIA... ESPECIAL

Un momento esperado por todos, o casi todos mis muchachos, es la tarde del domingo, cuando, al final de la tarde festiva, después de las Vísperas, subo a la cátedra para contar la Historia Sagrada. La explico desde hace años a episodios, subrayando las vicisitudes y los roles de los principales personajes.

Mientras que la atención en la homilía de la mañana me parece bastante tibia, dependiendo también de quien celebra y habla, aquí no se oye volar una mosca.

A través del relato de los hechos narrados por la Sagrada Escritura, se pueden transmitir enseñanzas de manera eficaz, porque están relacionados con acontecimientos que afectan mejor a la fantasía y se recuerdan más fácilmente. Los hechos tienen una elocuencia propia, a menudo superior a las ideas.

También los “Hechos de los Apóstoles”, que narran las hazañas de Pedro y Pablo, son escuchados con interés. Esta es para mí una buena ocasión para presentar la vida de los primeros cristianos que se amaban y se ayudaban y tenían la preocupación común de difundir la Palabra de Dios. Debemos hacer revivir su amor y su fe, porque “si no se es apóstol se corre el riesgo de volverse apóstatas”, me gusta recordar a los muchachos, acentuando un poco mi aversión a las resoluciones parciales.

Una pasión que viene de lejos

Mi pasión por la Historia Sagrada tiene raíces en mi niñez, cuando huérfano, el abuelo paterno se ocupó de mí y, por la noche, alrededor del hogar, me entretenía como un gran narrador sobre los hechos de la Sagrada Escritura. Una experiencia inolvidable, que me fascinaba y me encantaba, tanto que, para mí, contar la Historia Sagrada siempre ha sido un placer, que suscitaba interés y buenos frutos.

Recuerdos especiales

Que la Historia Sagrada es una historia especial, me ha sido confirmada más de una vez en el curso de mi vida. Recuerdo una misión particularmente difícil, confiada por el obispo. Se trataba de hacer aceptar a los habitantes de una parroquia de Brescia, Saiano, el nuevo párroco enviado por el obispo y rechazado por ellos, porque era un problema.

Al llegar a Saiano hice sonar las campanas para reunir a la gente en la iglesia y allí conté la elección de David. Samuel se presenta a la casa de Jesé, el padre de David, y pide pasar a sus hijos más robustos y fuertes. Pasan siete, pero el Señor dice al Profeta: "No mires su apariencia o su estatura, porque no cuenta lo que ve el hombre. Porque el hombre ve la apariencia, pero el Señor ve el corazón". Finalmente, bajo la insistencia de Samuel, fue hecho venir el joven David, el que parecía el menos indicado, pero que fue ungido inmediatamente rey, porque él y no otros, había sido elegido por Dios.

El buen pueblo de Saiano volvió al anochecer para dar su consentimiento al nuevo párroco, visto como el David descartado por los hombres, pero elegido por Dios.

Pero también de Pavone Mella tengo un querido e imborrable recuerdo: había encontrado una población dividida y, al menos en parte, alejada de los sacramentos, además de no demasiado dispuesta a aceptar algunas de mis decisiones. Entonces pensé en dar gran solemnidad al mes de mayo, que se celebraba en octubre, contando y comentando la historia de Tobías, presentándolo como el libro de las familias.

Ha sido el mes más hermoso de mi vida, porque alrededor de la Historia Sagrada, he visto la iglesia llenarse poco a poco, he advertido caer las desconfianzas, he tenido la alegría de una reconciliación general con Dios, gracias a una noche entera dedicada a las confesiones, así como verdaderas reconciliaciones con los hermanos.

La Sagrada Escritura hace verdaderamente milagros, cuando es asimilada y presentada con convicción y pasión. Y no hablo de San Pablo, porque aquí debería abrir un capítulo aparte. ¡Pero por hoy, basta!

52. EL FUNDAMENTO MÁS SÓLIDO

En estos días se me ha preguntado cuál es el espíritu que forma a mi joven Congregación. Esta pregunta me llevó lejos en el tiempo, cuando, después de la muerte de Monseñor Capretti, un estrecho colaborador suyo, el Padre Ranchetti, aceptó formar parte de nuestra comunidad.

Estamos en 1895, cuando le escribí estas palabras programáticas: “Viviremos juntos como verdaderos hermanos en Jesucristo. Entre nosotros se practicará siempre inalterablemente el programa de San Agustín:

In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus caritas. “Unidad en las cosas necesarias, libertad en las otras, siempre la caridad”. Nuestras pobres fuerzas se unirán para promover el beneficio espiritual y material de esta causa piadosa, que es la causa del Señor”.

El primer programa

Antes incluso de dar inicio a la Congregación propiamente dicha, delineaba su espíritu, haciendo mío el programa de San Agustín: ante todo y siempre está la caridad, el amor recíproco entre nosotros y hacia los muchachos. Y añadía: “¡Qué Superiores y no Superiores! Estoy muy seguro de que, con la gracia de Dios, desde el primer momento hasta el último de nuestra convivencia,

no haremos más que repetir como expresión sincera de nuestro interior sentir “así es bueno y suave que los hermanos vivan juntos” porque intervendrá “el Señor que los hace habitar serenos en la casa”.

Luego viene la obediencia para tener una unidad de acción y de vida común, obediencia reservada a las cosas verdaderamente necesarias, para no sofocar el sentido de la fraternidad.

Por último, hay libertad para todo lo demás, para las opiniones y para la acción.

El desarrollo

Cuando se trató de pasar a una verdadera Congregación, tenía ante mí dos modelos: el de los Padres de la Paz, o mejor el de San Felipe y el de los Padres Jesuitas del Colegio Arici, o, mejor dicho, el de San Ignacio de Loyola.

Me he orientado hacia el primero por varias razones, en primer lugar, porque es el menos vulnerable frente a posibles supresiones. Cuando se piensa que en el plazo de setenta años las Congregaciones religiosas han sido suprimidas o puestas en condiciones de no poder actuar dos veces, por Napoleón y el Reino de Italia, es bueno ser prudentes y mantener un perfil bajo, ante posibles intervenciones de gobiernos hostiles. Y, además, me parecía más centrado en la caridad.

Pero tampoco podía olvidar la gran lección de San Ignacio, que había mostrado la importancia de la obediencia respecto a las actividades apostólicas, así como respecto a la solidez interna.

A este propósito, tengo siempre presente el encuentro de los dos grandes santos por los caminos de Roma: “¿Por qué, señor Felipe, a vosotros obedecen tan fácilmente”? Pregunta Ignacio. “Porque mando poco, solo lo necesario, reverendo padre”, responde Felipe.

"Unidad en las cosas necesarias", habría dicho San Agustín. Y libertad en el resto.

La eficacia apostólica

Debo confesar que me inclino por el primer modelo, también por motivos apostólicos. Yo soy de Brescia y conozco bien a mis conciudadanos, grandes trabajadores, emprendedores y creativos, cuando no están demasiado dominados por normas, directrices y prohibiciones.

También en el campo de la actividad apostólica necesitan espacios de libertad. Son generosos y comprenden bien el discurso de la caridad, de la entrega, de buscar el acuerdo para alcanzar resultados apostólicos.

Pienso precisamente en la justicia de la primera intuición, inspirada en San Agustín, que centra todo en lo absoluto de la caridad, reservando la obediencia para las cosas necesarias y respetando la libertad en los demás casos.

Señor, concédenos comprender la importancia única de la caridad para vivir delante de ti, para convivir con los hermanos, para hacer vivir mejor a nuestros muchachos.

53. UN DESEO SECRETO

No fue casualidad que la modesta inauguración del Instituto haya tenido lugar precisamente el día de la memoria litúrgica de San Francisco Javier, grandísimo misionero.

Cuando leo sus hazañas, me siento transportado lejos, en compañía de sus sueños apostólicos, sobre sus frágiles embarcaciones que han desafiado los océanos.

Lo veo bautizar a un número increíble de personas, lo admiro mientras involucra a los muchachos en su incansable acción misionera, lo imagino caminando día y noche, bajo la lluvia o sorprendido por una tormenta de nieve, en el lejano y desconocido Japón. Me identifico con su incontenible pasión misionera que lo lleva a morir frente a China.

¡Les cuento estas cosas a mis muchachos, pero cuánto me hubiera gustado estar a su lado, en su gigantesco compromiso de difundir el Evangelio!

Las visitas de los misioneros

Cuando pasan por nosotros los misioneros, los acogemos con verdadero entusiasmo.

Recuerdo la carta que me escribió Monseñor Roveggio, Obispo Comboniano, vicario apostólico de África central, después de su

visita a nuestro Instituto: "Oh, sí, no olvidaré pronto la acogida más que fraterna que recibí de esos excelentes y celosos sacerdotes, y de esos amados artesanos de Brescia y el óbolo que los artesanos blancos me dieron por mis queridos artesanos negros... Que el Señor la remueva profusamente y derrame las más selectas bendiciones sobre usted y sobre el querido y simpático Instituto".

¡La causa de las misiones me interesa mucho y trato, con cierto éxito, de enfurecer también a mis muchachos, así como a mis hermanos!

¡Cada visita de algún misionero es una fiesta para todo el Instituto, porque vemos en ellos lo que nos gustaría ser también nosotros!

Una ciudad misionera

Brescia es una ciudad misionera: se reza por las misiones, se interesa por las misiones, se hacen abundantes ofertas para las misiones, surgen numerosas vocaciones misioneras. ¿No es Brescia la patria del gran Daniel Comboni?

También tengo exalumnos que se hacen honores en África, precisamente entre los Combonianos. Una de las alegrías más íntimas de la celebración del vigésimo quinto aniversario del Instituto me ha llegado de un exalumno, misionero Comboniano en África, que me recuerda con reconocimiento "la educación cristiana recibida en Brescia y en Remedello" la cual ha impedido "dejarme arrollar por la pendiente en la que lamentablemente me había puesto".

¿Es sólo un sueño?

Cuando pienso en este querido hijo mío, el Hermano Guido Giudici, que tanto honor está haciendo en la misión, me parece que puede ser considerado, por una parte, como la continuación de mi

obra en las misiones, por la otra, como la vanguardia de nuestra posible presencia en el futuro en las tan queridas misiones.

¿Será solo un sueño? ¿Será un presentimiento? Ciertamente es expresión del deseo secreto de entrar en el gran flujo misionero, para ayudar también a los muchachos de todos los colores a conocer y amar al Señor. Cuántas veces acaricio el sueño de hacer como Francisco Javier, que, a través de los muchachos, tocaba el corazón de los adultos.

Hoy he orado para que lo que no he podido hacer, lo puedan hacer mis continuadores, tan animados por el espíritu evangélico y preocupados por aumentar el número de los muchachos que bendicen y alaban al Señor, porque alguien les ha hecho presente su rostro bondadoso de Padre celestial.

54. SOLICITUDES DE AYUDA

Solo hoy pude responder a algunas cartas que se habían acumulado sobre mi mesa. Desde los primeros años de mi ministerio sacerdotal, he hecho el firme propósito de privilegiar la dirección espiritual, propósito al que he permanecido bastante fiel, aunque con retrasos en la respuesta, debidos a la suma bastante pesada de compromisos.

Las cartas de dirección espiritual, además, no brotan espontáneas como otras cartas, porque exigen una atención muy especial, teniendo que ver con lo que el Señor obra en el corazón humano. La gente comprende y aprecia cuando doy de comer a los niños y les enseño a crecer como ciudadanos, pero lamentablemente comprende menos la importancia de hacer crecer al hombre interior, hecho a imagen y semejanza de Dios.

Si es verdad que estamos llamados a la santidad, también es verdad que muchos no se hacen santos porque no encuentran un guía espiritual que indique los caminos, o, mejor dicho, el camino que el Señor ha elegido para cada uno de nosotros.

Un campo de batalla

A mí se dirigen muchas personas, desde las que solo desean ser escuchadas y comprendidas, hasta aquellas en las que el Señor ha sembrado un fuerte deseo de santidad. El corazón humano es un

verdadero campo de batalla donde el bien y el mal se disputan la posesión y la dirección de la persona. El corazón humano es también un lugar donde los oscuros meandros del interés personal se oponen al designio de Dios que quiere hacer de nosotros hijos que se parezcan a su Hijo.

Ser guía espiritual significa “guiar por el Espíritu”, es decir, ayudar a ver la acción del Espíritu, animar a seguir las indicaciones del Espíritu.

Como el Señor no nos ha hecho en serie, he aquí la extrema delicadeza de este ministerio, ya que se trata de sintonizar la acción misteriosa de Dios.

El campo del amor

Cuando se entra en la biografía íntima de una persona, se constata cómo la grandeza de Dios se mezcla con la pequeñez de la criatura humana. Su mano poderosa actúa en la debilidad humana.

Qué maravilla obra Dios en las almas, cuando han decidido escucharlo y la paciencia de dejarse plasmar por él.

Que horizontes sin límites se pueden admirar, cuando se sigue el camino de santidad de un alma.

Y qué obras maestras se pueden contemplar cuando se ve la belleza de un ser humano, sacado del barro, capaz de llegar a ser cada vez más luminosamente semejante al Hijo de Dios.

Seguir estos caminos, asistirlos, *es un gran privilegio que se me da, en medio de mis ocupaciones. Y así, en la llanura de mi a menudo plana cotidianidad, puedo ver a qué alturas se puede llegar, cuando uno se deja llevar por la acción del Espíritu.*

¡Pero también, qué alegría me es concedida, cuando puedo contribuir a dar la paz a almas atribuladas, a personas angustiadas, a cristianos probados por las dificultades de la vida, a jóvenes

generosos que quieren permanecer fieles al Señor, a personas que desean descubrir su lugar en la vida! ¡Y cuántos frutos de dedición a los hermanos vienen de quienes avanzan en la vida espiritual!

Una tarea delicada es la de la dirección espiritual, pero preciosa para la vitalidad de la Iglesia, que es más viva, en cuanto que la vida de los individuos está movida por el Espíritu, que es Santo y Santificador. ¡Qué consuelo ver su acción constructiva en el enredo de las pasiones y de las vicisitudes humanas! ¡No, no es tiempo perdido lo que dedico a responder a las peticiones de ayuda espiritual! Lamento los retrasos en responder, ¡pero a veces realmente hay que rogar por ello!

55. MI AMOR A LA IGLESIA

Una de las cosas que más me duelen es cuando veo mi amor a la Iglesia puesto en duda, por el hecho de que comparto las posiciones del Obispo de Cremona, Monseñor Bonomelli, como si fuera una mancha para mí.

Monseñor Bonomelli es una de las grandes figuras del episcopado italiano, abierto a los nuevos tiempos, que busca la conciliación entre Estado e Iglesia y quiere resolver el conflicto de conciencia de los católicos italianos, que se sienten al mismo tiempo, parte de la Iglesia y ciudadanos de la Patria. Siempre lo he considerado grande como maestro, pero lo he considerado grandísimo, cuando tuvo el valor y la humildad de retractarse públicamente de su folleto “Roma, Italia y la realidad de las cosas”, colocado en el índice.

No pude evitar escribirle: “Mi veneración por Ella, toca el último límite posible. Si viera mi corazón, Excelencia está en pleno delirio de alegría”. En efecto, he visto en este gesto el amor concreto a la Iglesia, un amor dispuesto a hacerse a un lado para aceptar no romper la comunión eclesial, aunque el argumento en cuestión no sea de fe, sino de materia discutible.

El amor a la Iglesia se manifiesta tanto trabajando para tender puentes hacia el exterior, como obedeciendo a su autoridad. Cuando das un paso adelante, debes estar preparado para detenerte

cuando sea necesario. Su amor fue una gran lección que nunca olvidaré y que siempre he tenido presente.

Una obediencia fruto del amor

Precisamente en estos días he cerrado, serenamente, un contundente sobre de la herencia de Monseñor Capretti, de venerada memoria, que a su muerte había destinado la mitad de sus bienes al seminario y, la otra parte, al Instituto Artigianelli.

La subdivisión se había presentado bastante compleja y yo insistía en que fuera nombrada una comisión de estimados eclesiásticos, que regularan la cosa equitativamente. Esta insistencia mía no gustó en la Curia y el secretario del obispo me comunicó que, "el obispo considera que la cuestión ha sido tan bien discutida y que ya no vale la pena volver sobre ella".

Inmediatamente respondí al secretario, que después no es otro que mi queridísimo primer colaborador, Emilio Bongiorno, con esta carta: "Le agradezco vivamente, no tengo nada que añadir (a cuanto desea el Obispo). Si he insistido tanto, fue únicamente por el bien de mi pobre Instituto. Ahora iría a conciencia a insistir más allá por la alta Reverencia que le debo y por un especialísimo respeto a las venerables canas.

Haga Su Excelencia lo que juzgará mejor el Señor. Él es Padre y Padre misericordioso de todos. No dudo que tendrá presente a nuestro pobre Instituto que no es menos de Su Excelencia, que del difunto Monseñor Capretti. A él me encomiendo plenamente.

Le ruego que presente a S.E. mis sinceras disculpas por las molestias que le haya causado involuntariamente, pidiéndole que me bendiga a mí y al Instituto en particular".

Ahora estoy tranquilo. A mi obispo le debo respeto. A mis muchachos pensará la Providencia, que es tanto más generosa, cuanto

más yo le dejo hacer a usted, después de haber hecho todo lo que humanamente es necesario hacer. Incluyendo la franqueza y el respeto a mis superiores.

He experimentado en mi vida que la obediencia, incluso la más oscura, permite al Señor llevar a cabo sus planes, que superan nuestras limitadas perspectivas.

Como también he comprendido que la obediencia no cuesta mucho cuando es fruto del amor a la Iglesia.

Otro simpatizante de Monseñor Bonomelli, el escritor Antonio Fogazzaro, aceptó el juicio de la Iglesia sobre su novela *El santo* y es por esto, dicen, que perdió el Premio Nobel de Literatura, a él destinado y luego pasó a Giosuè Carducci. Pero su premio será muy superior a los de este mundo, porque el Señor dispone de la eternidad.

56. ESTE BENDITO ANTICLERICALISMO

Hace tiempo que para quien lleva la sotana es peligroso salir por la noche. Recuerdo que, hace algunos años, mientras volvía a casa con el joven sacerdote Bongiorno, un grupo de hombres, probablemente un poco borrachos, nos enfrentó amenazantemente. Por suerte tuve la sangre fría de salir al encuentro de ellos, sin temor y con palabras fuertes y decididas, los puse en fuga.

Recientemente, en cambio, estaba solo y fui defendido, de las poco simpáticas amenazas de un grupo de jóvenes, precisamente por uno de ellos, el cual me reconoció, diciendo quién era yo y qué estaba haciendo por los jóvenes.

El hecho es que hay mucho anticlericalismo en circulación, a partir de la prensa, tanto la liberal como la socialista, que tienen algo que decir sobre las posiciones de la Iglesia, por motivos políticos o ideológicos.

Pobres jóvenes

Las primeras víctimas de este clima encendido son los jóvenes que son alejados de la religión, sin su culpa, por los malos maestros

que encuentran. Por supuesto, es necesario eliminar las causas que favorecen este clima irrespirable.

Recuerdo con frecuencia la primera predicación que mi Francisco de Sales hizo a los canónigos expulsados de los calvos. “Hay que reconquistar Ginebra”, comentó. “Es necesario ponerles sitio, cortando los suministros. Que son nuestros malos ejemplos, nuestra poca caridad, nuestras obras no evangélicas. Estas son nuestras armas con las que podemos tomar la ciudad”.

Este discurso vale también para nosotros, a partir de nosotros te conoces. Y también vale para la política, que nos ve encaramados en posiciones que chocan con la mentalidad contemporánea y que algún día tendremos que abandonar, porque el poder temporal no volverá.

El anticlericalismo es provocado también por la ausencia de los católicos de la vida pública, que cae así en manos de quien tiene todo el interés por aislarlos. También hay un ataque más peligroso que proviene de las acusaciones de oscurantismo por parte de la ciencia hacia la religión, ataques a los que por el momento tenemos respuestas bastante vagas.

Gracias a Dios, de nuestra Brescia parte un vigoroso compromiso de presencia cristiana en la escuela, gracias a las iluminadas iniciativas del llorado abogado Giuseppe Lovini, de las cuales, algunos años después, nació la Editorial La Scuola.

Mi vocación

Siento que mi vocación en esta atmósfera contaminada es purificar el aire que deben respirar los más pobres, haciendo por ellos, lo que la religión enseña a hacer: ayudar a los más débiles y, como dice el Evangelio, evangelizar a los pobres, mostrando con hechos

que la religión, lejos de ser el opio de los pobres, es su promoción y su rescate.

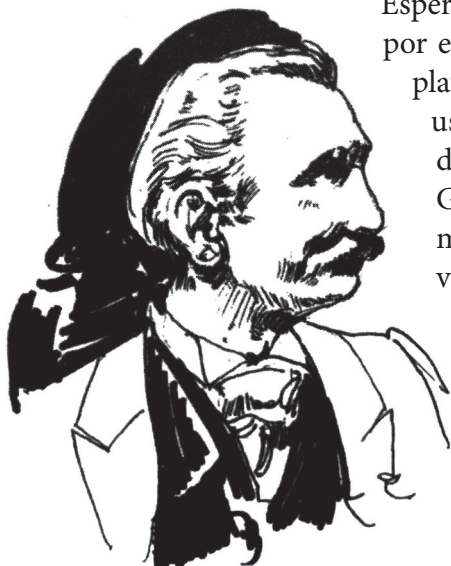
Si es necesaria la doctrina, es aún más necesaria la praxis, precisamente como Jesús que comenzó primero a hacer y luego a decir. Quisiera que mi comentario fuera un comentario a lo que hago, para no merecer el reproche del Evangelio: "Dicen y no hacen", que es uno de los motivos de la aversión hacia nuestras hermosas palabras.

Pero también debo convencerme de que, aunque hubiera eliminado todas las causas que desencadenan los ataques al clero y a la religión, con esto no cesarían las hostilidades, ya que a veces, es precisamente la fidelidad al Señor, la que provoca la adversidad: "Me han perseguido a mí, también os perseguirán a vosotros".

He constatado que incluso entre mis antiguos alumnos, algunos han tomado el camino de la crítica y la contestación. Lo siento y hago mi examen de conciencia, pero respeto sus elecciones, porque aquí entramos en el misterio del hombre y en el misterio de Dios. A mí no me toca juzgar, sino examinarme, sembrar, agradecer y rezar por todos.

57. ALREDEDOR DE UN ASADO

Se decía que nadie sabía prepararlo mejor que la trabajadora del párroco de Cigole, un pueblito situado entre las nieblas de la baja de Brescia. Estoy hablando del plato típico de Brescia, que se sirve durante la temporada de caza, la famosa “*polenta e osei*”, que se pasa al asador durante algunas horas con variantes de salsas y guarnición de carnes elegidas. El plato es digno de ser servido también en el paraíso... al menos yo lo espero.



Esperaba el otoño para ser invitado por el párroco, no tanto por el lujoso plato, sino por los pocos, pero inusuales y sorprendentes invitados. Ante el Obispo de Cremona, Geremia Bonomelli se sentaba el ministro Giuseppe Zanardelli en varias ocasiones: dos grandes, oficialmente en orillas diferentes, pero unidos por el deseo de tender puentes entre la Iglesia y el Estado.

Su conversación era tranquila, libre, franca, para ellos muchas cosas se podían hacer

enseguida, porque entre los dos había muchos puntos en común. No todos naturalmente, como cuando Bonomelli disuadió al ministro Zanardelli de introducir el divorcio en Italia. Entre los dos había una visible estima recíproca.

Éramos un grupo muy pequeño, cinco o seis personas como máximo y, era un placer instructivo, escucharlos hablar sin animosidad y con la evidente preocupación por el mejor futuro de Italia.

La familia Zanardelli

A decir verdad, a mí, que nunca acepto invitaciones a almuerzos o cenas, no me atraía tanto el pincho, aunque exquisito, ni la conversación, aunque única, como me invitaba a participar en el insólito banquete por la recomendación de la Señora Hipólita, la hermana del ministro, que se ocupaba de él, que no estaba casado, dándole ese calor humano que podía constituir un hogar doméstico.

Y él la tuvo siempre muy querida, dándole testimonios de gratitud que honran el corazón del hombre.

La señora Hipólita estaba preocupada, aunque con mucha discreción, por las posiciones de su hermano y, deseaba, que yo tuviera la oportunidad de conocerlo. El ilustre hermano siempre ha sido muy amable conmigo, resolviendo rápidamente situaciones de personas que se dirigían a mí por cuestiones de cierto peso.

A veces yo, en cambio, no he sido muy tierno con él, como cuando desaconsejé calurosamente a la hermana Hipólita a participar en la inauguración del monumento a Arnaldo da Brescia, erigido con intenciones claramente anticlericales.

He seguido también los acontecimientos de la sobrina Margarita, alma viva e inquieta, que me pedía consejos y oraciones. Desde hace años, además, el día de San José, celebro la santa misa por José Zanardelli, según los deseos y las santas intenciones de su hermana.



Un puente

Esta familiaridad mía con la familia Zanardelli me ha dado la ocasión de hacer de puente entre el Obispo Bonomelli y el ministro.

Importante fue el último encuentro, cuando, al saber del empeoramiento de la salud de Zanardelli, avisé al Obispo de Cremona, que se dirigió durante dos días a su villa de Maderno sul Garda. Después celebraría en la misma villa una Santa Misa antes de los funerales civiles.

Mi presencia en la familia Zanardelli fue la de un sacerdote, ajeno a la política, que siguió las preocupaciones humanas y cristianas de los componentes, que ayudó con el consejo y con la oración y, del que fue ayudado con generosidad.

A mí, como a su hermana, me interesaba el hombre Zanardelli, por quien hemos rezado y esperado. La hermana estaba muy agradecida. En estos días me ha dado la sorpresa de regalarme el magnífico órgano para poner en mi hermosa iglesia, que ayudará a rezar por los vivos y por los difuntos, adversarios o amigos, encomendándolos a todos a la misericordia de Dios.

58. UNA GRAN FIGURA DE BRESCIA

Acabo de terminar una carta de agradecimiento al Padre Giuseppe Rolandi, superior general de los Hijos de María, que me ha hecho llegar un cuadro que representa a su gran y santo fundador, Ludovico Pavoni. Entre otras cosas, escribí: “Me pareció sumamente grata la efigie del gran siervo de Dios, que yo encuentro tan maravillosamente logrado, y que siempre venero profundamente, suspirando con ansia aquel beato día en que la Santa Iglesia hará cumplidos los comunes fervientes deseos”, de verlo glorificado.

Educador y maestro de vida

En Brescia, el venerable Ludovico Pavoni dejó un vívido recuerdo, por su apostolado entre los jóvenes, “hijos del bajo pueblo, los cuales, avergonzados de aparecer andrajosos y desgarrados a las diversas congregaciones de otras clases de juventud, pasaban los días festivos, vagabundos y ociosos por las plazas públicas”.

Se dedicó a ellos con notables resultados, pero luego, “no pocos, obligados a las artes [oficios] por la necesidad de su condición, decaían en el fervor y se desviaban del buen camino, arrastrados por el mal ejemplo que se encuentra en gran parte de artistas [obreros] y por las máximas de libertades dominantes incluso en los talleres más bajos”.

Quedó tan impresionado por esta situación que inició una institución "donde al menos los desamparados y los más descuidados de sus padres encontraran refugio gratuito y crecieran con seguridad, educados también en las artes honradas".

Y así nació una forma tan nueva de atención a la juventud que suscitó la admiración también de un distinguido pensador, el sacerdote Antonio Rosmini, que desde Rovereto, pasando por Brescia, fue impresionado por la escuela gráfica del Venerable Pavoni, tanto que lo señaló también a don Bosco.

Su obra, aquí en Brescia, fue desbordada por las leyes masónicas, pero su Congregación sobrevivió en otra parte y ahora está regresando a Brescia.

Murió durante los diez días de Brescia, fuera de la ciudad, donde había llevado a sus muchachos para protegerlos de los incendios y los bombardeos.

Una deuda de reconocimiento

Después de la disolución de la obra, algunos Hijos de María fueron acogidos en San Cristo por Monseñor Capretti, que cultivaba sus deseos de restablecer la institución de su santo fundador, hasta el punto de dar inicialmente el mismo nombre a mi Instituto.

Pero, sabiendo que su congregación continuaba en otra parte, no quise hacer mío un nombre, que no era mío y querer continuar una obra, que no era mía.

Mis primeros colaboradores fueron los Hijos de María, que pasaron de San Cristo a mi vecino Instituto, llevando consigo no solo algunos de sus bienes, sino sobre todo, su espíritu religioso y su competencia de educadores.

El venerable Pavoni, canónigo y secretario del Obispo Nava, dejó en Brescia el recuerdo de un noble benefactor, de un genial

innovador, de un ejemplo de comprensión de las necesidades de la juventud más abandonada.

Es también mirando a Él que inicié mi Instituto, que quería responder a sus mismas finalidades, aunque debí tener en cuenta los tiempos diferentes.

El cuadro que me envió amablemente su sucesor me recordó los vínculos ideales que siempre tuve con su intuición, con sus hijos, con su ejemplo. Y ahora estoy encantado de que sus hijos hayan regresado a esta ciudad que los vio nacer, con la viva memoria y el espíritu de uno de los hombres que más honraron el nombre y el rostro cristiano de Brescia.

59. RECORDANDO UNA DISPUTA

Nunca me han gustado las disputas, en las que se complace nuestro siglo, y donde quien trabaja menos parece tener más tiempo para pensar en cómo imponerse más. Las he evitado lo más posible, también porque siempre existe el peligro de hacer prevalecer el amor propio sobre el amor a la verdad, además del peligro de faltar a la caridad. Pero a veces el amor por la verdad y la defensa de mis hermanos, me ha impulsado a coger la pluma y poner las cosas en claro.

Ya he mencionado las dificultades con el doctísimo sacerdote don Baizini, enviado a la Colonia de Remedello, para ayudar al Padre Bonsignori en la formación espiritual de los alumnos. Yo no tengo ni una décima parte de su ciencia, pero no podía aceptar sus observaciones dictadas, probablemente, por una visión demasiado teórica de la realidad de hoy.

La cultura está obligada a enfrentarse a la dura realidad cotidiana, donde las buenas ideas valen en la medida en que sirven para interpretar o cambiar la realidad.

Una devaluación de las realidades humanas

El docto sacerdote reprochaba a la *Familia agrícola* no educar al pueblo, porque los artículos del Padre Bonsignori, del Longinotti,

aunque excelentes desde el punto de vista técnico científico, no contenían ni siquiera “media frase espiritual” y que los artículos destinados a la educación moral de los campesinos, a alejarlos del abuso del vino, del mal uso del dinero, etc., no parecían inspirados en la moral cristiana, sino más bien, en una moral natural y laica.

Lo mismo me escribía: “Se necesita mucha dosis de incapacidad periodística y gran ignorancia del corazón humano, para no comprender que se necesita mucho más para alejar a los campesinos del uso del vino, del derroche del dinero, del robo”.

Esto me pareció un ataque al compromiso de resaltar las causas segundas, sin oscurecer la causa primera, para unir técnica y religión, actualización científica y maduración espiritual, estima de las realidades naturales y afirmación de las realidades sobrenaturales. En nombre de lo sobrenatural devaluaba lo natural, un error de perspectiva opuesta, pero análoga, a la de aquellos que en nombre de lo natural menoscaban lo sobrenatural.

Los campos se distinguen, aunque convergen. A cada uno lo suyo, a los técnicos corresponde iluminar sobre las competencias profesionales, mientras que, a los formadores religiosos, corresponde la ilustración de las realidades eternas. “La misión —concluí mi carta inusualmente larga— es doble, de orden diferente, pero apunta a un idéntico objetivo final”.

Debemos tener confianza en la razón y en la voluntad humana fortalecidas por la gracia, para respetar la creación que no es borrada, sino elevada, por el Dios redentor. Si los dos planes deben distinguirse, no deben ser opuestos, para no dividir fe y razón, como querrían los que en nombre de la razón quieren borrar la fe.

Una conclusión inesperada

Una primera conclusión de la disputa fue nuestra separación. El teólogo prefirió ir a otra parte.

Una conclusión sorprendente fue la que, después de haber criticado el método pedagógico de Padre. Bonsignori y el espíritu de tolerancia practicado, y esto en nombre de un sobrenatural exagerado, se lamentaba precisamente conmigo que allí donde se encontraba, reinaba una extremada rigidez, "demasiada vigilancia, ninguna libertad, demasiada devoción y demasiadas prácticas de piedad, de modo que los muchachos poco se desarrollan y se educan en una vida demasiado atada, atascada".

La educación está hecha también de equilibrio, de sentido común, de gradualidad, de confianza en las potencialidades del joven cuando está sostenido por la gracia del Señor, de paciente espera. Es un verdadero arte, donde lo mejor es abstracto, enemigo del bien concreto. ¡Ilumine Señor a mí y a mis colaboradores en la educación!

60. CAMPESINO ENTRE LOS CAMPESINOS

Ayer estuve en Remedello, visitando al querido Padre Bonsignori, cuya salud está empeorando a simple vista. Está casi completamente enfermo y a menudo le cuesta expresarse. Pero la mente está lúcida y todavía participa con su típica pasión juvenil en las conversaciones de los numerosos visitantes, que todavía se dirigen a él como a un oráculo, como al maestro de la nueva agricultura.

Un maestro reconocido

Tiene en su haber numerosas publicaciones muy apreciadas, por el estilo cautivador y por la concreción de su enseñanza, basada en la experimentación, además de una segura preparación científica. Las cuales, también se han traducido a otros idiomas.

Me aseguran que en España y en América Latina sus escritos son muy difundidos, con grandes tiradas. Hasta que pudo moverse, recorrió toda Italia para dar conferencias aplaudidas. La alta estima de la que está rodeado le ha proporcionado ambiciones honoríficas civiles y eclesiásticas. La más prestigiosa es sin duda la de ser nombrado Caballero del Trabajo, tanto más significativa, cuanto que es el primer y único sacerdote en Italia que recibe este reconocimiento.

Estoy de acuerdo con lo que escribió *La familia agrícola*: "La nueva condecoración honra al Padre Bonsignori, sobre todo, porque no ha sido el interés, no el egoísmo, no la ambición que le han llevado a sacrificar una vida agitada e incluso la salud, sino el alto ideal, la sublime misión de redimir a la clase agrícola, de hacer prosperar a los hijos del campo, de dar un impulso eficaz y fuerte al bienestar social".

Pero fue la Colonia Agrícola de Remedello lo que lo convirtió en un maestro indiscutible, porque le permitió demostrar, a gran escala, que sus audaces intuiciones eran alcanzables.

¿Visionarios?

Nos han acusado de ser dos visionarios ingenuos, él porque prometía la luna en el pozo con sus previsiones de multiplicar por tres o por cuatro la producción, y yo, porque me habría dejado encantar por sus sueños, enfrentándome a nuevos riesgos. Pero lo que me convenció en él era, por una parte, el propósito de lo que



hacía, es decir, ayudar a la clase campesina a salir de la miseria y, por otra, los resultados que ya había obtenido en su parroquia, tanto desde el punto de vista de la productividad como de la respuesta de su pueblo.

Recuerdo que su compañero Giacinto Gaggia, ahora nuestro obispo auxiliar, afirmaba que Padre Bonsignori le robaba siempre el primer premio en la escuela. Al abrir con él la Colonia agrícola tuve presente estas dotes, las cuales, unidas a su vida sacerdotal irreprochable, lo indicaban como un excelente educador de jóvenes destinados a la vida de los campos.

La familia del agricultor

Ambos estábamos de acuerdo sobre el papel de la familia del campesino en el saneamiento de la sociedad, él con el estudio del terreno agrario, yo con las perspectivas de los campos celeste, él con su amor por la naturaleza, contemplándola se remontaba al Creador, yo meditando la Palabra que baja del cielo para guiar los inciertos pasos del hombre hacia la meta que supera los límites de la naturaleza.

Su ciencia, pero aún más su rectitud y bondad, han conquistado el corazón de los hijos de los campos, que recientemente desde un concurrido Congreso suyo, le envían un telegrama elocuente y entusiasta: “A vosotros, apóstol iluminado y glorioso de la redención económica del pueblo trabajador, a vosotros que pensáis y probasteis que la redención de los campos es elemento necesario para el mejor futuro de la clase obrera, a vosotros tres mil congresistas, campesinos y obreros, envían el cálido y agradecido saludo, deseando por el bien de la religión y de la patria, que vuestra vida de pensador y de trabajador cristiano sea larguísima y próspera”.

Este reconocimiento, que viene de la base, confirma la estatura de nuestro querido hermano: bueno, inteligente, visionario en el punto justo, como debe ser quien mira al futuro.

61. DEFECTOS Y CRÍTICAS

En mi vida he recibido muchas críticas, que me han ayudado a mejorar mi carácter y mi forma de relacionarme con las personas y las cosas. Bienvenidas, pues, las críticas, tanto las benévolas como las malévolas, porque, además, son siempre inferiores a las críticas que sé que rechazo, así como me ayudan a crecer en el conocimiento de mis inadaptaciones.

Puedo decir esto en la fase de balance de mi vida, porque al momento de recibirlas, mi primera reacción no siempre ha sido tan tranquila, dado mi carácter, no fácilmente maleable.

Un carácter impulsivo

Me reconozco dispuesto a indignarme ante algo que considero injusto o fuera de lugar y, por tanto, muy fácil de inflamar y trascender. Es mi defecto predominante, sobre el que llevo a cabo cada día mi examen de conciencia particular, para no dar tregua a esta actitud que a menudo ofende a las personas o las afecta de manera exagerada.

Afortunadamente, no me cuesta disculparme, y una vez que me calmo, lo hago con mucho gusto, aunque sean mis chicos. Más aún, considero prioritario y educativo presentarles mis disculpas, tratando de honrar el dicho de la Escritura: “El sol no se ponga sobre vuestra ira”.



C. PEAR

Pero mi principal preocupación no es contener o reprimir mis defectos, sino orientar las energías que los producen hacia causas positivas. Para los que aman a Dios, todo coopera al bien, incluso los propios defectos, cuando son reconocidos y hechos para servir a la causa del bien, en la medida de lo posible.

Una orientación positiva

Algunos, incluso de mis colaboradores más cercanos, conectan con este carácter impetuoso mío, una cierta imprudencia en la acción, ya que me dejo llevar por las novedades y por el entusiasmo por nuevas perspectivas, soñando con grandes proyectos que se consideran imposibles.

A decir verdad, prefiero luchar para controlar y orientar positivamente estos impulsos, más que tener que sacudirme del sueño y de la indolencia. A menudo pienso que es más fácil cultivar una planta que necesita ser podada por la abundancia de sus frondas, que cultivar una planta sin vigor. No estoy alabando mi falta de prudencia, que no es nunca un bien, pero veo que la energía que siento en mí, de hacer grandes cosas, me ha apoyado en realizar cosas que los demasiado prudentes, no habrían hecho nunca.

Se ha dicho que yo sería “todo fuego, toda la vida, toda sangre directamente de Brescia, uno que comparte el entusiasmo de los jóvenes”. Me encuentro en esta descripción, porque sin fuego no hay energía dinámica ni entusiasmo juvenil.

Ante los desafíos

Es cierto que puedo parecer imprudente a veces, y quizás lo sea. Pero no puedo quedarme de brazos cruzados cuando veo a los niños sufriendo, cuando veo que la maldad se extiende, cuando veo necesidades urgentes. Inmediatamente me pregunto: “¿Qué puedo hacer?”. Es cierto que puedo parecer presuntuoso, porque quiero resolver estos problemas yo, sin medios y sin los apoyos que importan. Pero si no hubiera tenido esta pasión u obsesión, nunca habría hecho nada.

Y así lamento no haberme dejado llevar lo suficiente por este impulso interior, aunque no me arrepienta de haberme rodeado, con el tiempo, de buenos administradores y consejeros que han cubierto mis gastos e insuficiencias.

Siempre me he considerado el siervo que recibió un solo talento, pero no quise enterrarlo, aunque me sintiera criticado como utópico, soñador y otro, precisamente para no sentirme infligir la dura condena que el dueño ha dado al siervo que ha cubierto su pereza

con falsa humildad o con la excusa de la prudencia reverencial. No enterrar nada, sino, hacer fructificar todo para la juventud.

62. POR UNA NUEVA NOBLEZA

Nací pobre, y viví pobre entre los pobres. Puedo decir que conozco bien la pobreza, con todas sus consecuencias, la mayoría de las veces tristes y dolorosas. Nunca me he avergonzado de ser pobre, junto con tantos otros que han afrontado dignamente la pobreza, que les ha obligado a una vida laboriosa y sobria, además de poner su confianza en Dios.

Me he dado cuenta de que hay una pobreza que bloquea y una pobreza que estimula a mejorar. La pobreza más peligrosa es la interior, que no proyecta hacia el futuro, sino que bloquea el presente, amortigua la confianza y conduce a la miseria.

Nobleza de ayer y nobleza de mañana

Una forma de pobreza que no conocía, pero con la que me encontré en los primeros años de ministerio en la ciudad, es la de los nobles caídos, que ya no podían mantener su nivel de vida, que estaban obligados, con gran vergüenza, a pedir ayuda a escondidas, incapaces de afrontar la nueva y penosa situación. En general eran personas de edad avanzada, pero no faltaba también quien había visto su patrimonio disolverse rápidamente por descuido o incapacidad u otra cosa. Traté de entenderlos y de salir al encuentro de su

situación, pidiendo ayuda para ellos, sin mencionar su nombre, a personas que confiaban en mí.

Frente a estas y otras penosas situaciones he pensado más de una vez que era necesario crear una nueva nobleza, basada en el trabajo, una nobleza abierta a todos los que quieren construirse un mañana con sus capacidades, con el compromiso de sus talentos. Una nobleza que no viene del pasado, de una noble casa o de un título heredado, sino de un futuro abierto a quien tiene valor, a quien sabe luchar, a quien tiene competencia, a quien tiene nobleza de sentimientos. A quien tiene un corazón magnánimo.

En estos meses un periódico ha escrito que casi todos los trabajadores de la floreciente industria de Brescia han salido del Instituto Artigianelli. Me alegra este reconocimiento. Pero este es solo el primer paso para la formación de una nueva nobleza.

La nueva nobleza

No se basa en el dinero, si bien, este es necesario para vivir, no es suficiente para fijar la nobleza. La nobleza es no dejarse abrumar, en la medida de lo posible, por los acontecimientos. Es no deprimirse en el fracaso y no exaltarse en el éxito. Es un deseo de mejorar, pero de forma honesta, sin engaños, sin trampas, sin compromisos. No culpes a los demás si las cosas no van bien, pero mira primero a tu responsabilidad. Es sembrar serenidad donde hay tristeza, esperanza donde hay desaliento, confianza donde se llora. Es ser fieles a la palabra dada, dispuestos a pedir perdón cuando se equivoca, dispuestos a concederlo cuando se requiera.

Nobleza es estar atento a las necesidades de quienes nos rodean, dispuestos a incomodarse para ayudar. Nobleza es no considerarse superiores a los demás, sino ser modestos y comprensivos. Nobleza es no despreciar a nadie, no ofender a nadie, no hablar mal de

nadie. Nobleza es dominar los propios impulsos que pueden herir a los demás. Nobleza es interesarse por lo público, con desinterés personal. Nobleza es no envidiar a quien tiene más que nosotros y no despreciar a quien tiene menos. Nobleza es ser coherente con las propias ideas, también y sobre todo, cuando cuestan. Nobleza es sentirse hijos de Dios, una nobleza a la que no se debe pisotear con una vida indigna, sino honrar con buenas costumbres. La nobleza es honrar el nombre cristiano en todas las situaciones, incluso cuando esto puede dañar. Nobleza es ser conscientes de que nuestros nombres están escritos en el cielo, en el libro de la vida. Por último, la nobleza es recorrer los caminos de la gratitud, sabiendo reconocer que todo es don.

Te doy gracias, Señor, por haberme indicado los caminos de tu nobleza, que he tratado de transmitir a tus hijos por su alegría y por tu gloria.

63. NOTAS AUTOBIOGRÁFICAS

26 de noviembre de 1841: es la fecha de mi nacimiento, en Brescia, en la parroquia de los Santos Faustino y Giovita, patronos de la ciudad. Al día siguiente renazco a la vida de hijo de Dios en la Pila bautismal. Pronto huérfano de madre vivía en la calle, de la que me salvó mi querido oratorio de Santo Tomás, donde encontré buenos ejemplos, excelentes sacerdotes, amigos inolvidables. De las Diez jornadas de Brescia recuerdo solo un gran miedo, mientras que, de las cercanas batallas de San Martino y Solferino, viví el horror y la piedad de los heridos que escaparon de la carnicería, a los que traté de llevar algún socorro.

23 de diciembre de 1865: Es la fecha de mi ordenación sacerdotal. Dos días después, en la gran fiesta de Navidad, celebro la primera misa en Bedizzole, donde era párroco Padre Pancrazio Pezzana, que había cultivado mi vocación y me había ayudado en todos los sentidos en mi vida de seminarista. A él debo profunda gratitud, además de afecto filial.

5 de diciembre de 1870: con Padre Pezzana soy transferido a la parroquia de la ciudad de San Alessandro, después de haber prestado mi obra a Carzago Riviera y a Bedizzole. Si los cinco años transcurridos en las dos parroquias rurales me han puesto en

contacto con la pobreza del campo, ahora estoy en contacto con las necesidades de la juventud, de una ciudad laboriosa y trabajadora, hacia la que acuden familias y jóvenes del campo. Además de los jóvenes, he prestado mucha atención a los enfermos y a sus familias, algunas de las cuales se convertirán en benefactoras de mis obras.

12 de octubre de 1883: Párroco en Pavone Mella, donde me encontré muy bien. Este nombramiento inesperado es el comienzo de una serie de obediencias difíciles, que se revelarán providenciales.

3 de diciembre de 1886: inicio del Instituto Artigianelli, junto con Monseñor Capretti. Mi vida cambia totalmente, teniendo que pensar no solo en las almas, sino también en el cuerpo y el futuro de mis muchachos.

11 de noviembre de 1895: inicio de la Colonia Agrícola de Remedello, con el Padre Giovanni Bonsignori, en beneficio de los “hijos de los campos”.

19 de marzo de 1900: inicio de la Pía Sociedad de la Sagrada Familia de Nazaret: mis muchachos no quedarán solos cuando el Señor me llame a sí.

18 de marzo de 1907: inauguración solemne de la hermosa iglesia, que concluye dignamente los nuevos edificios, con gran satisfacción mía.

15 de marzo de 1911: Inicio de la Pía Sociedad de las Auxiliadoras, con Madre Elia Baldo. Mis jóvenes tienen necesidad del amor materno.

Mi pobre vida está toda aquí. La encomiendo a la misericordia de Dios. Me alegra haberla gastado en sus hijos más pobres, que ciertamente me ayudarán a cruzar las puertas del Paraíso, porque esas llaves benditas las poseen ellos, los pequeños, con quienes se ha identificado el Señor de la gloria.

Haber vivido con ellos me ha ayudado a seguir siendo joven, haber trabajado para ellos me ha hecho sentir Padre, haber sufrido por ellos me ha dado la alegría de verlos sonreír.

Pero sobre todo el haberlos amado, me ha dado la certeza de amarte, o mi Dios, que me has amado hasta el final. Te agradezco todo, Señor mío, único y no suprimible deseo de mi corazón.

Y ahora muéstrame tu Rostro glorioso, aquel rostro que siempre he buscado en el rostro de tus pequeños. Y seré rico para siempre. Contigo y con ellos.

Para saber más

Documentación básica:

- Luigi Fossati: *P. Giovanni Piamarta*. Documenti e testimonianze, Queriniana, Brescia, 1972-1984.

Obra monumental en cuatro volúmenes, con un total de 1854 páginas.

- Antonio Fappani (ed.), *Lettere di P. Giovanni Piamarta e dei suoi corrispondenti*, presentazioni di Nicola Rapioni, Queriniana, Brescia 1994.

Para una presentación resumida:

- Pier Giordano Cabra, *Piamarta*, Queriniana, Brescia 1997.
- Icilio Felici, *Volo tra le fiamme*, Queriniana, Brescia 1951.
- Franco Molinari, *Giovanni Piamarta tutto per i giovani*, Queriniana, Brescia 1986.

Para un primer conocimiento

- Giovanni Barra, *P. Giovanni Piamarta, "don Argento vivo"*, Queriniana Brescia 1973, 1979.
- Pier Giordano Cabra, *Primo incontro con Padre Piamarta*, illustrazioni di Mario Gilberti, Editzioni Arti, Queriniana, Brescia, 2011.

Para la espiritualidad

- Quaderni del Centro Piamartino di Spiritualità.

Información sobre las personas citadas con más frecuencia

Baldo Elisa (1862-1926), viuda de Foresti, guiada espiritualmente por el Padre Piamarta y, con él, fundadora de las Humildes Siervas del Señor.

Baizini Luigi (1832-), sacerdote bergamasco, que colaboró con el Padre Bonsignori por un solo año.

Bongiorni Emilio (1864-1937), obispo auxiliar de Brescia, fue uno de los primeros colaboradores del Padre Piamarta en el Instituto Artigianelli.

Boni Benedetto (1876-1954), alumno del Artigianelli primero y luego maestro de sastrería, admirador de Padre Piamarta y padre de Bruno Boni, alcalde de Brescia durante casi treinta años.

Bonini Giacomo, (1857-1917) primer sucesor del Padre Piamarta al frente de la Congregación, después de ayudar al Padre Bonsignori en la colonia agrícola.

Bonomelli Geremia (1831-1914), Bresciano, obispo de Cremona, una de las figuras más ilustres del episcopado italiano del 800, promotor de una reconciliación entre Iglesia e Italia.

Bonsignori Giovanni (1846-1914), sacerdote bresciano, ilustre estudioso de ciencias agrarias, promotor de la cooperación, escritor y conferencista, acepta la propuesta de Padre Piamarta de

dirigir la Colonia Agrícola de Remedello Sopra (1895), para la formación de los "hijos del campo". Es el primer sacerdote nombrado "Caballero del trabajo".

Capretti Pietro (1842-1890), una de las figuras más eminentes del clero de Brescia del siglo XIX, formador de clérigos y de laicos, animador de la presencia de los católicos en la sociedad Promovió con el Padre Piamarta el Instituto Artigianelli, que benefició ampliamente en la vida y en la muerte.

Corna Pellegrini Giacomo María (1827-1913), obispo de Brescia desde 1883, acompañó y apoyó la obra del Padre Piamarta.

Curci Carlo María (1809-1891), jesuita, fundador de *La Civiltà Cattolica*
Fasser Fausto (1855-1925), auditor del Instituto Artigianelli y director de la fábrica Tempini.

Freggia Filippa, (1845-1926) ayudó al Padre Piamarta en sus obras desde el principio, convirtiéndose en la "mamá" de los primeros Artigianelli.

Gusmerotti Rosa (1856-1935), otra "buena madre" que dio su vida desinteresada a las actividades del Padre Piamarta.

Longinotti Giovanni María (1876-1944), de Remedello, fue uno de los primeros católicos diputados. Fundó las "Uniones Católicas del Trabajo" en Brescia.

María Crocifissa di Rosa (1813-1855), Santa, fundadora de las Siervas de la Caridad.

Montini Giorgio (1860-1943), abogado y diputado, dirigió las luchas políticas administrativas de los católicos. Padre del futuro Papa Pablo VI.

Muzzarelli Angelo (1832-) y Marietta (1836-1913), dos hermanos admiradores del Padre Piamarta e ilustres benefactoras.

Pavanelli Monseñor Lorenzo (1876-1945), apóstol incansable de la pastoral juvenil y de la catequesis, cuya acción e ideas tuvieron dimensiones nacionales.

Pavoni Ludovico (1784-1849) beato, apóstol de la juventud, precursor de la formación profesional.

Fundó en Brescia la Congregación de los Hijos de María.

Pezzana Padre Pancrazio (1819-1890), párroco en Vallio, cultivó la vocación del Padre Piamarta, que lo quiso cercano a él en los primeros años de ministerio en Bedizzole y San Alessandro. Fue para el Padre Piamarta un verdadero padre bueno.

Ranchetti Giovanni Battista (1845-1899), fue colaborador de Monseñor Capretti en el Hospicio de los clérigos pobres. A la muerte de Monseñor Capretti pasó al Instituto Artigianelli en donde ayudó al Padre Piamarta con inteligencia educativa, colaborando en la redacción del Estatuto.

Tebaldini Giovanni (1864-1952), primo del P. Piamarta, músico y compositor, promotor de la reforma de la música sacra.

Tovini Giuseppe (1841-1897), beato, abogado, incansable promotor de obras sociales. (periódicos, escuelas, bancos, revistas educativas y escolares), una de las figuras más prestigiosas del movimiento católico de Brescia.

Tovini Livio (1876-1951), hijo mayor de Giuseppe, diputado del Parlamento.

Trabucchi Marco (1873-1935), abogado, admirador y consejero del Padre Piamarta, cuya familia estará siempre muy unida a la Congregación del Padre Piamarta.

Zanardelli Giuseppe (1826-1903), distinguido político de Brescia del partido liberal, ministro y presidente del Consejo.

Zanardelli Ippolita (1839-1917), hermana del gran ministro, guiada espiritualmente por el Padre Piamarta.

Zanetti Secondo (1839-1930), jesuita, misionero en India, amigo cercano de Padre Piamarta.

Imágenes

| | PÁG. |
|----------------------------|------|
| Monseñor Geremia Bonomelli | 34 |
| Padre Pancrazio Pezzana | 58 |
| Abogado Giuseppe Tovini | 62 |
| Madre Elisa Baldo | 107 |
| Monseñor Pietro Capretti | 143 |
| Giuseppi Zanardelli | 191 |
| Padre Giovanni Bonsignori | 202 |
| Padre Giovanni Piamarta | 206 |

Presencia Piamartina en Chile

CONGREGACIÓN SAGRADA FAMILIA DE NAZARETH, REGIÓN CHILENA

» **“Casa P. Carlo Cittadini”, Administración Central y Regional**

Dirección: Av. Libertador General Bernardo O’Higgins 160, Maipú, Santiago.

Teléfonos: 2 2766 7757 / 2 2766 4896

Sitio web: www.piamartinos.com

E-mail: recepcion@fjp.cl

» **Comunidad Religiosa de Santiago**

Dirección: El Carmen 1506, Maipú, Santiago.

Teléfono: 2 2323 7687 / 2 2323 7685

Sitio web: www.piamartinos.com

E-mail: congregacionchile@piamartinos.com

Facebook: www.facebook.com/Piamartinos

» **Comunidad Religiosa de Talca**

Dirección: Calle 1 Oriente 055, Talca.

Teléfono: 71 223 3058

Sitio web: www.piamartinos.com

E-mail: congregacionchile@piamartinos.com

» **Seminario Piamartino “Sagrada Familia de Nazareth”**

Dirección: El Carmen 1506, Maipú, Santiago.

Teléfono: 2 2323 7687 / 2 2323 7685

Sitio web: www.piamartinos.com

E-mail: congregacionchile@piamartinos.com

Facebook: www.facebook.com/Piamartinos

FUNDACIÓN CENTRO DE ESPIRITUALIDAD PIAMARTINA ARTIGIANELLI

» **Casa Vocacional “Sagrado Corazón de Jesús”**

Dirección: El Carmen 1506, Maipú, Santiago.

Teléfonos: 2 2323 7687 / 2 2766 7757

Sitio web: www.piamartinos.com

» Centro de Encuentros "P. Elvis Marcelino"

Dirección: Caupolicán 96, Santa Ana de Chena, Maipú, Santiago.

Teléfonos: 2 2766 7757 / 2 2766 4896 - Celular: +569 9338 6488

» Centro de Encuentro "Hno. Angelo Soiaroli"

Dirección: Los Pirineos S/N, El Quisco.

Teléfonos: 2 2766 7757 / 2 2766 4896

» Centro de Encuentro "Hno. Aurelio Tassone"

Dirección: Papirúa S/N, Constitución.

FUNDACIÓN CASA DE ACOGIDA: PROGRAMA DE EXTENSIÓN HORARIA PIAMARTINO**» Programa de Extensión Horaria Colegio Carolina Llona de Cuevas**

Dirección: San José 587, Maipú, Santiago.

Sitio web: www.piamartinos.com

» Programa de Extensión Horaria Colegio Piamarta

Dirección: Santa Corina 660, Estación Central, Santiago.

Sitio web: www.piamartinos.com

» Programa de Extensión Horaria Colegio Juan Piamarta

Dirección: 1 Oriente 1 Poniente S/N, Talca.

Sitio web: www.piamartinos.com

FUNDACIÓN JUAN PIAMARTA**» Centro Educacional Piamartino Carolina Llona de Cuevas**

Direcciones: San José 577, Maipú, Santiago.

República 1803, Maipú, Santiago.

Teléfonos: 2 2531 1101 / 2 2766 6181

Sitio web: www.colegiocarolinallona.cl

E-mail: contacto@colegiocarolinallona.cl

Facebook: www.facebook.com/colegiocarolinallona

» Colegio Piamarta

Direcciones: Santa Corina Norte 660, Estación Central, Santiago.

Curacaví 407, Estación Central, Santiago.

Teléfonos: 2 2741 1573 / 2 2741 7769

Sitio web: www.colegiopiamarta.cl

E-mail: contacto@colegiopiamarta.cl

Facebook: www.facebook.com/cpiamarta

» Colegio Juan Piamarta*Sede “San José Laborioso”***Direcciones:** 12 y 1/2 Sur B 765, Talca.

Uno Oriente # 055, Talca.

Teléfonos: +569 2640 8978 / +569 6334 23251*Sede Técnico Profesional “Sagrada Familia”***Dirección:** 16 Sur 765, Talca.**Teléfonos:** +569 2640 8978 / +569 6334 23251**Sitio web:** www.colegiojuanpiamarta.cl**E-mail:** contacto@colegiojuanpiamarta.cl**Facebook:** www.facebook.com/colegiojuanpiamarta

FUNDACIÓN SANTA MARÍA DEL TRABAJO**» Colegio Vespertino de adultos Santa María del Trabajo, Maipú****Dirección:** San José 577, Maipú, Santiago.**Teléfono:** +569 9275 2873 / +569 9812 1285**E-mail:** contacto@santamariadeltrabajo.com**Sitio web:** www.santamariadeltrabajo.cl**» Colegio Vespertino de adultos Santa María del Trabajo, Estación Central****Dirección:** Santa Corina Norte 660, Estación Central, Santiago.**Teléfono:** 2 2492 9685**E-mail:** colegiodeadultospiamartino@gmail.com**Sitio web:** www.santamariadeltrabajo.cl

PARROQUIAS**» Parroquia “Nuestra Señora del Rosario de Fátima”****Dirección:** 1 Oriente #145, 12 y 1/2 Sur B, Talca.**Teléfono:** +569 9846 4441**Facebook:** www.facebook.com/Talcaparroquiadefatima**E-mail:** parroquia_fatima.talca@hotmail.com**» Parroquia “María Madre de los Apóstoles”****Dirección:** Calle Campanario 2486, Maipú, Santiago.**Teléfono:** 2 2813 8558**Dirección Casa parroquial:** Cabo Vírgenes 921, Maipú, Santiago.**E-mail:** pmadredelosapostoles@gmail.com



“Diario ideal”, ya que no es escrito directamente por el “protagonista”, el Padre Giovanni Piamarta, y sin embargo “diario real” que pretende volver a proponer la vivencia humana y espiritual de un verdadero santo.

El “Diario” se hace eco, en los contenidos y en el lenguaje, de una experiencia que conserva toda su actualidad: reconstruye los aspectos más característicos de los últimos tres años de vida del santo, de 1909 a 1912.

Se llega así a conocer pensamientos, obras y preocupaciones, sus iniciativas, su creatividad, su profunda vida interior, su apertura pastoral y misionera, su estatura de educador, su amor a los últimos.

Con la canonización, que reconoce su santidad, Giovanni Piamarta entra ahora en la gran memoria de la Iglesia universal.

Páginas hermosas, útiles para todos, especialmente para quienes tienen responsabilidades educativas.

Pier Giordano Cabra, con ocasión de la beatificación, publicó la biografía Piamarta, Queriniana, Brescia 2000. Entre sus otras publicaciones: *Cuántos misterios en esta Iglesia*, Queriniana, Brescia 2011.